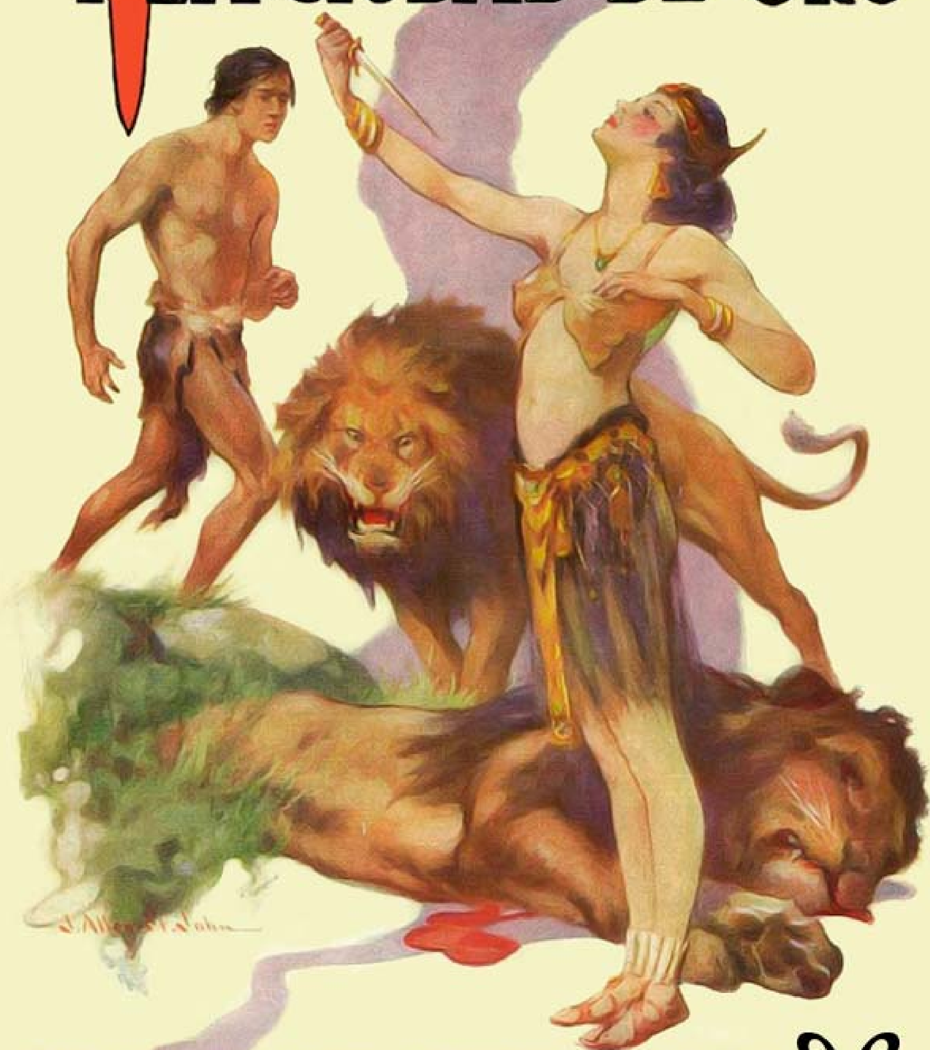
# TARZAN

## Y LA CIUDAD DE ORO



EDGAR RICE BURROUGHS

Cuando Tarzán salva de la tortura a un desconocido hombre, blanco, se sorprende al descubrir que procede de un país del que no tenía noticia, la tierra de Onthat, escenario de la lucha encarnizada entre los habitantes de Athene, la ciudad del marfil y Cathne, la ciudad del oro, donde emplean a leones entrenados para matar.

Cuando Tarzán salva de la tortura a un desconocido hombre blanco, se sorprende al descubrir que procede de un país del que no tenía noticia, la tierra de Onthar, escenario de la lucha encarnizada entre los habitantes de Athne, la ciudad del marfil, y Cathne, la ciudad de oro, donde emplean leones entrenados para matar.

Allí conocerá Tarzán a la lasciva reina Nemore, que parece decidida a convertirlo en su consorte… o a echarlo a los leones. El intrepido Tarzán, se enfrenta a una situación en la de nada sirve su experiencia en la selva.

Debido a su contenido erótico, Tarzán y la Ciudad de Oro, fué víctima de la censura, y sólo recientemente se ha publicado una versión íntegra en español.



Edgar Rice Burroughs

# Tarzán y la ciudad de oro

**Tarzán 16**

**ePUB r1.1**
**Zaucio Olmian** 11.07.13

Título original: *Tarzan an the City of Gold*
Edgar Rice Burroughs, 1932
Traducción: Carmen Camps
Portada original 1ª. edición EE.UU.: J. Allen St. John
Restauración y adaptación portada: Zaucio Olmian
Ilustraciones originales: J. Allen St. John
Restauración ilustraciones: Zaucio Olmian

Editor digital: Zaucio Olmian
ePub base r1.0



# TARZÁN
# y la ciudad de oro

# I

## PRESA SALVAJE

EN TIGRE y Amhara, en Goja, y Shoa y Kaffa, las lluvias se producen de junio a septiembre, proporcionando limo y prosperidad de Abisinia al Sudán oriental y a Egipto, creando senderos llenos de barro y ríos crecidos, muerte y prosperidad a Abisinia.

De estos dones de las lluvias, sólo los senderos llenos de barro, los ríos crecidos y la muerte interesaban a la pequeña banda de shiftas que resistían en las remotas vastedades de las montañas de Kaffa. Estos bandidos a caballo eran hombres duros, crueles criminales sin el menor vestigio de cultura como el que en ocasiones animaba las actividades de los bribones, haciendo menor su crueldad. Los kaficho y los galla eran proscritos, la escoria de sus tribus, hombres cuya cabeza tenía un precio.

En ese instante no llovía y la estación lluviosa llegaba a su fin, pues eran mediados de septiembre; pero los ríos aún llevaban mucha agua y la tierra estaba blanda tras la reciente precipitación.

Los shiftas cabalgaban, buscando botín en los caminantes, caravanas o aldeas, y mientras cabalgaban, los cascos desherrados de sus caballos dejaban una clara huella que se podía ver incluso corriendo. No es que aquello causara preocupación alguna a los shiftas, pues nadie les buscaba. Todos deseaban mantenerse lejos de su camino.

Un poco más adelante, en la dirección en la que cabalgaban, una bestia cazadora acechaba a su presa. El viento soplaba desde donde se encontraban hacia los jinetes que se aproximaban, y por esta razón su rastro de olor no le llegaba a su sensible olfato; tampoco el blando suelo producía ningún ruido bajo las patas de las monturas que el cazador pudiera percibir durante el período de concentración y leve excitación inherente al acecho.

Aunque el acechador no tenía aspecto de bestia de presa, en la forma que el término sugiere a la mente del hombre, lo era no obstante, pues en sus cacerías naturales llenaba su vientre con la caza y sólo con ella;

tampoco se parecía a la imagen mental que uno podría tener de un típico lord británico; sin embargo, también lo era: se trataba de Tarzán de los Monos.

Todas las bestias de presa encuentran poca caza durante las lluvias, y Tarzán no era ninguna excepción a la regla. Había llovido durante dos días y, como consecuencia de ello, Tarzán estaba hambriento. Un pequeño gamo bebía en un arroyo bordeado de arbustos y altos juncos, y Tarzán se arrastraba sobre el vientre a través de la corta hierba para alcanzar una posición desde la que pudiera atacar o disparar una flecha o arrojar una lanza. No era consciente de que un grupo de hombres a caballo se había parado en una suave elevación a poca distancia detrás de él, donde permanecían en silencio observándole con atención.

Usha, el viento, que transporta el olor, también transporta el ruido. Aquel día, Usha llevaba el olor y el ruido de los shiftas lejos del aguzado olfato y oído del hombre mono. Tal vez, dotado como estaba de facultades perceptivas extremadamente sensibles, Tarzán debería haber captado la presencia de un enemigo; pero «de vez en cuando dormita el buen Homero».

Por muy autosuficiente que sea un animal, siempre está dotado de precaución, pues no hay ninguno que no tenga enemigos. Los herbívoros más débiles siempre deben estar alerta por el león, el leopardo y el hombre, el elefante, el rinoceronte y el león nunca pueden relajar su vigilancia contra el hombre, y éste siempre debe estar en guardia contra éstos y otros. Sin embargo, no se puede decir que semejante precaución signifique miedo o cobardía, pues Tarzán, que carecía de miedo, era la personificación de la precaución, en especial cuando se hallaba lejos de su terreno, como ocurría ese día, y toda criatura era un enemigo en potencia.

La combinación de hambre atroz y la oportunidad de satisfacerla debió de situar la precaución en suspenso como hacía, a menudo, cierto descuido producto del orgullo de sí mismo; pero, sea como fuere, el hecho es que Tarzán era completamente ajeno a la presencia de aquel grupito de villanos bandidos que estaban dispuestos a matarle, a él o a cualquiera, por unas pobres armas o por nada en absoluto.

Las circunstancias que llevaron a Tarzán hacia el norte, hacia Kaffa, no forman parte de esta historia. Quizá no eran urgentes, pues el Señor de la Jungla gusta de vagar por las regiones remotas aún no tocadas por la devastadora mano de la civilización y no precisa más que un leve incentivo

para hacerlo. Aún no saciado de aventura, puede ser que los más de novecientos mil kilómetros cuadrados de Abisinia supusieran un atractivo irresistible para él por sugerir un misterioso país remoto y los secretos etnológicos que ha protegido desde tiempo inmemorial.

Vagabundos, aventureros, proscritos, falanges griegas y legiones romanas, todos han entrado en Abisinia en las épocas que relata la historia o la leyenda para no reaparecer jamás; e incluso algunos creen que este lugar guarda el secreto de las tribus perdidas de Israel. ¿Qué maravillas, pues, qué aventuras podrían no revelar sus rincones remotos?

De momento, sin embargo, la mente de Tarzán no estaba ocupada por pensamientos de aventura; no sabía que ésta se cernía amenazadoramente detrás de él. Su preocupación y su interés se centraban en el gamo al que tenía intención de cazar para satisfacer el hambre atroz que sentía. Avanzó arrastrándose con cautela. Ni siquiera Sheeta, el leopardo, acecha más silenciosamente o con mayor sigilo.

Detrás, los shiftas ataviados con túnicas blancas abandonaron la pequeña elevación desde donde le habían estado observando en silencio y descendieron hacia él con la lanza y el arcabuz a punto. Estaban perplejos. Nunca hasta entonces habían visto a un hombre blanco como éste; pero si su mente sentía curiosidad, en su corazón sólo habitaba el asesinato.

El gamo levantaba la cabeza de vez en cuando para mirar alrededor, cauto, receloso, y, cuando lo hacía, Tarzán se quedaba paralizado. De pronto, la mirada del animal se centró por un instante en algo en la dirección del hombre mono; luego, giró en redondo y se alejó a saltos. Tarzán miró atrás al instante, pues sabía que no era él quien había asustado a su presa, sino algo que se hallaba más lejos y que los ojos atentos de Wappi habían descubierto; y esa rápida mirada le permitió ver a media docena de jinetes que avanzaban lentamente hacia él, le indicó quiénes eran y explicó su propósito. Al comprender que eran shiftas, Tarzán supo que venían sólo a robar y a matar, y supo también que eran enemigos más despiadados que Numa.

Cuando vieron que les había descubierto, los jinetes echaron a galopar en su dirección, agitando sus armas y lanzando gritos. No dispararon, despreciando evidentemente esta víctima armada de forma primitiva, pero parecía que su propósito era derribarle y pisotearle con los cascos de sus caballos o empalarlo con sus lanzas. Quizá creyeron que buscaría la seguridad huyendo, lo que les proporcionaría además la emoción de la

persecución; ¿y qué presa podría proporcionar mayores emociones que el hombre?

Tarzán no se giró ni echó a correr. Conocía todas las posibles vías de escape en el radio de su visión y los peligros que razonablemente cabía esperar, pues las criaturas de la selva deben saber estas cosas si quieren sobrevivir; y por eso comprendía que no había escape posible de los jinetes mediante la huida; sin embargo, esto no le asustó, y se quedó firme para pelear, listo para aprovechar cualquier circunstancia fortuita que le ofreciera una posibilidad de escapar.

Alto, de proporciones magníficas, musculoso más como Apolo que como Hércules, vestido sólo con un estrecho taparrabos de piel de león con la cola del león colgando delante y detrás, ofrecía una espléndida figura de primitiva masculinidad que sugería más, tal vez, el semidiós de la selva que un hombre. Llevaba en la espalda su carcaj de flechas y una lanza corta y ligera, la floja espiral de cuerda hecha de hierba colgada al hombro y en la cadera, el cuchillo de caza de su padre, el que le había sugerido por primera vez a Tarzán niño su futura supremacía sobre las otras bestias de la jungla aquel lejano día en que su joven mano lo clavó en el corazón de Bolgani, el gorila; en la mano izquierda tenía su arco y entre los dedos, cuatro flechas más.

Tarzán era tan veloz como Ara, el rayo. En el instante en que descubrió y reconoció la amenaza que le venía por detrás y supo que los hombres habían descubierto su presencia, se puso en pie de un salto y, en el mismo instante, tensó su arco. En aquel momento, quizás incluso antes de que los shiftas que iban delante se dieran cuenta del peligro al que se enfrentaban, dobló el arco y lanzó la flecha.

El arco del hombre mono era corto pero potente; corto, para poder llevarlo fácilmente por la jungla y el bosque; potente, para que clavara sus flechas en el pellejo más duro y llegara a un órgano vital de su presa. Semejante arco no podía tensarlo un hombre corriente.

La primera flecha fue directa al corazón del shifta que iba delante, y cuando éste arrojaba los brazos por encima de la cabeza y se desplomaba de la silla de montar, otras cuatro flechas salieron volando con la rapidez del rayo desde el arco del hombre mono y todas alcanzaron su objetivo. Otro shiftas cayó y tres resultaron heridos.

Sólo habían transcurrido unos segundos desde el momento en que Tarzán había descubierto el peligro que le acechaba, y ya cuatro de los

restantes jinetes se hallaban sobre él. Los tres que estaban heridos tenían más interés por las flechas emplumadas que sobresalían de sus cuerpos que por la presa que habían esperado alcanzar tan fácilmente; pero el cuarto se precipitó hacia el hombre mono con la lanza para clavarla en el robusto y bronceado pecho.

No había posibilidad de que Tarzán retrocediera; no había manera de evitar el ataque, pues un paso a cualquiera de los dos lados le habría situado frente a otro jinete. No tenía más que una ligerísima esperanza de sobrevivir, y esa esperanza, por absurda que pareciera, la aprovechó con la celeridad, la fuerza y la agilidad que hacían de Tarzán, Tarzán. Se echó el arco al cuello, después de su último lanzamiento, levantó de un golpe la punta de la amenazadora arma de su contrincante y, agarrando el brazo del hombre, se impulsó y subió al caballo detrás del jinete.

Cuando unos dedos de acero se cerraron en la garganta del shiftas, éste lanzó un grito estridente; luego, se le clavó un cuchillo bajo el omóplato izquierdo y Tarzán arrojó el cuerpo fuera de la silla de montar. El aterrado caballo, libre con las riendas al viento, atravesó los matorrales y los juncos hasta el río, mientras los restantes shiftas, incapacitados a causa de sus heridas, se alegraban de abandonar la persecución en la orilla, aunque uno de ellos, que conservaba más vitalidad que sus compañeros, alzó su arcabuz y envió un disparo de despedida tras la presa que huía.

El río era una corriente estrecha y lenta, pero profunda en el canal, y cuando el caballo se zambulló en el agua, Tarzán vio, unos metros río abajo, algo que se agitaba y, luego, el contorno de un cuerpo largo y sinuoso que se acercaba velozmente hacia ellos. Era Gimla, el cocodrilo. El caballo también lo vio y, frenético, se volvió corriente arriba en un esfuerzo por escapar. Tarzán se subió al fuste de la silla abisinia y descolgó su lanza con la vana esperanza de mantener a raya al reptil hasta que su montura pudiera alcanzar la seguridad de la otra orilla, hacia la que ahora intentaba guiarla.

Gimla es tan veloz como voraz. Ya estaba en la grupa del caballo, con las fauces abiertas, cuando el shiftas que estaba en la orilla del río disparó salvajemente al hombre mono. Fue una suerte para Tarzán que el hombre herido hubiera disparado con apresuramiento, pues, cuando se oyó el disparo del arma de fuego, el cocodrilo se zambulló y el frenético chapoteo demostraba que había sido herido mortalmente.

Un instante después, el caballo que Tarzán cabalgaba llegó a la otra

orilla y trepó a la seguridad de la tierra seca. Ahora volvía a tener el control, y el hombre mono le hizo dar media vuelta y envió una flecha al otro lado del río hacia los bandidos, que, enojados, lanzaban maldiciones; la flecha dio en el hombre ya herido que, sin quererlo, había rescatado a Tarzán de una situación grave con el disparo que estaba destinado a matarle.

Acompañado de unos cuantos disparos salvajes y dispersos, Tarzán de los Monos galopó hacia el bosque próximo en el que desapareció de la vista de los furiosos shiftas.

## II

### EL PRISIONERO BLANCO

MUY LEJOS al sur, un león se apartó de su presa y se acercó majestuoso a la orilla de un río cercano. No echó ni una sola mirada al círculo de hienas y chacales que le rodeaban a él y a su presa, esperando a que se marchara, y que se había roto y retirado al levantarse él. Tampoco pareció ver a las hienas siquiera cuando éstas se precipitaron a desgarrar lo que había dejado.

Había orgullo y un porte real en la actitud de la poderosa bestia, y a ello se sumaban su gran tamaño, su pelaje amarillo, casi dorado, y su gran cabellera negra. Cuando hubo bebido hasta saciar su sed, levantó su enorme cabeza y lanzó un rugido, como tienen por costumbre los leones cuando se han alimentado y han bebido; y la tierra se estremeció con su voz retumbante, y la jungla quedó en silencio.

En ese instante debería haber buscado su madriguera y dormido, para salir por la noche y matar; pero no lo hizo. No hizo nada que cupiera esperar de un león en circunstancias similares. Levantó la cabeza y oliscó el aire, luego pegó el hocico al suelo y fue de un lado a otro como un perro de caza buscando el olor de una presa. Por último, se paró y lanzó un rugido bajo; luego, con la cabeza alta, se alejó por un sendero que conducía al norte. Las hienas se alegraron de verle partir, igual que los chacales, que deseaban que las hienas también se marcharan. Ska, el buitre, que volaba en círculos, deseaba que se alejaran todos.

Más o menos en aquellos momentos, más al norte, tres airados shiftas heridos vieron a sus camaradas muertos y maldijeron el sino que les había llevado por el sendero del extraño gigante blanco; luego, despojaron de la ropa y las armas a sus compañeros muertos y se alejaron cabalgando, jurando en voz alta vengarse si alguna vez se tropezaban de nuevo con el autor de su desconcierto y esperando en secreto que esto no ocurriera nunca. Esperaban haber acabado con él, pero no era así.

Poco después de haber penetrado en el bosque, Tarzán saltó a una rama que sobresalía, bajo la cual pasó su montura y dejó que el animal se marchara. El hombre mono estaba enojado; los shiftas le habían espantado la cena. Que hubieran intentado matarle le irritaba mucho menos que el hecho de que le hubieran estropeado la caza. Ahora debía empezar de nuevo su búsqueda de carne, pero cuando hubiera llenado su vientre, se ocuparía de este asunto de los shiftas. De esto estaba seguro.

Tarzán había considerado las posibilidades gastronómicas del caballo del bandido, pero había descartado la idea. En varias ocasiones en el pasado se había visto obligado a comer carne de caballo y no le había gustado. Aunque estaba hambriento, no se moría de hambre y, por ello, prefería esperar a encontrar carne más sabrosa, y no tardó mucho en matar y comer.

Satisfecho, se tumbó un rato en la horcadura de un árbol, pero no mucho tiempo. Su activa mente reflexionaba sobre el asunto de los shiftas. Era algo sobre lo que había que pensar. Si la banda se encontraba en marcha, no tenía que preocuparse por ellos; pero si se hallaban situados de forma permanente en la región, entonces era diferente, pues Tarzán esperaba quedarse allí algún tiempo y era bueno conocer la naturaleza y el número y emplazamiento de todos los enemigos. Además, le parecía que no podía dejarles escapar sin un castigo adicional por las molestias que le habían causado.

Tarzán regresó al río, lo cruzó y tomó el sendero que habían tomado los shiftas. Éste le condujo por unas colinas bajas y luego entró en un estrecho valle de la corriente que había cruzado un poco más arriba. Allí, el lecho del valle era boscoso y el río serpenteaba entre los árboles. El sendero conducía a este bosque.

Estaba anocheciendo; el breve crepúsculo ecuatorial se estaba convirtiendo rápidamente en noche. La vida nocturna del bosque y de las colinas empezaba a despertar; de las profundas sombras del valle brotaron los rugidos de un león cazador. Tarzán oliscó el cálido aire que se elevaba desde el valle hacia las montañas; llevaba consigo los olores de un campamento y el rastro de olor del hombre. Levantó la cabeza y del fondo de su pecho surgió un profundo rugido. Tarzán de los Monos también estaba cazando.

Se quedó entonces erguido y callado en las crecientes sombras, una figura solitaria de pie con una majestuosidad única en aquella desolada

colina. Rápidamente, la noche silenciosa le envolvió; su figura se fundió con la oscuridad que unía colina y valle, río y bosque. Hasta entonces Tarzán no se había movido, luego descendió con paso silencioso hacia el bosque. En ese instante tenía todos los sentidos en alerta, pues los grandes felinos estarían cazando. A menudo su sensible nariz temblaba cuando escudriñaba el aire; ni el más mínimo sonido escapaba a su aguzado oído.

Mientras avanzaba, el olor a hombre se hizo más fuerte y guió sus pasos. El profundo rugido del león sonaba cada vez más cerca; pero de Numa poco temía Tarzán, pues sabía que el gran felino, como estaba en contra del viento, no podía percibir su presencia. Sin duda alguna, Numa había oído el rugido del hombre mono, pero no podía saber que su autor se estaba aproximando a él.

Tarzán había calculado la posición en la que se encontraba el león en el valle, y la distancia que quedaba entre él mismo y el bosque, y había supuesto que llegaría a los árboles antes de que se cruzaran sus caminos. No quería cazar a Numa, el león, y con la precaución natural de las bestias salvajes, evitaría un encuentro con él. Tampoco era comida lo que buscaba, pues tenía el vientre lleno, sino al hombre, el archienemigo de todas las cosas creadas.

A Tarzán le costaba considerarse a sí mismo un hombre, y su psicología era con más frecuencia la de la bestia salvaje que la humana, y tampoco estaba particularmente orgulloso de su especie. Aunque apreciaba la superioridad intelectual del hombre sobre otras criaturas, lo despreciaba porque había malgastado la mayor parte de su herencia. Para Tarzán, igual que para otras muchas cosas creadas, la satisfacción es la meta última y más elevada de una hazaña, y la salud y la cultura las principales vías por las que el hombre puede acceder a esa meta. El hombre mono contemplaba con desprecio la abrumadora mayoría de hombres a los que les faltaba uno u otro elemento cuando no ambos. Advertía la codicia, el egoísmo, la cobardía y la crueldad del hombre, y, en vista de su cacareada mentalidad, sabía que estas características situaban al hombre en una escala espiritual inferior que la de las bestias, mientras que le impedía eternamente llegar a la meta de la satisfacción.

Así pues, cuando rastreaba la madriguera del hombre cosas, no lo hacía con el espíritu del que busca a los de su propia especie, sino de una bestia que reconoce la posición de un enemigo. Una mezcla de los olores de un campamento se fue haciendo cada vez más fuerte en su olfato: los olores de

caballos, hombre, comida y humo. Para usted o para mí, solos en la salvaje jungla, tragados por la oscuridad, conocedores de la aproximación de un león cazador, estos olores habrían sido muy bien recibidos; pero la reacción de Tarzán a ellos fue la de la bestia salvaje que conoce al hombre sólo como enemigo: sus fuertes músculos se tensaron mientras emitía un rugido bajo.

Cuando Tarzán llegó a la linde del bosque, el león se hallaba a poca distancia a su derecha y se aproximaba; por eso, el hombre mono se subió a los árboles, a través de los cuales se dirigió en silencio hacia el campamento de los shiftas. Numa le oyó entonces y rugió, y los hombres que estaban en el campamento echaron más leña a la fogata que habían hecho para mantener alejadas a las bestias.

Tarzán se encaminó hacia un árbol que daba al campamento. Abajo vio una banda de unos veinte hombres con sus caballos y su equipo. Un tosco cercado hecho de ramas y matorral rodeaba el campamento como protección parcial contra las bestias salvajes, pero confiaban más en el fuego que mantenían encendido en el centro del campamento.

Con una simple y rápida mirada, el hombre mono captó los detalles de la escena que se desarrollaba abajo, y luego sus ojos se posaron en lo único que despertó su interés o curiosidad: un hombre blanco que yacía atado a poca distancia de la fogata.

De ordinario, a Tarzán no le preocupaba más el destino de un hombre blanco que el de un hombre negro o cualquier otra cosa creada a la que no estuviera atado por lazos de amistad; la vida de un hombre significaba menos para Tarzán de los Monos que la vida de un simio. Pero en este caso había otros dos factores que hacían que la vida del cautivo fuera de interés para el señor de la jungla. En primer lugar, y probablemente el factor predominante, era su deseo de vengarse de los shiftas porque habían asustado a su pretendida presa; el segundo era la curiosidad, pues el hombre blanco que yacía en el suelo era diferente de todos los que había visto hasta entonces, al menos en lo que a su vestimenta se refería.

La única prenda que vestía parecía ser una cota de malla sin mangas hecha de discos de marfil que se superponían parcialmente, a menos que ciertos ornamentos de los tobillos, muñecas, cuello y cabeza pudieran considerarse objetos utilitarios como para darles una clasificación similar. Salvo por esto, sus brazos y piernas estaban desnudos. Tenía la cabeza apoyada en el suelo con el rostro vuelto hacia el otro lado de donde se

encontraba Tarzán, de modo que el hombre mono no podía verle las facciones sino sólo su cabello abundante y negro.

Mientras observaba el campamento, buscando alguna sugerencia en cuanto a cómo podría molestar o incomodar más a los bandidos, se le ocurrió a Tarzán que una justa venganza consistiría en quitarles algo que quisieran, igual que ellos le habían despojado del gamo que él deseaba. Evidentemente, querían conservar al prisionero, de lo contrario no se habrían tomado la molestia de atarle tan bien, de modo que Tarzán decidió robarles al hombre blanco. Quizá la curiosidad también tuvo un papel importante en esta decisión, pues la extraña vestimenta del prisionero había despertado en el hombre mono el deseo de conocer más cosas de él.

Para realizar su propósito, decidió esperar a que el campamento durmiera. Instalándose cómodamente en una horcadura del árbol, se preparó para mantener su vigilia con la incansable paciencia de la bestia cazadora que era. Mientras observaba, vio a varios shiftas intentar comunicarse con su prisionero, pero era evidente que ninguno de los dos entendía al otro.

Tarzán estaba familiarizado con las lenguas habladas por los kaficho y los galla, y las preguntas que le planteaban a su prisionero despertaron aún más su curiosidad. Le hicieron una pregunta de muchas maneras diferentes, en varios dialectos, y con signos que el cautivo no entendía o fingía no entender. Tarzán se inclinaba a creer que se trataba de esto último, pues el lenguaje de los signos apenas podía malinterpretarse. Le preguntaban el camino para ir a un lugar donde había mucho marfil y oro, pero no obtuvieron información alguna del hombre.

—Este cerdo nos entiende perfectamente —gruñó uno de los shiftas—; sólo finge que no es así.

—Si no nos lo va a decir, ¿de qué sirve llevarlo? —preguntó otro—. Podríamos matarle ahora.

—Dejaremos que lo piense durante la noche —replicó uno que a todas luces era el cabecilla—, y si mañana aún se niega a hablar, le mataremos.

Intentaron transmitir al prisionero esta decisión, con palabras y mediante signos, y luego se sentaron alrededor de la fogata y hablaron de los sucesos del día y de sus planes para el futuro. El tema principal de conversación era el extraño gigante blanco que había matado a tres de los suyos y huido en uno de sus caballos; y después de debatir esto a fondo y con detalle, durante un rato, y de que los tres supervivientes del encuentro

alardearan de sus proezas, se retiraron a los toscos refugios que habían construido y dejaron la noche a Tarzán, a Numa y a un solo centinela.

El silencioso observador entre las sombras del árbol aguardó con paciencia hasta que el campamento se hallara sumido en el más profundo sueño y, mientras esperaba, planeó el golpe que consistiría en robar a los shiftas su presa y satisfacer su deseo de venganza. Mientras dejaba pasar el tiempo pacientemente, llegó a su olfato el fuerte olor de Numa, el león, y supuso que el carnívoro, atraído por la presencia de los caballos, había ido a investigar el campamento. Dudaba que entrara en él, pues el centinela mantenía vivo el fuego y Numa raras veces se atreve a desafiar el temible misterio de las llamas, a menos que se vea impulsado por un hambre extrema.

Por fin el hombre mono creyó que había llegado la hora en que podía poner en práctica su plan; todos salvo el centinela se hallaban dormidos, incluso éste dormitaba junto a la fogata. Con tanto sigilo como la sombra de una sombra, Tarzán descendió del árbol manteniéndose oculto en la sombra arrojada por el fuego.

Permaneció unos instantes en silencio, aguzando el oído. Oyó la respiración de Numa en la oscuridad, más allá del círculo de luz, y supo que el rey de las fieras se hallaba cerca, vigilante. Luego, miró desde detrás del gran tronco del árbol y vio que el centinela seguía de espaldas a él. Avanzó en silencio; sigilosamente, sin hacer ningún ruido, se dirigió hacia el iluso bandido. Vio el arcabuz sobre las rodillas del hombre y sintió respeto por él, como todos los animales de la jungla que han sido cazados.

Se fue acercando a su presa. Al fin, se agazapó directamente detrás de él. No debía hacer ningún ruido. Tarzán esperó. Más allá del borde de la fogata aguardaba Numa, expectante, pues veía que muy poco a poco las llamas iban disminuyendo. Una mano bronceada avanzó con rapidez, unos dedos de acero agarraron la garganta morena del centinela casi en el mismo instante en que un cuchillo se le clavaba debajo del hombro izquierdo hasta el corazón. El centinela murió sin saber que la muerte le amenazaba, un final misericordioso.

Tarzán retiró el cuchillo del cuerpo inerte y secó la hoja en la túnica antes blanca de su víctima; luego, avanzó con cautela hacia el prisionero que yacía al aire libre. No se habían molestado en construir un refugio para él. Mientras se dirigía hacia el hombre, Tarzán pasó cerca de dos de los refugios en los que dormían los miembros de la banda; pero no hizo ruido

para no despertarlos. Cuando estuvo más cerca del cautivo, vio, a la menguante luz de la fogata, que el hombre tenía los ojos abiertos y le estaba mirando a los ojos con expresión interrogadora. El hombre mono se llevó un dedo a los labios para que permaneciera en silencio y luego se acercó y se arrodilló junto al hombre, le cortó las ataduras de las muñecas y tobillos y, después, le ayudó a ponerse de pie, pues había estado atado con fuerza y tenía las piernas entumecidas.

Por un momento esperó a que el extraño probara sus pies y los moviera con rapidez, en un esfuerzo por recuperar la circulación de la sangre; luego, le hizo seña de que le siguiera; todo habría ido bien de no ser por Numa, el león. En aquel momento, o para expresar su ira contra las llamas o para asustar a los caballos y que huyeran, emitió un rugido atronador.

Tan cerca estaba el león que al quebrar súbitamente el profundo silencio de la noche todos los que dormían despertaron sobresaltados. Una docena de hombres cogieron sus arcabuces y salieron corriendo de sus refugios. A la poca luz de la fogata no vieron ningún león, pero sí vieron a su cautivo liberado y a Tarzán de los Monos de pie a su lado.

Entre los que corrían se hallaba la víctima de Tarzán que había resultado menos herida por la tarde. Reconoció al instante al bronceado gigante blanco y gritó a sus compañeros:

—¡Es él! ¡Es el demonio blanco que hoy ha matado a nuestros amigos!

—¡Matadle! —gritó otro.

—¡Matadles a los dos! —gritó el cabecilla de los shiftas.

Rodeando por completo a los dos hombres blancos, los shiftas avanzaron hacia ellos; pero no se atrevieron a disparar por miedo a herir a uno de sus camaradas. Tampoco podía Tarzán lanzar una flecha ni arrojar una lanza, pues había dejado todas sus armas salvo la cuerda y el cuchillo escondidas en el árbol, para poder moverse con mayor libertad y silencio mientras intentaba liberar al cautivo.

Uno de los bandidos, más valiente, probablemente porque era menos inteligente que sus compañeros, se precipitó hacia ellos con el mosquete como si fuera un palo. Fue su perdición. El hombre bestia se agazapó, rugiendo, y, cuando el otro estaba casi sobre él, atacó. Esquivó el mosquete que iba a golpearle, y luego agarró el arma y se la arrancó de las manos al shiftas como si fuera un juguete en manos de un niño.

Arrojando el arma a los pies de su compañero, Tarzán agarró al imprudente galla, le hizo girar y lo sostuvo como escudo para protegerse de

las armas de sus compañeros. Pero a pesar de este revés, los otros shiftas no dieron muestras de renunciar a la batalla. Veían ante sí a dos hombres prácticamente indefensos y, con redoblados disparos, se fueron acercando.

Dos de ellos se precipitaron detrás del hombre mono, pues era éste al que más temían; pero tenían que aprender que su ex prisionero no podía ser considerado a la ligera. Éste recogió el mosquete que Tarzán había dejado a un lado y, cogiéndolo por el extremo del cañón, lo utilizó como palo. La pesada punta golpeó violentamente al principal bandido en la cabeza, lo que le hizo caer como un buey muerto; y cuando volvió a hacerlo oscilar, el segundo bandido dio un salto hacia atrás para evitar un destino similar.

Una rápida mirada hacia atrás aseguró a Tarzán que su compañero estaba resultando un aliado que valía la pena, pero era evidente que no cabía esperar que resistieran mucho tiempo contra el número superior con que se enfrentaban. Su única esperanza, creía él, residía en realizar una repentina y concertada huida por la delgada línea de enemigos que les rodeaba y trató de transmitir su plan al hombre que estaba detrás de él; pero aunque le habló en inglés y en las diversas lenguas continentales con las que el hombre mono estaba familiarizado, la única respuesta que recibió fue en una lengua que jamás había oído.

¿Qué iba a hacer? Tenían que ir juntos y los dos debían comprender el propósito que animaba a Tarzán. Pero ¿cómo era posible si no se podían comunicar? Tarzán se volvió y tocó al otro levemente en el hombro; luego, señaló con el pulgar la dirección en la que tenía intención de ir e hizo una seña con la cabeza.

El hombre asintió al instante, pues había comprendido, y giró en redondo cuando Tarzán empezó a atacar, sin soltar al shiftas que tenía cogido; pero los shiftas estaban decididos a no dejar que aquellos dos escaparan y, aunque no podían disparar por miedo a matar a su camarada, se mantuvieron firmes con los mosquetes a modo de palo y con las lanzas; así, el resultado parecía verdaderamente sombrío para el señor de la jungla y su compañero.

Utilizando al hombre al que tenía agarrado como mayal, Tarzán intentó abatir a los que se encontraban entre él y la libertad; pero eran muchos y consiguieron arrancar a su camarada de las garras del hombre mono. Ahora parecía que la situación de los dos blancos era desesperada, pues ya nada impedía que los bandidos utilizaran sus arcabuces. Los shiftas se hallaban en un arrebato de ira tal que nada salvo el exterminio de aquellos dos

enemigos les satisfaría; pero Tarzán y el otro presionaban tanto que los mosquetes eran inútiles contra ellos, de momento, aunque después algunos de los shiftas se retiraron un poco a un lado donde podrían utilizar libremente sus armas.

Un tipo en particular estaba bien situado para disparar sin poner en peligro a ninguno de sus compañeros, y, llevándose el arcabuz al hombro, apuntó con cuidado a Tarzán.

## III

### FELINOS EN LA NOCHE

CUANDO el hombre se llevó el arma al hombro para disparar a Tarzán, un grito de advertencia brotó de los labios de uno de sus camaradas, que fue ahogado por el fuerte rugido de Numa, el león, cuando el fuerte impulso de su ataque le hizo saltar por encima del cercado hasta el centro del campamento.

El hombre que estuvo a punto de matar a Tarzán lanzó una rápida mirada hacia atrás cuando el grito de alarma le advirtió del peligro, y cuando vio al león apartó su rifle con excitación y terror y su grito aterrado se mezcló con la voz de Numa; en su ansiedad por escapar de los colmillos del devorador de hombres se precipitó a los brazos del hombre mono.

El león, momentáneamente confuso por el disparo, el rápido movimiento y los gritos de los hombres, se detuvo, se agachó y miró a la izquierda y a la derecha. En ese breve instante, Tarzán agarró al shiftas que huía, lo levantó por encima de su cabeza y lo arrojó a la boca de Numa; luego, cuando el león atrapó su presa y su poderosa mandíbula se cerró sobre la cabeza y los hombros del desgraciado bandido, hizo seña a su compañero de que le siguiera; echó a correr directamente en dirección al león, pasó por su lado y saltó el cercado en el mismo punto en que Numa lo había saltado antes. Pisándole los talones iba el cautivo blanco de los shiftas, y antes de que los bandidos se hubieran recuperado de la primera sorpresa del inesperado ataque del león, los dos habían desaparecido en las sombras de la noche.

Justo fuera del campamento, Tarzán dejó un momento a su compañero para subir al árbol donde había dejado sus armas; las recuperó y, luego, guió por el camino para salir del valle y subir a las colinas. Junto a él trotaba el silencioso hombre blanco al que había rescatado de una muerte segura a manos de los bandidos kaficho y galla.

Durante su breve encuentro en el campamento, Tarzán había reparado

con admiración en la fuerza, agilidad y valor del extraño, lo que había despertado su interés y su curiosidad. Al parecer, se trataba de un hombre moldeado en las dimensiones de la talla de Tarzán, un hombre tranquilo, con recursos, valiente y luchador. Irradiando esa aura intangible a la que denominamos personalidad, incluso en sus silencios impresionaba al hombre mono, que estaba convencido de que la lealtad y la seriedad eran características innatas del hombre; así pues, a Tarzán, que de ordinario prefería estar solo, no le desagradaba la compañía de este extraño.

La luna, casi llena, se había elevado sobre la negra masa montañosa del este y arrojaba su suave luz sobre la colina, el valle y el bosque, transformando la escena una vez más en la de un mundo diferente del de la luz del día y de la noche sin luna, un mundo de extraños grises y verdes plateados.

Los dos hombres avanzaban hacia una franja de bosque que revestía las laderas superiores de las colinas y se hundía en el cañón y la cañada, tan silenciosos como el movimiento de la sombra de una nube; sin embargo, para alguien oculto en los oscuros recovecos del bosque su aproximación no era desconocida, pues el aliento de Usha, el viento, era transportado por delante de ellos hasta los aguzados olfatos del príncipe de los cazadores.

Sheeta, la pantera, estaba hambrienta. Durante varios días la caza había sido escasa y esquiva. En ese momento, llegaba a su olfato el olor de hombre cosa, cada vez más fuerte a medida que ellos se acercaban. Era el olor puro del hombre, no contaminado por el odiado olor del palo de trueno que arrojaba llamas, que tanto temía y odiaba. Impaciente, Sheeta aguardaba la llegada de los hombres.

En el bosque, Tarzán buscó un árbol en el que pudieran pasar la noche. Había comido y no tenía hambre. Si su compañero había o no comido era asunto suyo. Ésta era una ley de la jungla de la que Tarzán podría desviarse por un compañero débil o herido, pero no por un hombre fuerte capaz de proveer alimento para sí mismo. Si hubiera matado, habría compartido su caza; pero no iría a cazar para otro.

Tarzán encontró una rama que se bifurcaba horizontalmente. Con el cuchillo de caza cortó otras ramas y las colocó sobre los dos brazos de la Y así formada. Encima de esta tosca plataforma extendió hojas, y luego se tumbó a dormir, mientras desde un árbol contiguo, en la dirección del viento, Sheeta le observaba. Ella también observaba al otro hombre cosa que estaba en el suelo, entre los dos árboles. El gran felino no se movía;

parecía que apenas respiraba. Incluso Tarzán era ajeno a su presencia; sin embargo, el hombre mono estaba inquieto. Una sensación tan delicada de cuya existencia no era objetivamente consciente parecía advertirle de que no todo iba bien. Escuchó atentamente y oliscó el aire, pero no percibió nada extraño. Abajo, su compañero se estaba preparando un lecho en el suelo, pues no quería arriesgarse a subir a las altas ramas del árbol a las que no estaba acostumbrado. El hombre que estaba en el suelo era el que Sheeta observaba.

Al fin, cuando el lecho de hojas y hierbas se encontraba a su gusto, el compañero de Tarzán se tumbó en él. Sheeta esperó. Poco a poco, de modo casi imperceptible, los sinuosos músculos adelantaron los cuartos traseros bajo el cuerpo preparándose para el salto. Sheeta avanzó en la gran rama en la que estaba agazapada, pero al hacerlo la rama se movió un poco y las hojas de la punta susurraron levemente. Mis oídos o los de usted no habrían sido conscientes de ningún ruido, pero los de Tarzán no son como los míos o los de usted.

Él lo oyó; y sus ojos se volvieron al instante, buscaron y encontraron al intruso. En ese mismo momento, Sheeta se lanzó sobre el hombre que yacía en su tosco lecho en el suelo, y cuando Sheeta saltó también lo hizo Tarzán. Lo que sucedió fue muy rápido, sólo cuestión de segundos.

Cuando las dos bestias saltaron, Tarzán lanzó un rugido para avisar a su compañero y lograr desviar la atención de Sheeta de su presa. El hombre que estaba en el suelo saltó rápidamente a un lado, impulsado más por una reacción instintiva que por la razón. El cuerpo de la pantera le rozó cuando ésta tocó tierra, pero los pensamientos de la bestia estaban ahora en la cosa que había lanzado aquel rugido amenazador y no en su pretendida presa.

El hombre se giró en redondo y vio al salvaje carnívoro al mismo tiempo que Tarzán se lanzaba sobre el lomo de la bestia. Oyó los rugidos de los dos cuando se enzarzaron en la batalla y se puso tenso cuando se dio cuenta de que los ruidos que brotaban de los labios de su compañero eran tan bestiales como los emitidos por la garganta del carnívoro.

Tarzán trató de asirse al cuello de la pantera, mientras el gran felino trató de rodar sobre su espalda para deshacerse de él y hacerlo pedazos con las terribles garras que armaban sus patas traseras. Pero la estrategia del hombre mono preveía esto y, rodando bajo Sheeta mientras ésta también rodaba, enlazó sus fuertes piernas bajo el vientre de la pantera; luego, el gran felino se puso de pie nuevamente y se sacudió para que el hombre

cosa cayera, y entretanto un fuerte brazo le rodeaba el cuello, cerrándole el paso del aire.

Dando saltos frenéticos, la pantera daba vueltas a la luz de la luna mientras el compañero de Tarzán permanecía desarmado e indefenso. Dos veces había tratado de intervenir y ayudar al hombre mono, pero en ambas ocasiones los dos cuerpos le habían golpeado y enviado al suelo. En aquel momento vio un nuevo factor en la batalla: Tarzán había logrado sacar su cuchillo. Momentáneamente, la hoja relució ante sus ojos; luego, se clavó en el cuerpo de Sheeta. El felino, gritando de dolor y de rabia, redobló sus esfuerzos por deshacerse de la criatura que se pegaba a él en el abrazo de la muerte; pero el cuchillo se clavó de nuevo.

Sheeta temblaba sobre unas patas inseguras cuando una vez más el cuchillo se hundió profundamente en un costado; luego, su fuerte voz callada para siempre se desplomó sin vida al suelo mientras el hombre mono salía de debajo de su cuerpo y se ponía de pie de un salto.

El hombre al que Tarzán había salvado se le acercó y puso una mano en su hombro, pronunciando unas palabras en voz baja pero en una lengua que Tarzán no comprendía, aunque supuso que expresaba la gratitud que sentía.

¿Qué pensamientos ocupaban la mente del compañero de Tarzán? Dos veces en una hora este extraño hombre blanco le había salvado de la muerte. Por qué razones, el hombre no podía adivinarlo. Parecería natural que en su pecho nacieran sentimientos de amistad y lealtad si poseía honor o gratitud, pero esto no podemos saberlo hasta que le conozcamos mejor. De momento, ni siquiera tiene nombre para nosotros; y, siguiendo la política de Tarzán, no le juzgaremos todavía. Es posible entonces que llegue a gustarnos, o puede que tengamos razones para despreciarle.

Influido por el ataque de la pantera y sabiendo que Numa estaba lejos, Tarzán, por señas, persuadió al hombre de que subiera al árbol, y allí el hombre mono le ayudó a construir un nido similar al suyo. El resto de la noche durmieron en paz. A la mañana siguiente, cuando el sol ya había salido hacía una hora, despertaron. Entonces, el hombre mono se levantó y se desperezó.

Cerca, el otro hombre se incorporó y miró alrededor. Sus ojos tropezaron con los de Tarzán, sonrió e hizo un gesto de asentimiento. Por primera vez, el hombre mono tuvo oportunidad de examinar a su conocido a la luz del día. El hombre se había quitado la única prenda que vestía para pasar la noche y se había cubierto con hojas y ramas. Cuando se levantó, la

única prenda que llegaba era un taparrabo; Tarzán vio un cuerpo musculoso de metro ochenta, bien proporcionado, coronado por una cabeza que parecía indicar educación e inteligencia. Las facciones del hombre eran fuertes, bien definidas y colocadas de forma armoniosa; el rostro se destacaba más por la fuerza y masculinidad que por la belleza.

La bestia salvaje que había en Tarzán escrutó los ojos castaños del extraño y le satisfizo ver que era alguien en quien podía confiar; el hombre que había en él observó la cinta para la cabeza que confinaba el cabello negro, el adorno de marfil labrado de forma extraña que llevaba en el centro de la frente, la cota de malla sin mangas que se estaba poniendo, los adornos de marfil en las muñecas y los tobillos, y sintió curiosidad.

El adorno de marfil del centro de la cinta tenía forma de paleta cóncava, curvada, cuya punta se proyectaba por encima de la cabeza del hombre y se curvaba hacia delante. Las muñequeras y tobilleras eran largas tiras planas de marfil muy juntas y atadas mediante correas de cuero pasadas por unos agujeros hechos en los extremos de las tiras. Sus sandalias eran de cuero grueso, aparentemente de pellejo de elefante, y se sujetaban con correas de cuero atadas en la parte inferior de las tobilleras.

En cada brazo, bajo el hombro, llevaba un disco de marfil en el que estaba tallado un dibujo; alrededor del cuello llevaba una banda de discos de marfil más pequeños tallados de forma elaborada, y de la parte más baja de estas tiras bajaba otra hasta la cota de malla, que también se sujetaba con correas atadas a los hombros. Colgando de cada lado de esta cinta para la cabeza había otro disco de marfil de gran tamaño, sobre el que había un disco más pequeño. Los discos más grandes le cubrían las orejas. Unas piezas de marfil, pesadas, curvadas, en forma de cuña, se sujetaban, una sobre cada hombro, con las mismas tiras que sujetaban la cota de malla.

Tarzán no creía que todos estos adornos tuvieran fines únicamente ornamentales. Pensó que casi sin excepción servirían como protección contra un arma cortante como una espada o un hacha de batalla, y no pudo por menos de preguntarse dónde tenía su génesis aquel fornido guerrero que los llevaba, pues en ningún lugar del mundo, que Tarzán supiera, existía una raza de hombres que llevara armadura y ornamentos como aquéllos.

Pero las especulaciones referentes a este asunto quedaron relegadas al fondo de sus pensamientos por el hambre y al recordar los restos de la caza del día anterior que había colgado en lo alto de un árbol del bosque, río

arriba. Así que saltó ágilmente al suelo, hizo señas al joven guerrero de que le siguiera y partió en dirección a su escondrijo, alerta siempre de sus enemigos.

Hábilmente oculta por ramas hojosas, la carne estaba intacta cuando Tarzán llegó. Cortó varias tiras y se las tiró al guerrero, que esperaba abajo. Luego, cortó un poco para él, se agachó en una horcadura y se dispuso a comerla cruda. Su compañero le miró unos instantes con sorpresa; luego, encendió fuego con un trozo de acero y pedernal y coció su ración.

Mientras comía, la mente activa de Tarzán hacía planes para el futuro. Había ido a Abisinia con un fin específico, aunque el asunto no era de importancia inmediata y no requería atención instantánea. En realidad, en la filosofía que toda una vida de ambiente primitivo había inspirado, el tiempo no era una cuestión importante. El fenómeno de este guerrero de armadura de marfil despertaba inquietudes que le intrigaban más que los problemas que le habían llevado tan lejos de su terreno, y decidió que esto último podía esperar hasta que resolviera el enigma de este aparente anacronismo que su nuevo conocido presentaba.

No tener otro medio de comunicación que los signos dificultaba cualquier intercambio de ideas entre los dos, pero cuando hubieron terminado de comer, y Tarzán hubo descendido al suelo, logró preguntar a su compañero en qué dirección deseaba ir. El guerrero señaló en dirección norte hacia las altas montañas; y, mediante los signos, invitó a Tarzán a acompañarle. Tarzán aceptó esta invitación e indicó al otro que guiara la marcha.

Durante días, que se convirtieron en semanas, los dos hombres se adentraron cada vez más en el corazón de un asombroso sistema montañoso. Siempre alerta mentalmente y ansioso por saber, Tarzán aprovechó la oportunidad para aprender la lengua de su compañero, y resultó ser un alumno tan apto que pronto fueron capaces de hacerse comprender.

Una de las primeras cosas que Tarzán supo de su compañero fue que se llamaba Valthor, mientras que Valthor aprovechó la primera oportunidad para demostrar su interés por las armas de Tarzán; y como iba desarmado, Tarzán pasó un día confeccionándole una lanza, un arco y unas flechas. Después, mientras Valthor enseñaba al señor de la jungla a hablar su lengua, Tarzán lo instruía en el uso del arco, pues la lanza ya era un arma familiar para el joven guerrero.

Así transcurrieron los días y las semanas, y no parecía que estuvieran más cerca de la región de Valthor que cuando habían emprendido la marcha desde las proximidades del campamento de los shiftas.

Tarzán encontró en abundancia ciertas variedades de caza en las montañas, y era él quien mantenía la despensa llena. El impresionante escenario estaba marcado por una accidentada grandiosidad que mantenía el interés del hombre mono. Éste, prácticamente ajeno al paso del tiempo, cazaba y disfrutaba de la belleza de la naturaleza intacta. Pero Valthor era menos paciente y, al fin, un día a última hora, cuando se encontraban en el extremo de un cañón ciego donde unos colosales arrecifes impedían el paso, admitió la derrota.

—Estoy perdido —dijo simplemente.

—Esto —observó Tarzán— te lo habría podido decir hace muchos días.

Valthor le miró con sorpresa.

—¿Cómo lo sabías —preguntó— si no conoces en qué dirección se encuentra mi país?

—Lo sé —respondió el hombre mono— porque durante la última semana has guiado la marcha hacia los cuatro puntos de la brújula, y hoy estamos a ocho kilómetros de donde estábamos hace una semana. Al otro lado de la cordillera que está a nuestra derecha, a no más de ocho kilómetros, se encuentra el arroyuelo en el que maté al íbice y el viejo árbol retorcido en el que dormimos aquella noche hace siete soles.

Valthor se rascó la cabeza, perplejo, y sonrió.

—No puedo discutírtelo —admitió—. Quizá tienes razón, pero ¿qué vamos a hacer?

—¿Sabes en qué dirección se encuentra tu país desde el campamento en el que te encontré? —preguntó Tarzán.

—Thenar está al este de ese punto —respondió Valthor—, de eso estoy seguro.

—Entonces, estamos directamente al sudoeste de allí, pues hemos recorrido una distancia considerable hacia el sur desde que entramos en las montañas más altas. Si tu país se encuentra en estas montañas, entonces no debería sernos dificil encontrarlo si siempre avanzamos en dirección al norte.

—Esta maraña de montañas con sus retorcidos cañones y gargantas me confunde —admitió Valthor—. Verás, hasta ahora nunca había estado más lejos de Thenar que en el valle de Onthar, y esos dos valles están rodeados

de hitos tan conocidos por mí que no necesito otras guías. Y nunca he necesitado consultar la posición del sol, la luna o las estrellas. Por eso no me han servido de ayuda desde que partimos hacia Thenar. ¿Crees que podrías mantener un rumbo hacia el nordeste en este laberinto de montañas? Si puedes hacerlo, será mejor que guíes tú la marcha.

—Puedo ir hacia el nordeste —le aseguró Tarzán—, pero no puedo encontrar tu país a menos que se halle en mi camino.

—Si llegamos a un punto situado entre ochenta o ciento sesenta kilómetros de distancia, desde una alta elevación podremos ver Xarator —explicó Valthor—, y entonces sabré el camino para ir a Thenar, pues Xarator está al oeste de Athne.

—¿Qué son Xarator y Athne? —preguntó Tarzán.

—Xarator es un gran pico cuyo centro está lleno de fuego y roca derretida. Se encuentra en el extremo norte del valle de Onthar y pertenece a los hombres de Cathne, la ciudad de oro. Athne, la ciudad de marfil, es la ciudad de la que procedo. Los hombres de Cathne, en el valle de Onthar, son los enemigos de mi pueblo.

—Entonces —dijo Tarzán—, mañana partiremos hacia la ciudad de Athne, en el valle de Thenar.

Mientras Tarzán y Valthor comían carne que habían cortado de la caza del día anterior, muchos kilómetros al sur un león de negra cabellera meneaba la cola con furia y emitía un rugido salvaje mientras permanecía junto al cuerpo de un búfalo al que había matado y se enfrentaba a un enojado macho que arañaba la tierra y bramaba a unos metros de distancia.

La bestia que se enfrentaría a Gorgo, el búfalo, era extraña cuando la rabia inflamaba sus ojos enrojecidos; pero el gran león no mostraba intención de abandonar su presa, ni siquiera frente a la amenaza de ataque del búfalo. Se mantuvo firme. Los rugidos del león y los bramidos del búfalo se mezclaban en una salvaje disonancia que estremecía la tierra, acallando las voces de los pobladores inferiores de la jungla.

Gorgo corneaba el suelo, entregado a un frenesí de rabia. Detrás de él, bramando, se hallaba la madre de la cría muerta. Quizás estaba instando a su amo y señor a vengar el asesinato. Los otros miembros de la horda se habían adentrado en la espesura de la jungla, abandonando a estos dos para disputar a Numa su derecho a su presa y dejando la venganza a aquellos poderosos cuernos respaldados por aquel enorme cuello.

Con una celeridad y agilidad que parecían imposibles debido a su gran

peso, el macho atacó. Parecía increíble que dos bestias tan enormes se movieran con tanta rapidez y agilidad, como parecía increíble que cualquier criatura pudiera soportar o evitar la amenaza de aquellos cuernos; pero el león estaba preparado, y cuando el búfalo estaba casi sobre él saltó a un lado, se apoyó sobre las patas traseras y con una enorme garra propinó al macho un golpe terrible en un costado de la cabeza, que le hizo caer de rodillas, medio aturdido y sangrante, aplastándole su gran mandíbula. Y antes de que Gorgo pudiera ponerse da pie nuevamente, Numa saltó sobre su lomo, hundió sus dientes en los protuberantes músculos del gran cuello y con una pata alcanzó el hocico del rugiente macho, echando la cabeza hacia atrás con un poderoso impulso que le rompió las vértebras.

El león se puso de pie al instante frente a la hembra, pero ella no atacó. Bramando, se alejó corriendo y se adentró en la jungla dejando al rey de las bestias de pie con las patas delanteras sobre su última presa.

Aquella noche Numa se alimentó bien; sin embargo, cuando se hubo saciado, no se tumbó como haría cualquier león, sino que continuó hacia el norte siguiendo el misterioso sendero que había estado recorriendo desde hacía muchos días.



**…lo levantó por encima de su cabeza y lo arrojó a la boca de Numa.**

## IV

### LA INUNDACIÓN

EL NUEVO día amaneció nublado y amenazador. La estación de las lluvias había terminado, pero parecía que se estaba formando una tormenta sobre los elevados picos por los que Tarzán y Valthor buscaban el esquivo valle de Thenar. El fresco de la noche no era disipado por el cálido sol. Los dos hombres temblaban cuando se levantaron de sus toscos lechos entre las ramas de un árbol.

—Comeremos más tarde —anunció Tarzán—, después de que un poco de ejercicio haya calentado un poco nuestra sangre.

—Si tenemos suerte y encontramos algo para comer —dijo Valthor.

—Tarzán pocas veces pasa hambre —replicó el hombre mono—. Hoy no pasaremos hambre. Cuando Tarzán esté listo para cazar, comeremos.

Descendieron por el cañón hasta que Tarzán encontró un lugar por el que podrían ascender la escarpada pared; luego, empezaron a subir, el guerrero de Athne estaba seguro de que cada paso sería el último al escalar la empinada cara de la pared del cañón, pero era demasiado orgulloso para revelar su temor al ágil hombre mono que subía con tanta facilidad delante de él. Pero no se cayó, y al fin los dos se encontraron en la cima de una gran cordillera de elevados picos.

Valthor respiraba pesadamente y el corazón le latía con fuerza, pero Tarzán no daba muestras de agotamiento. Iba a seguir ascendiendo cuando miró a su compañero y vio el estado en que se encontraba; entonces se sentó en el suelo y dijo, lacónico:

—Ahora, descansa.

Valthor se alegró de descansar.

Todo el día avanzaron hacia el nordeste. A veces llovía un poco y siempre amenazaba con llover más. Una gran tormenta parecía estar preparándose; sin embargo, no estalló en ningún momento del largo día. Tarzán cazó una presa antes del mediodía y los dos hombres comieron;

inmediatamente después emprendieron la marcha de nuevo. El aire frío y húmedo no les ofrecía incentivo alguno para entretenerse en el camino.

Era media tarde cuando salieron de una profunda garganta y se encontraron en una meseta elevada. No había montañas cerca, pero a lo lejos se veían débilmente, a través de una fina llovizna, altos picos. De pronto, Valthor soltó una exclamación de júbilo.

—¡Lo hemos encontrado! —gritó—. ¡Ahí está Xarator!

Tarzán miró en la dirección en que el otro hombre señalaba y vio a lo lejos un imponente pico con la cima plana, encima de la cual unas nubes bajas reflejaban una apagada luz roja.

—¡Así que eso es Xarator! —observó—. ¿Y Thenar está directamente al este?

—Sí —respondió Valthor—, eso significa que Onthar debe de estar justo bajo el borde de esta meseta, casi directamente delante de nosotros. ¡Vamos!

Los dos caminaron deprisa por el terreno llano y herboso; recorrieron tres o cuatro kilómetros hasta llegar al borde de la meseta, tras la cual, y abajo, se extendía un amplio valle.

—Casi estamos en el extremo sur de Onthar —dijo Valthor—. Ahí está Cathne, la ciudad de oro. ¿La ves, en el recodo del río, en este extremo de aquel bosque? Es una ciudad rica, pero sus habitantes son los enemigos de mi pueblo.

A través de la lluvia, Tarzán vio una ciudad enmurallada entre un bosque y un río. Las casas eran casi todas blancas y había muchas cúpulas de color amarillo apagado. El río, que discurría entre ellos y la ciudad, tenía un puente que también era de color amarillo apagado en la luz de la tormenta del atardecer. Tarzán vio que el río recorría todo el valle, una distancia de unos veinticuatro kilómetros, alimentado por corrientes más pequeñas que descendían de las montañas. También en toda la longitud del valle había lo que parecía una carretera bien marcada. Cerca del centro el valle se ramificaba; una rama seguía un afluente de la corriente principal con la que desaparecía en la boca de un cañón en el lado oriental del valle. Directamente debajo de ellos, y extendiéndose hacia el extremo norte de Onthar, había una llanura punteada de árboles; al otro lado del río se extendía un bosque desde la orilla hasta las empinadas colinas que bordeaban Onthar en el este y el sudeste.

Los ojos de Tarzán volvieron a la ciudad de Cathne.

—¿Por qué la llamáis la ciudad de oro? —preguntó.

—¿No ves las cúpulas doradas y el puente de oro? —preguntó a su vez Valthor.

—¿Están cubiertos con pintura de oro?

—Están cubiertos de oro sólido —respondió Valthor—. El oro de algunas cúpulas tiene más de dos centímetros de espesor, y el puente está construido con bloques de oro sólido.

Tarzán alzó las cejas. Al contemplar aquel valle aparentemente desierto y pacífico no pudo por menos de evocar otra imagen, una imagen de lo que ocurriría si en el mundo exterior se conociera la existencia de aquellas vastas riquezas y llegaran los beneficios de la civilización moderna y el hombre civilizado. ¡Cómo bulliría el valle con la dulce música de las fábricas! ¡Qué magnífico espectáculo se pintaría sobre el cielo africano con altas chimeneas que arrojarían negro humo como una cortina sobre las doradas cúpulas de Cathne!

—¿De dónde sacan el oro? —preguntó.

—Sus minas se encuentran en las colinas que están directamente al sur de la ciudad —respondió Valthor.

—¿Y dónde está tu país, Thenar? —preguntó el hombre mono.

—Detrás de las colinas al este de Onthar. ¿Ves donde el río y la carretera atraviesan el bosque a unos ocho kilómetros por encima de la ciudad? Se ve que penetran en las colinas, justo después del bosque.

—Sí —respondió Tarzán—. Lo veo.

—La carretera y el río cruzan el Paso de los Guerreros y entran en el valle de Thenar; un poco al nordeste del centro del valle se encuentra Athne, la ciudad de marfil; allí, después del paso, está mi país.

—¿A qué distancia estamos de Athne? —preguntó Tarzán.

—Unos cuarenta kilómetros, posiblemente un poco menos —respondió Valthor.

—Entonces, será mejor que nos pongamos en marcha —sugirió el hombre mono—, pues con esta lluvia será más cómodo estar en camino que yacer hasta la mañana; y en tu ciudad podremos encontrar un sitio seco donde dormir, supongo.

—Claro —dijo Valthor—, pero no será seguro intentar cruzar Onthar a pleno día. Los centinelas que están en las puertas de Cathne nos verían y, como esa gente son nuestros enemigos, lo más probable es que nunca llegáramos a cruzar el valle sin que nos mataran o nos hicieran prisioneros.

Ya será bastante difícil hacerlo de noche, por los leones, pero de día será infinitamente peor, ya que tendremos que pelear con hombres y con leones.

—¿Qué leones? —preguntó Tarzán.

—Los hombres de Cathne crían leones, y en el valle hay muchísimos —explicó Valthor—. La gran llanura que ves allí abajo, que ocupa toda la extensión del valle en este lado del río, se llama el Campo de los Leones. Estaremos más a salvo si lo cruzamos cuando haya anochecido.

—Como quieras —accedió Tarzán encogiéndose de hombros—; a mí me da igual marcharnos ahora que esperar a que anochezca.

—Esto no es muy confortable —observó el athneo—. La lluvia está fría.

—He estado incómodo en otras ocasiones —replicó Tarzán—. La lluvia no dura siempre.

—Si estuviéramos en Athne estaríamos muy cómodos —suspiró Valthor—. En casa de mi padre hay chimeneas; las llamas chisporrotean y todo es calidez y confort.

—Por encima de las nubes luce el sol —dijo Tarzán—, pero no estamos sobre las nubes; estamos aquí, donde el sol no brilla y no hay fuego, y tenemos frío. —Una leve sonrisa asomó a sus labios. Hablar de fuegos o del sol no me calienta.

—No obstante, me gustaría estar en Athne —insistió Valthor—. Es una ciudad espléndida y Thenar es un valle encantador. En Thenar criamos cabras, ovejas y elefantes. En Thenar no hay leones, salvo los que se extravían de Onthar; a ésos los matamos. Nuestros granjeros cultivan verduras, fruta y heno; nuestros artesanos confeccionan artículos de piel, con el pelo de las cabras y la lana de las ovejas tejen ropa; nuestros escultores tallan el marfil y la madera.

»Comerciamos un poco con el mundo exterior y pagamos lo que compramos con marfil y oro. De no ser por los cathneos llevaríamos una vida feliz y tranquila, sin preocupaciones.

—¿Qué compráis del mundo exterior y a quién se lo compráis? —preguntó Tarzán.

—Compramos sal, que no la tenemos —explicó Valthor—. También compramos acero para nuestras armas y esclavos negros, y en ocasiones alguna mujer blanca, si es joven y bonita. Estas cosas se las compramos a una banda de shiftas. Hemos comerciado con la misma banda desde tiempo inmemorial. Los jefes shiftas y los reyes de Athne han cambiado, pero

nuestras relaciones con esta banda nunca se han alterado. Yo los estaba buscando cuando me perdí y fui capturado por otra banda.

—¿Nunca comerciáis con la gente de Cathne? —preguntó el hombre mono.

—Una vez al año, hay una tregua de una semana durante la cual comerciamos con ellos en paz. Nos dan oro, comestibles y heno a cambio de las mujeres, la sal y el acero que compramos a los shiftas, y la ropa, el cuero y el marfil que producimos.

»Además de sacar oro de las minas, los cathneos crían leones para la guerra y el deporte; cultivan frutas, verduras, cereales y heno; trabajan el oro y, en menor medida, el marfil. Su oro y su heno son los productos más valiosos para nosotros; y de éstos, valoramos más el heno, pues sin él tendríamos que reducir nuestros rebaños de elefantes.

—¿Por qué pelean dos pueblos que dependen tanto el uno del otro? —preguntó Tarzán.

Valthor se encogió de hombros.

—No lo sé; quizá sólo sea una costumbre. Sin embargo, aunque hablamos mucho de querer la paz, nos perderíamos las emociones y la excitación que la paz no produce. —Se le iluminaron los ojos.— ¡Los ataques! —exclamó—. ¡Eso es un deporte para hombres! Los cathneos vienen con sus leones a cazar nuestras cabras, nuestras ovejas, nuestros elefantes y a nosotros. Se llevan las cabezas como trofeos y, sobre todo, lo que más valoran es la cabeza del hombre. Intentan llevarse a nuestras mujeres, y cuando lo consiguen hay guerra, si la familia de la mujer capturada tiene suficiente importancia.

»Cuando deseamos hacer deporte vamos a Onthar a buscar oro y mujeres, o sólo por el placer de matar hombres o capturar esclavos. El mayor juego es vender una mujer a un cathneo por mucho oro y luego arrebatársela en un ataque. No, no creas que a nosotros o a los cathneos nos importa la paz.

Mientras Valthor hablaba, el sol invisible se hundió en el oeste; pesadas nubes, oscuras y siniestras, ocultaban los picos al norte, asentándose en el extremo superior del valle.

—Me parece que ya podemos partir —dijo—; pronto será de noche.

Los dos hombres descendieron hacia el valle a través de una cañada, cuyos costados les ocultaban de la ciudad de Cathne. De las pesadas nubes de tormenta estalló un rayo, que fue seguido por el retumbar del trueno; en

el extremo superior del valle la tormenta desató su ira y el agua cayó en un diluvio, borrando de su vista las colinas que quedaban detrás de la tormenta.

Cuando llegaron a terreno llano, la tormenta estaba sobre ellos y la cañada por la que habían descendido era un rugiente torrente de montaña. La noche había caído; la absoluta oscuridad les rodeaba, quebrada con frecuencia por los nítidos destellos del rayo. El rugido de los constantes truenos era ensordecedor. La lluvia les engullía como las olas del océano. Era, quizá, la tormenta más terrible que los dos hombres habían visto jamás.

No podían conversar; sólo el rayo impedía que se separaran, ya que sólo él permitía que Valthor siguiera su rumbo en el valle herboso hacia la ciudad de oro donde encontrarían la carretera que conducía al Paso de los Guerreros y al valle de Thenar.

Después avistaron las luces de la ciudad, unas cuantas luces débiles enmarcadas por los marcos de las ventanas; y unos instantes después se hallaban en la carretera y avanzaban hacia el norte contra la furia total de la tormenta. ¡Y qué tormenta! Mientras se dirigían hacia su centro, creció en intensidad; libraban duras batallas contra el viento que la acompañaba, a veces ganaban ellos y otras el viento, pues a menudo éste les hacía parar en seco y les obligaba a retroceder.

Durante kilómetros tensaron sus músculos contra la fuerza hercúlea del dios de la tormenta; y la rabia de este dios pareció levantarse de nuevo contra ellos, sin conocer límites, como si estuviera furioso porque estos dos débiles mortales midieran su fuerza contra la de él. De pronto, como en un último esfuerzo titánico para vencerles, el rayo destelló e iluminó durante unos segundos el valle entero, el trueno retumbó como nunca y una masa de agua hizo caer a los dos hombres al suelo.

Cuando se levantaron, tambaleantes, el agua les cubría los pies; se hallaban en un ancho torrente que se precipitaba hacia el río, pero en ese último esfuerzo el dios de la tormenta había gastado todas sus fuerzas. La lluvia cesó; a través de una grieta en las oscuras nubes la luna contemplaba, quizá con asombro, un mundo cubierto de agua, y Valthor guió la marcha de nuevo hacia el Paso de los Guerreros. La última tormenta de la estación lluviosa había terminado.

Había unos doce kilómetros desde el Puente de Oro, es decir, la puerta de la ciudad de Cathne, hasta el vado donde la carretera que iba a Thenar

atravesaba el río; y Valthor y Tarzán tardaron tres horas en cubrir esa distancia, dos horas para el primer tercio y una para el resto; pero al fin se hallaron en la orilla del río.

Les hacía frente una hirviente riada, que desgarraba un río de caudal aumentado hacia la ciudad de Cathne.

Valthor vaciló.

—Normalmente —dijo a Tarzán—, el agua tiene poco más de treinta centímetros de profundidad. Ahora debe de tener unos noventa.

—Y pronto será más profunda —comentó el hombre mono—. Sólo una pequeña parte de las aguas de la tormenta han tenido tiempo de llegar hasta aquí desde las colinas y el valle superior. Si hemos de cruzarlo esta noche, será mejor que comencemos ahora.

—Muy bien —respondió Valthor—, pero sígueme; yo conozco el vado.

Cuando el athneo se metió en el agua, las nubes se cerraron de nuevo bajo la luna y sumieron el mundo una vez más en la oscuridad. Tarzán le seguía sin ver demasiado a su guía; y como Valthor conocía el vado, avanzaba más rápidamente que el hombre mono, con lo cual llegó un momento en que Tarzán dejó de verle por completo, pero percibía su paso hacia la otra orilla sin pensar en ningún desastre.

La fuerza de la corriente era muy grande; pero también eran fuertes los músculos de Tarzán de los Monos. El agua, que Valthor pensaba que tenía noventa centímetros de profundidad, pronto llegó a la cintura del hombre mono, luego éste perdió el vado y pisó un agujero. Al instante la corriente le capturó y le arrastró; ni siquiera los músculos gigantescos de Tarzán pudieron hacer frente al poder de la inundación.

El señor de la jungla luchó con las aguas arremolinadas en un esfuerzo por llegar a la otra orilla, pero fue inútil. ¿El dios de la tormenta estaba orgulloso o resentido de ver a uno de sus hijos tener éxito donde él había fracasado? Es difícil responder a esta pregunta, pues los dioses son extrañas criaturas; dan a los que tienen y quitan a los que no tienen; castigan a los que aman y son celosos y resentidos; en esto se parecen a las criaturas que los han concebido.

Al ver que incluso su gran fuerza era inútil y se estaba debilitando, Tarzán dejó de luchar por llegar a la otra orilla y dedicó sus esfuerzos a mantener la nariz por encima de la superficie del agua. Ni siquiera esto era fácil, ya que las rugientes aguas le hacían girar sobre sí mismo o darse la vuelta. A menudo tenía la cabeza sumergida y a veces flotaba tocando de

pies al suelo y otras con la cabeza bajo el agua; pero trataba de descansar los músculos lo mejor que podía esperando el momento en que algún empujón del torrente le arrastrara lejos de una u otra orilla.

Sabía que varios kilómetros más abajo de la ciudad de Cathne el río penetraba en una estrecha garganta, pues lo había visto desde el borde de la meseta desde la que había contemplado por primera vez el valle de Onthar; y Valthor le había dicho que detrás de la garganta había unas grandes cascadas a unos trescientos metros de altura sobre un rocoso cañón. Si no lograba escapar a las garras del torrente antes de que le arrastrara a la garganta, su destino estaba sellado; pero Tarzán no tenía ni temor ni pánico. Su vida había estado en peligro con frecuencia durante su salvaje existencia, y sin embargo aún vivía.

Se preguntó qué se habría hecho de Valthor. Quizá también él estaba siendo arrastrado o más arriba o más abajo que él. Pero no era así. Valthor había llegado sano y salvo a la otra orilla y allí aguardaba a Tarzán. Como el hombre mono no apareció al cabo de un tiempo razonable, el athneo gritó su nombre; pero aunque no recibió respuesta alguna, no estaba seguro de que Tarzán no estuviera en el otro lado del río, cuyo fuerte rugido podía haber ahogado el sonido de la voz de ambos.

Entonces, Valthor decidió esperar hasta que se hiciera de día, en lugar de abandonar a su amigo en una región que le era completamente desconocida. Que el athneo se quedara indicaba su lealtad, así como la alta estima que tenía por el hombre mono, pues los peligros que podían acechar a Tarzán en Onthar demostrarían ser una amenaza aún mayor para Valthor, enemigo hereditario de los cathneos.

Esperó durante toda la larga noche, y al amanecer exploró con la vista, impaciente, la otra orilla del río; su leve esperanza de que su amigo se hallara a salvo desapareció cuando la luz del día no reveló señal alguna de él. Entonces, por fin, se convenció de que Tarzán había sido arrastrado a la muerte por la rugiente inundación; con el corazón fuerte, dio media vuelta y reanudó su interrumpido viaje hacia el Paso de los Guerreros y el valle de Thenar.

## V

## LA CIUDAD DE ORO

MIENTRAS Tarzán bregaba por su vida en las revueltas aguas del crecido río, perdió toda noción del tiempo; la lucha aparentemente interminable contra la muerte habría podido no tener comienzo ni fin, por lo que se refería a sus embotados sentidos. Sus esfuerzos por retrasar el final que parecía inevitable eran ahora simplemente mecánicos, reacciones instintivas a la amenaza contra la autoconservación. El agua fría había minado la vitalidad de su mente y su cuerpo, y sin embargo, mientras el corazón latiera, ninguno de los dos admitiría la derrota; subconscientemente, sin voluntad activa, intentaban preservarle. Lo hicieron bien.

De vez en cuando, los recodos del río le lanzaban contra una orilla y luego contra la otra. Siempre, en estos casos, estiraba los brazos en un intento por agarrarse a algo que pudiera detener su enloquecida precipitación hacia las cascadas y la muerte; y al fin el éxito coronó sus esfuerzos: sus dedos se cerraron en el tallo de una gruesa enredadera que descendía en la orilla hasta las aguas tumultuosas y se agarró con fuerza.

Al instante, casi de forma milagrosa, el hombre mono tuvo la impresión de que le instilaban nueva vida en las venas. Se aferró con ambas manos; el río tiraba de su cuerpo e intentaba arrastrarle hacia su sino, pero la enredadera resistió y también Tarzán.

El hombre mono se arrastró fuera del agua en la orilla, donde yació unos minutos; luego, se puso de pie lentamente, se sacudió como un gran león y miró alrededor en la oscuridad, tratando de traspasar la noche impenetrable. Le pareció ver una luz débil a lo lejos. Donde hubiera luz, habría hombres. Tarzán avanzó con cautela para investigar.

Sabía que había cruzado el río pero que se hallaba a una gran distancia del punto en el que había penetrado en él. Se preguntó qué habría sido de Valthor, y decidió que, después de investigar la luz, iría río arriba en su

busca, aunque temía que su compañero hubiera sido arrastrado lejos por la riada, como él.

Pero a unos pasos del río, Tarzán encontró un muro y, cuando estuvo cerca de él, no pudo ver la luz. Palpó la pared y descubrió que la parte superior quedaba lejos de su alcance, pero los muros que estaban hechos para impedir el paso también invitaban a trepar por ellos. El hombre mono, que tenía la curiosidad de las bestias, deseó más que nunca investigar la luz que había visto.

Retrocedió unos pasos y corrió hacia el muro, dando un gran salto. Con los dedos extendidos se agarró de la parte superior de la pared y allí se quedó. Lentamente se fue aupando, pasó una pierna por encima y miró para ver qué distinguía del otro lado.

No vio gran cosa; un cuadrado de escasa luz a unos doce o catorce metros; eso era todo, y no satisfizo su curiosidad. En silencio descendió al suelo por el mismo lado que la luz y avanzó con cautela. Bajo sus pies descalzos había piedras y supuso que se encontraba en un patio pavimentado.

Había recorrido aproximadamente la mitad de la distancia hasta la luz cuando la tormenta que se retiraba lanzó un rayo de despedida a lo lejos. El relámpago fue distante pero suficiente para aliviar momentáneamente la oscuridad que le rodeaba revelando un edificio bajo, una ventana iluminada, una puerta profundamente retirada a cuyo abrigo había un hombre de pie. También reveló a Tarzán a los ojos del hombre.

Al instante, el silencio fue quebrado por el estruendo de un gong. La puerta se abrió de golpe y salieron apresurados unos hombres con antorchas. Tarzán, impulsado por la precaución natural de la bestia, se giró para echar a correr; pero al hacerlo, vio otras puertas abiertas a los costados y hombres armados con antorchas que salían precipitados de ellas.

Al comprender que era inútil intentar huir, Tarzán se quedó quieto con los brazos cruzados mientras los hombres se dirigían hacia él desde tres direcciones. Quizá su curiosidad no satisfecha le impulsó tanto a esperar tranquilamente la llegada de los hombres como la comprensión de la inutilidad de la huida. Tarzán quería ver cómo eran aquellos hombres y qué harían. Sabía que debía de estar en la ciudad de oro y su imaginación estaba inflamada. Si le amenazaban, siempre podía huir; si le hacían prisionero, podría escapar; al menos, es lo que pensaba él, cuya confianza en sí mismo era proporcional a su gran tamaño y a su extraordinaria fuerza.

Las antorchas que portaban algunos de los hombres mostraron a Tarzán que se hallaba en un patio cuadrangular, pavimentado, encerrado por edificios en tres lados y la pared que había escalado en el cuarto. La luz también reveló el hecho de que estaba rodeado por unos cincuenta hombres armados con lanzas, cuyas puntas estaban dirigidas hacia él formando un círculo amenazador.

—¿Quién eres? —preguntó uno de los hombres mientras el cordón se cerraba a su alrededor. La lengua en la que hablaba el hombre era la misma que Tarzán había aprendido con Valthor, la lengua común de las ciudades enemigas de Athne y Cathne.

—Soy extranjero, de un país situado muy al sur —respondió el hombre mono.

—¿Qué haces en el recinto del palacio de Nemone? —La voz del que hablaba era amenazadora y su tono, acusador.

Tarzán percibió que la presencia de un extraño era un delito en sí mismo; pero esto hacía que la situación fuera aún más interesante, mientras que el nombre Nemone poseía una cualidad que despertó su interés.

—Estaba cruzando el río mucho más arriba, cuando la crecida me ha arrastrado hasta aquí; ha sido por casualidad que he llegado aquí.

El hombre que le había preguntado se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—, no es asunto mío interrogarte. ¡Vamos! Tendrás oportunidad de contar tu historia a un oficial; pero él tampoco te creerá.

Mientras los hombres conducían a Tarzán hacia uno de los edificios, éste pensó que parecían más curiosos que hostiles. Era evidente, sin embargo, que se trataba de guerreros comunes sin responsabilidad y que tal vez la actitud de los oficiales fuera completamente distinta.

Le condujeron a una gran sala de techo bajo, amueblada con unos toscos bancos y mesas; de las paredes colgaban armas, lanzas y espadas, y había escudos de pellejo de elefante tachonados de clavos de oro. Pero había otras cosas en esta extraña estancia que despertaron el interés del hombre mono mucho más que las armas y los escudos. En las paredes había cabezas de animales; eran cabezas de ovejas, cabras, leones y elefantes. Entre ellas, de forma siniestra, se encontraban las cabezas ceñudas de hombres. Verlas le recordó a Tarzán las historias que Valthor le había contado de estos hombres de Cathne.

Dos hombres vigilaban a Tarzán en un rincón de la sala, mientras otro fue enviado a notificar la captura a un superior; el resto se quedó en la sala,

hablando, jugando o limpiando sus armas. El prisionero aprovechó la ocasión para examinar a sus capturadores.

Eran hombres de buena complexión, muchos de ellos no mal parecidos, aunque en su mayor parte de aspecto ignorante y bruto. Sus cascos, cotas de malla sin mangas, muñequeras y tobilleras eran de pellejo de animal con pesadas incrustaciones de oro. Las cabelleras de los leones bordeaban la parte superior de las tobilleras y muñequeras, también se utilizaban con fines ornamentales en las crestas de los cascos y en algunos escudos y armas. El pellejo de elefante que componía su cota de malla sin mangas estaba cortado en discos y la cota de malla estaba confeccionada de una manera similar a la de marfil que llevaba Valthor. En el centro de cada escudo había un grueso clavo de oro macizo. En los arneses y armas de los soldados comunes había una fortuna en ese metal precioso.

Mientras Tarzán, inmóvil, silencioso, examinaba la escena con ojos que apenas parecían moverse y sin embargo no se perdían detalle, entraron dos guerreros en la sala; y en el instante en que cruzaban el umbral se hizo el silencio entre los hombres congregados en la cámara y Tarzán supo que se trataba de oficiales, aunque sus atavíos habrían sido prueba suficiente de su puesto superior en la vida.

Las cotas de malla sin mangas y los cascos, muñequeras y tobilleras eran de oro y marfil, así como las empuñaduras y las vainas de sus espadas cortas como dagas. Los dos ofrecían una imagen espléndida en contraste con la seria sala y los atavíos relativamente sombríos de los soldados comunes.

A una orden de uno de los dos, los guerreros comunes retrocedieron, despejando un extremo de la estancia; luego, los dos se sentaron a una mesa y ordenaron a los guardias de Tarzán que lo llevaran ante ellos. Cuando el señor de la jungla estuvo delante, ambos hombres le examinaron con aire crítico.

—¿Por qué estás en Onthar? —preguntó uno que evidentemente era superior, ya que formuló todas las preguntas durante la entrevista.

Tarzán respondió ésta y otras preguntas tal como había respondido a otras similares en el momento de su captura, pero por la actitud de los dos oficiales percibía que a ninguno de los dos le impresionaba la verdad de sus declaraciones. Parecían tener una convicción preconcebida respecto de él que nada de lo que dijera podría alterar.

—No parece athneo —observó el hombre más joven.

—Eso no demuestra nada —espetó el otro—. Los hombres desnudos parecen hombres desnudos. Podría pasar por primo tuyo si fuera vestido como tú.

—Tal vez tengas razón, pero ¿por qué está aquí? Un hombre no viene solo de Thenar para atacar Onthar. A menos que… —vaciló—, a menos que le hayan enviado para asesinar a la reina.

—Ya lo había pensado —dijo el hombre mayor—. Debido a lo que les ocurrió a los últimos prisioneros athneos que tomamos, los athneos están muy enfadados con la reina. Sí, fácilmente podrían querer asesinarla.

—¿Por qué otra razón entraría un extraño en el recinto del palacio? Sabría que moriría si le cogieran.

—Claro, y este hombre esperaba morir; pero pretendía matar antes a la reina. Estaba dispuesto a ser un mártir por Athne.

A Tarzán casi le divertía contemplar la facilidad con la que aquellos dos hombres se convencían de lo que querían creer que era cierto; pero se dio cuenta de que esta forma de juicio a una sola banda podría resultar desastrosa para él si su destino tenía que ser decidido por aquel tribunal, y por lo tanto se dispuso a hablar.

—Nunca he estado en Athne —dijo con calma—. Soy de un país situado muy al sur. Estoy aquí por accidente. No soy enemigo. No he venido a matar a vuestra reina ni a nadie. Hasta el día de hoy no sabía que vuestra ciudad existía.

Éste fue un largo discurso para Tarzán de los Monos. Estaba casi seguro de que no influiría en sus capturadores, sin embargo existía una posibilidad de que le creyeran. Deseaba quedarse entre aquella gente hasta satisfacer su curiosidad, y le parecía que sólo podría hacerlo si se ganaba su confianza. Si le hacían prisionero, no vería nada mientras estuviera en prisión, y cuando le sacaran de allí, poco más vería, pues le preocuparía sólo la huida.

Los hombres son peculiares y nadie lo sabía mejor que Tarzán, quien, debido a que había visto a menos hombres que a bestias, tenía inclinación por estudiarlos. Comenzó a examinar a los dos hombres que le interrogaban. El mayor le pareció un hombre acostumbrado al ejercicio del gran poder; astuto, despiadado, cruel. A Tarzán no le gustaba. Era la evaluación instintiva de la bestia salvaje.

El hombre más joven era completamente diferente. Era más inteligente que astuto; su actitud indicaba que era honrado y valiente. Era cierto que

había estado de acuerdo con todo lo que el hombre mayor había dicho, casi en contradicción con su propia afirmación de que Tarzán no parecía athneo; pero en eso el hombre mono veía la confirmación de su creencia de que el hombre joven era inteligente. Sólo un necio contradice a su superior sin un buen motivo.

Aunque estaba seguro de que el hombre joven tenía poca autoridad, en comparación con la ejercida por su superior, Tarzán creyó mejor dirigirse a él y no al otro porque le parecía que en él podría tener un aliado y estaba seguro de que jamás podría influir en el hombre mayor a menos que fuera por interés de éste. Y así pues, cuando volvió a hablar, se dirigió al más joven de los dos oficiales.

—¿Estos hombres de Athne son como yo? preguntó.

Por un instante, el oficial vaciló; luego, dijo, con franqueza:

—No, no son como tú. Tú eres distinto de todos los hombres que he visto.

—¿Sus armas son como mis armas? —prosiguió el hombre mono—. Las mías están en el rincón de la sala; vuestros hombres me las han quitado. Miradlas.

Incluso el oficial mayor pareció interesado.

—Traedlas hasta aquí —ordenó a uno de los guerreros.

El hombre las trajo y las dejó sobre la mesa, ante los dos oficiales; la lanza, el arco, el carcaj con flechas, la cuerda de hierba y el cuchillo. Los dos hombres las cogieron una tras otra y las examinaron con atención. Ambos parecieron interesados.

—¿Son como las armas de los athneos? —preguntó Tarzán. Claro que sabía que no lo eran, pero creía que era mejor no dar a conocer a aquellos hombres que había estado con uno de sus enemigos.

—No se parecen en nada —admitió el hombre joven—. ¿Para qué crees que es esta cosa, Tomos? —preguntó a su compañero examinando el arco de Tarzán.

—Puede ser alguna clase de trampa —respondió Tomos—, probablemente para pequeños animales; sería inútil contra algo grande.

—Déjamelo y os enseñaré cómo se utiliza —sugirió Tarzán.

El hombre joven le entregó el arco al hombre mono.

—Ten cuidado, Gemnon —previno Tomos—, puede ser un truco, un subterfugio por el que espera entrar en posesión de un arma para matarnos.

—No puede matarnos con esa cosa —replicó Gemnon—. Veamos

cómo lo utiliza. Adelante. A ver, ¿cómo has dicho que te llamas?

Tarzán —respondió el señor de la jungla—. Tarzán de los Monos.

—Bien, adelante, Tarzán, pero no intentes atacarnos.

Tarzán se acercó a la mesa y cogió una flecha del carcaj; luego, recorrió la sala con la mirada. En la pared del fondo había una cabeza de un león con la boca abierta colgada cerca del techo. Con lo que pareció un solo movimiento rápido puso la flecha en el arco, acercó la flecha emplumada hacia su hombro y la soltó.

Todos los ojos de la habitación estaban fijos en él, pues los guerreros comunes eran espectadores interesados por lo que había estado sucediendo. Todos los ojos vieron la flecha temblando donde sobresalía del centro de la boca del león, y una involuntaria exclamación brotó de todas las gargantas, una exclamación en la que se mezclaban sorpresa y aplauso.

—Quítale esa cosa, Gemnon —espetó Tomos—. No es un arma segura en manos de un enemigo.

Tarzán arrojó el arco a la mesa.

—¿Los athneos utilizan esta arma? —preguntó.

Gemnon meneó la cabeza.

—No conocemos a ningún hombre que emplee un arma así —respondió.

—Entonces, debes saber que no soy athneo —afirmó Tarzán, mirando fijamente a Tomos.

—Seas de donde seas —espetó Tomos—, eres un enemigo.

El hombre mono se encogió de hombros pero permaneció callado. Había conseguido lo que esperaba. Estaba seguro de que les había convencido a los dos de que no era athneo y había despertado el interés del más joven, Gemnon. Algo podría salir de ello, aunque no sabía qué.

Gemnon se había inclinado hacia Tomos y le susurraba algo al oído, evidentemente instándole a actuar sobre él. Tarzán no oía lo que decía. El hombre mayor escuchaba con impaciencia, era evidente que no estaba de acuerdo con lo que el joven le sugería.

—No —dijo, cuando el otro hubo terminado—. No permitiré nada parecido. La vida de la reina es demasiado sagrada para arriesgarnos a dejar en libertad a este hombre. Le encerraremos esta noche y mañana decidiremos lo que hacemos con él. —Se volvió a un guerrero que parecía ser un suboficial.— Lleva a este tipo a la casa fuerte —dijo— y ocúpate de que no se escape. —Luego, se levantó y salió de la sala con grandes pasos,

seguido por su joven compañero.

Cuando se fueron, el hombre a cuyo cargo había quedado Tarzán levantó el arco y lo examinó.

—¿Cómo llamas a esta cosa? —preguntó.

—Un arco —respondió el hombre mono.

—¿Y a esto?

—Flechas.

—¿Matarían a un hombre?

—Con ellos he matado hombres, leones, búfalos y elefantes —respondió Tarzán—. ¿Te gustaría aprender a utilizarlos? —Quizá, pensó, un poco de sentimiento amistoso entre la guardia le sería útil más adelante. De momento, no pensaba escapar; aquella gente y la ciudad de oro eran demasiado interesantes para dejarlas antes de que hubiera visto más cosas de ellas.

El hombre que examinaba el arco vaciló. Tarzán supuso que deseaba probar su mano con el arma pero temía retrasarse en el cumplimiento de la orden de su superior.

—No será más que un momento —sugirió Tarzán—. Déjame que te lo enseñe.

Medio de mala gana el hombre le entregó el arco y Tarzán eligió otra flecha.

—Sujétalo así —indicó y colocó el arco y la flecha correctamente en las manos del otro—. Di a tus hombres que se aparten; es posible que al principio no apuntes bien. Apunta a la cabeza del león, como yo he hecho. Ahora, echa hacia atrás la cuerda del arco tanto como puedas.

El hombre, de complexión robusta y fuerte, tiró de la cuerda del arco; pero el arco que Tarzán doblaba tan fácilmente él apenas lo pudo doblar. Cuando soltó la flecha, ésta voló unos pasos y cayó al suelo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Se necesita práctica —le dijo el hombre mono.

—Hay algún truco —insistió el suboficial—. Déjame ver otra vez cómo lo haces.

Los otros guerreros, que observaban con manifiesto interés, susurraban entre ellos o hacían comentarios abiertamente.

—Se necesita un hombre fuerte para doblar ese palo —dijo uno.

—Althides es un hombre fuerte —replicó otro.

—Pero no lo bastante.

Althides, el suboficial, observaba atentamente mientras Tarzán volvía a doblar el arco; vio con qué facilidad el extraño doblaba la gruesa madera y se maravilló. Los otros hombres miraban con abierta admiración y esta vez se oyó un grito de aprobación cuando la segunda flecha de Tarzán se clavó junto a la primera en la boca del león. Cuando los símbolos de la alta autoridad se hallan ausentes, los hombres pueden mostrarse humanos.

Althides se rascó la cabeza.

—Ahora tendré que encerrarte —dijo— o el viejo Tomos colgará mi cabeza en la pared de este palacio; pero practicaré con esta extraña arma hasta que aprenda a utilizarla. ¿Estás seguro de que no hay ningún truco para doblar esa cosa a la que llamas arco?

—No hay ningún truco —le aseguró Tarzán—. Hazte un arco más ligero y te resultará más fácil, o tráeme el material y yo te lo haré.

—Eso haré —exclamó Althides—. Ahora, vamos, tengo que encerrarte.

Un guardia acompañó a Tarzán por el patio hasta otro edificio donde le metieron en una habitación en la que, a la luz de las antorchas portadas por su escoltas, vio que había otro ocupante. Luego, le dejaron y cerraron con llave la pesada puerta. Tarzán oyó alejarse sus pasos por el patio. Como se habían llevado las antorchas, se quedó en la oscuridad.

No veía a su compañero, pero oía su respiración. Se preguntó con quién le había arrojado el destino en aquella remota mazmorra de la ciudad de oro.

## VI

EL HOMBRE QUE PISÓ A UN DIOS

LA HABITACIÓN estaba muy oscura, pero Tarzán no perdió tiempo y empezó a investigar su prisión. Primero palpó el camino hasta la puerta, la cual descubrió que estaba construida con sólidas tablas y tenía un agujerito cuadrado a la altura de sus ojos. No había señales de cerradura o cerrojo en la parte interior y no había forma de averiguar cómo estaba cerrada desde el exterior.

Tarzán dejó la puerta y avanzó lentamente pegado a la pared, palpando con atención la superficie de piedra. Sabía que el otro ocupante de la celda estaba sentado en un banco en un rincón del otro extremo. Aún le oía respirar. Mientras examinaba la habitación, Tarzán se fue acercando a su compañero.

En la pared posterior el hombre mono descubrió una ventana. Era pequeña y alta. La noche era tan oscura que no pudo saber si daba al exterior o a otra estancia del edificio. Como vía de escape la ventana parecía inútil, pues era demasiado pequeña para que pudiera pasar por ella el cuerpo de un hombre.

Mientras Tarzán examinaba la ventana estaba cerca del rincón donde se encontraba el otro hombre, y entonces oyó un movimiento desde allí. También reparó en que la respiración del otro era más rápida, como si estuviera nervioso o excitado. Finalmente sonó una voz en la oscuridad.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Examino la celda —respondió Tarzán.

—No te servirá de nada, si buscas una vía de escape —dijo la voz—. No saldrás de aquí hasta que ellos te saquen, igual que yo.

Tarzán no respondió. No parecía haber nada que decir, y Tarzán raras veces habla, aun cuando otros encontraran mucho que decir. Prosiguió su examen de la habitación. Al pasar junto al otro ocupante, palpó la cuarta y última pared; pero su examen no le reveló nada que le retribuyera el

esfuerzo. Se hallaba en una pequeña celda rectangular de piedra que estaba provista de un banco largo en un extremo y tenía una puerta y una ventana.

Tarzán fue al otro extremo de la habitación y se sentó en el banco. Tenía frío y hambre; pero no tenía miedo. Estaba pensando en todo lo que había ocurrido desde que había caído la noche y había quedado a merced de la tormenta; se preguntó qué le depararía el día siguiente. Se le ocurrió que quizás había cometido un error al no intentar buscar la libertad antes de que sus capturadores lograran encerrarlo en una celda de la que parecía poco probable que pudiera escapar, pues, como es común entre todos los animales, odiaba la cautividad. Sin embargo, allí estaba, encerrado; y no parecía que pudiera hacer nada más que aprovechar la ocasión. Algún día le sacarían o abrirían la puerta de la celda; entonces, a menos de que se hubiera enterado de que sus intenciones hacia él eran amistosas, aprovecharía cualquier oportunidad que se le ofreciera para escapar.

Entonces, el hombre del rincón se dirigió a él.

—¿Quién eres? —preguntó—. Cuando te han traído he visto a la luz de las antorchas que no eres ni cathneo ni athneo.

La voz del hombre era ronca, el tono áspero; exigía más que pedía. Esto no gustó a Tarzán, por lo que no respondió.

—¿Qué ocurre? —gruñó su compañero—. ¿Eres mudo? —alzó la voz, enojado.

—Ni sordo —respondió el hombre mono—. No tienes que gritarme.

El otro se quedó callado un rato; luego, habló en tono alterado:

—Puede que estemos encerrados juntos en este agujero mucho tiempo —dijo—. Podríamos ser amigos.

—Como quieras —dijo Tarzán; su encogimiento de hombros involuntario pasó inadvertido en la oscuridad de la celda.

—Me llamo Phobeg —dijo el hombre—, ¿y tú?

—Tarzán —respondió el hombre mono.

—¿Eres cathneo o athneo?

—Ni lo uno ni lo otro. Soy de un lejano país del sur.

—Estarías mejor si te hubieras quedado allí —replicó Phobeg—. Y ¿cómo has llegado hasta Cathne?

—Me perdí —explicó el hombre mono, que no tenía intención de contar toda la verdad e identificarse como amigo de uno de los enemigos de los cathneos—. Me vi atrapado en la crecida y el río me arrastró hasta vuestra ciudad. Aquí me han capturado y acusado de venir a asesinar a la

reina.

—¡Creen que has venido a asesinar a Nemone! Bueno, da lo mismo si has venido o no con este propósito.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tarzán.

—Quiero decir que, en cualquier caso, te matarán de un modo u otro —explicó Phobeg—, como más divierta a Nemone.

—¿Nemone es vuestra reina? —preguntó con indiferencia el hombre mono.

—Por la caballera de oro, es todo eso y más —exclamó Phobeg, ferviente—. Jamás ha existido una reina igual en Onthar o en Thenar ni existirá. ¡Por los dientes de la magnífica! Ella manda sobre todos, sacerdotes, capitanes y consejeros.

—Pero ¿por qué me haría destruir a mí, que sólo soy un extraño que se ha perdido?

—No hacemos prisioneros a los hombres blancos, sólo a los negros, como esclavos. Ahora bien, si fueras una mujer no te matarían; y si fueras una mujer muy atractiva (no demasiado, sin embargo), tendrías asegurada una vida de comodidad y lujo. Pero no eres más que un hombre; así que te matarán para romper agradablemente la monotonía de la vida de Nemone.

—¿Y qué le ocurriría a una mujer «demasiado» guapa? —preguntó Tarzán.

—Bastante, si Nemone la viera —respondió Phobeg—. Ser más bella que la reina equivale a una gran traición según Nemone. Bueno, los hombres esconden a sus esposas y a sus hijas si creen que son demasiado guapas; pero pocos hay que se arriesgarían a esconder a un prisionero extranjero.

»Conozco a un hombre que tiene una esposa muy fea —prosiguió Phobeg—, que nunca sale de su casa durante el día. Les dice a sus vecinos que su esposa la tiene escondida por miedo a que Nemone la vea. Había otra que era demasiado guapa. Su marido intentó mantenerla oculta de Nemone, pero un día la reina la vio y ordenó que le cortaran la nariz y las orejas. Sí, me alegro de ser un hombre feo y no una mujer guapa.

—¿La reina es bella? —preguntó Tarzán.

—Sí, por las garras de todo lo alto, es la mujer más bella del mundo.

—Conociendo su forma de actuar, como has explicado —observó el hombre mono—, no me cuesta creer que sea la mujer más bella de Cathne y que está segura de que lo seguirá siendo mientras viva y sea reina.

—No te confundas —dijo Phobeg—, Nemone es bella, pero —y bajó la voz— es una diablesa. Ni siquiera yo que la he servido lealmente puedo pedirle clemencia.

—¿Qué hiciste para llegar aquí? —preguntó el hombre mono.

—Pisé sin querer la cola de un dios —respondió Phobeg con seriedad.

Las extrañas exclamaciones del hombre no habían pasado inadvertidas a Tarzán, y ahora esta última referencia a una deidad le sorprendió, pero el contacto con gentes extrañas le había enseñado a aprender ciertas cosas respecto de ellos mediante la observación y la experiencia, no mediante la pregunta directa, y los asuntos de religión eran las principales. Así que sólo comentó:

—Y por eso te han castigado.

—Todavía no —replicó Phobeg—. La forma de mi castigo aún no se ha decidido. Si Nemone tiene otras diversiones, puede que escape al castigo, o puede que me juzguen y me liberen. Pero tengo todas las probabilidades en contra, pues Nemone raras veces tiene suficiente diversión sangrienta para saciarse.

»Claro que si deja la decisión de mi culpabilidad o inocencia a las probabilidades de un encuentro con un solo hombre, sin duda tendré éxito en demostrar esto último, pues soy muy fuerte, y no hay mejor espadachín o lancero en Cathne. Pero tendría menos posibilidades contra un león, mientras que, frente a los fuegos eternos del ceñudo Xarator, todos los hombres son culpables.

Aunque el hombre hablaba la lengua que Valthor había enseñado al hombre mono y éste entendía las palabras, el significado de lo que decía era como el griego para Tarzán. No entendía qué tenía que ver la diversión de la reina con la administración de justicia, aunque las consecuencias derivadas de los comentarios de Phobeg parecían evidentes; la conclusión era demasiado siniestra para ser acariciada por la mente noble del señor de la jungla.

Aún estaba pensando en este tema y preguntándose por los fuegos eternos del ceñudo Xarator cuando el sueño venció sus incomodidades físicas y fundió sus especulaciones con sus sueños. Y en el sur otra bestia de la jungla se agazapaba en el refugio de un saliente en la roca mientras la tormenta que había traicionado a Tarzán y lo había entregado a unos nuevos enemigos malgastaba su menguante ira y penetraba en la nada, que es el sepulcro de las tormentas. Luego, cuando el nuevo día amanecía

brillante y claro, se levantó y salió a la luz del sol el gran león que hemos visto antes, el gran león con el manto dorado y la cabellera negra.

Olisqueó el aire de la mañana y se desperezó, bostezando. Su sinuosa cola se movía nerviosamente mientras el animal contemplaba el vasto dominio, que era suyo porque él estaba allí, como toda extensión virgen es del dominio del rey de las bestias mientras su majestad reside en ella.

Desde la leve elevación en la que se erguía, sus ojos verde-amarillentos examinaron una amplia llanura, punteada de árboles. Había caza en abundancia: ñu, cebra, jirafa, kudu y caama. Y el rey tenía hambre, pues la lluvia le había impedido matar la noche anterior. Parpadeó a la luz del nuevo sol y anduvo majestuoso hacia la llanura y su desayuno, mientras, muchos kilómetros al norte, una esclavo negro acompañado por dos guerreros llevaba el desayuno a otro señor de la jungla en una celda de Cathne.

Al oír el ruido de pasos que se acercaba a su prisión Tarzán se despertó y se levantó del frío suelo de piedra donde había dormido. Phobeg se sentó en el borde del banco de madera y miró hacia la puerta.

—Nos traen comida o la muerte —dijo—, nunca se sabe.

El hombre mono no respondió. Se quedó de pie, esperando, hasta que la puerta se abrió y el esclavo entró con la comida en un tosco cuenco de arcilla y agua en una jarra vidriada. Miró a los dos guerreros que estaban de pie en la puerta abierta y el patio soleado que había más allá. ¿Qué pasaba por aquella mente salvaje? Quizá los guerreros habrían estado menos tranquilos si lo hubieran sabido, pero el hombre mono no hizo ningún movimiento. La curiosidad le mantenía prisionero allí tanto como si lo hicieran hombres armados o una robusta puerta, y tenía la vista fija detrás de los dos guerreros que le miraban atentamente. No estaban de guardia la noche anterior y no le habían visto, pero habían oído hablar de él. Sus compañeros les habían contado su proeza con la extraña arma.

—¡Así que éste es el hombre salvaje! —exclamó uno.

—Será mejor que tengas cuidado, Phobeg —dijo el otro—. No me gustaría estar encerrado en una celda con un hombre salvaje. —Luego, riendo su broma, cerró la puerta con un golpe cuando el esclavo hubo salido y los tres se alejaron.

Phobeg examinó a Tarzán con nuevos ojos; su desnudez adquirió un nuevo significado a la luz de aquel término descriptivo: hombre salvaje. Phobeg observó la gran altura de su compañero de celda, la envergadura de

su pecho y sus estrechas caderas; pero subestimó la fuerza de los simétricos músculos que sobresalían en su bronceada piel. Luego, examinó sus propios músculos nudosos y se sintió satisfecho.

—¡Así que eres un hombre salvaje! —exclamó—. ¿Eres muy salvaje?

Tarzán se volvió lentamente hacia su compañero de celda. Le pareció reconocer un velado sarcasmo en su tono de voz. Por primera vez vio a la luz del día a su compañero, un hombre unos centímetros más bajo que él pero de complexión fuerte, un hombre de gran cintura y protuberantes músculos, un hombre que tal vez pesaba más que el señor de la jungla. Observó su mandíbula prominente, su frente huidiza y sus ojos pequeños. Tarzán observaba a Phobeg en silencio.

—¿Por qué no contestas? —exigió el cathneo.

—No seas tonto —replicó Tarzán—. Recuerdo que anoche dijiste que, como podríamos estar aquí confinados mucho tiempo, sería mejor que fuéramos amigos. No podemos ser amigos si nos insultamos el uno al otro. Aquí está la comida. Vamos a comer.

Phobeg gruñó e insertó una de sus grandes manos en el cuenco que el esclavo había traído. Como no había cuchillo ni tenedor ni cuchara, Tarzán no tenía más alternativa, si quería comer, que coger la comida del cuenco con los dedos. La comida era carne dura, correosa y poco cocida; de haber estado cruda, a Tarzán le habría gustado más.

Phobeg masticaba sin parar un bocado de carne hasta que había reducido las fibras a pulpa, que entonces tragaba.

—Ayer debió de morir un león viejo —observó—, un león muy viejo.

—Si adquirimos las características de las criaturas que comemos, como muchos hombres creen —dijo Tarzán—, pronto moriremos de viejos con esta dieta.

—Ayer me dieron un trozo de carne de cabra de Thenar —dijo Phobeg —. Era fuerte y no demasiado tierna, pero era mejor que ésta. Estoy acostumbrado a la buena comida. En el templo los sacerdotes viven tan bien como los nobles en el palacio, y por eso la guardia del templo vive bien con las sobras de los sacerdotes. Yo era miembro de la guardia del templo. Era el hombre más fuerte de la guardia. Soy el hombre más fuerte de Cathne. Cuando nos atacan los de Thenar, o cuando voy allí a atacar, los nobles se maravillan de mi fuerza y valentía. Nada me da miedo. Con mis propias manos he matado a hombres. ¿Alguna vez has visto a un hombre como yo?

—No —admitió el hombre mono.

—Sí, está bien que seamos amigos —prosiguió Phobeg—, será bueno para ti. Todo el mundo quiere ser amigo mío, porque han aprendido que a mis enemigos les retuerzo el cuello. Los cojo así, por la cabeza y el cuello —y con sus grandes manos hizo la pantomima de agarrar y retorcer—; luego, ¡crac!, les rompo el espinazo. ¿Qué opinas de esto?

—Creo que a tus enemigos debe de resultarles muy incómodo —dijo Tarzán.

—¡Incómodo! —exclamó Phobeg—. ¡Amigo, eso los mata!

—Al menos ya no pueden oír —comentó el señor de la jungla.

—Claro que no pueden oír, están muertos. No entiendo qué tiene que ver.

—No me sorprende —le aseguró Tarzán.

—¿Qué es lo que no te sorprende? —preguntó Phobeg—. ¿Que estén muertos o que no puedan oír?

—No me sorprendo fácilmente —explicó el hombre mono.

Bajo su corta frente las cejas de Phobeg estaban fruncidas en gesto pensativo. Se rascó la cabeza.

—¿De qué hablábamos? —preguntó.

—Estábamos tratando de decidir qué sería más terrible —explicó Tarzán con paciencia—, tenerte por amigo o por enemigo.

Phobeg miró a su compañero largo rato. Casi se podía ver el laborioso esfuerzo que hacía su cerebro bajo aquel espeso cráneo. Luego, meneó la cabeza.

—No hablábamos de eso —gruñó—. Ahora lo he olvidado. Nunca he visto a nadie tan estúpido como tú. Cuando te han llamado hombre salvaje debían de querer decir hombre loco. Y tengo que estar encerrado aquí contigo no se sabe por cuánto tiempo.

—Puedes deshacerte de mí —dijo Tarzán con seriedad.

—¿Cómo puedo hacerlo? —preguntó el cathneo.

—Puedes retorcerme el cuello, así. —Tarzán imitó la pantomima con la que Phobeg había explicado cómo se deshacía de sus enemigos.

—Podría hacerlo —alardeó Phobeg—, pero entonces ellos me matarían a mí. No, te dejaré vivir.

—Gracias —dijo Tarzán.

—O al menos mientras estemos aquí encerrados juntos —añadió Phobeg.

La experiencia había enseñado a Tarzán que cuanto más estúpido o ignorante es el hombre probablemente más egotista es, pero nunca hasta entonces se había tropezado con un ejemplo igual de crasa estupidez y gran egotismo como los que Phobeg presentaba. Estar encerrado con aquella masa de carne sin cerebro ya era malo en sí mismo, pero estar en malas relaciones con ella al mismo tiempo haría las cosas infinitamente menos soportables, por eso Tarzán decidió aguantarlo todo, menos el abuso físico, para poder aliviar la pesada carga del encarcelamiento.

La pérdida de libertad representaba para Tarzán, como para todas las criaturas dotadas de cerebro, el colmo de la desdicha, que había que evitar más que el dolor físico; sin embargo, aceptaba su sino con estoica fortaleza sin un murmullo de protesta, y mientras su cuerpo se hallaba confinado entre los estrechos límites de cuatro paredes de piedra, sus recuerdos vagaban por la jungla y revivía la libertad y las experiencias del pasado.

Recordaba los días de su infancia, cuando la fiera Kala, la hembra simio que le había amamantado en su infancia, le protegía de los peligros de la vida salvaje; y recordó su bondad y su paciencia con aquel niño que aún debía ser llevado en brazos mucho después de que los cachorros de sus compañeras fueran capaces de corretear por los árboles en busca de su comida, e incluso de protegerse contra los enemigos aunque sólo fuera huyendo.

Éstas eran sus primeras impresiones de la vida, que se remontaban quizás a su segundo año mientras aún era incapaz de columpiarse en los árboles o incluso de avanzar mucho por el suelo. Después se había desarrollado con rapidez, mucho más que un niño mimado de la civilización, pues del rápido desarrollo de su astucia y su fuerza dependía su vida.

Con una leve sonrisa recordó la rabia del viejo Tublat, su padre adoptivo, cuando Tarzán deliberadamente le irritaba. El viejo «Nariz rota» siempre había odiado a Tarzán, porque la indefensión de su larga infancia había impedido que Kala tuviera otros simios. Tublat había argumentado en el magro lenguaje de los simios que Tarzán era débil y que jamás sería lo bastante fuerte o listo para ser valioso para la tribu. Quería matar a Tarzán, e intentó que el viejo Kerchak, el rey, decretara su muerte. De modo que cuando Tarzán fue lo bastante mayor para comprender, odiaba a Tublat y procuraba irritarle de todas las formas posibles.

Sus recuerdos de aquellos días ahora sólo provocaban sonrisas, salvo la

gran tragedia de su vida: la muerte de Kala. Pero aquello había ocurrido más tarde, cuando era casi un hombre adulto. La tuvo mientras más la necesitaba y no le fue arrebatada hasta que se halló ampliamente capaz de defenderse y enfrentarse con los otros habitantes de la jungla en una situación de igualdad. Pero no era la protección de aquellos grandes brazos y poderosos colmillos lo que había echado de menos, lo que aún echaba de menos en la actualidad; extrañaba el amor maternal de aquel corazón salvaje, el único amor de madre que jamás había conocido.

Sus pensamientos volvieron de forma natural a otros amigos de la jungla, de los que Kala había sido la primera y la principal. Tenía muchos amigos entre los grandes simios; estaba Tantor, el elefante; estaba Jad-bal-ja, el león dorado; estaba el pequeño Nkima. ¡Pobrecito Nkima! Para su disgusto y entre fuertes aullidos, Nkima había quedado atrás cuando Tarzán emprendió su viaje hacia el norte; pero el monto se había resfriado y el hombre mono no quería exponerle a las frías tormentas de la estación lluviosa.

Tarzán lamentó un poco no haber traído a Jad-bal-ja, pues aunque se las arreglaba bien durante períodos considerables sin la compañía del hombre, a menudo echaba de menos a las bestias salvajes que eran sus amigos. Claro que el león dorado a veces era un estorbo como compañero, cuando se hallaba en contacto con seres humanos; pero era un amigo leal y una buena compañía, pues sólo en ocasiones rompía el silencio.

Tarzán recordó el día en que había capturado al pequeño cachorro y cómo había enseñado a la zorra, Za, a amamantarlo. ¡Qué cachorro había sido! Tarzán suspiró al pensar en los días en que él y el león dorado habían cazado y peleado juntos.

## VII

NEMONE

TARZÁN había creído, cuando entró sin objeciones en la celda de la prisión de Cathne, que a la mañana siguiente le interrogarían y liberarían, o que al menos le sacarían de la celda; y una vez fuera, Tarzán no tenía intención de volver a ella, pues el señor de la jungla estaba seguro de su propia destreza.

A la mañana siguiente, sin embargo, no le dejaron salir, tampoco al otro día ni al siguiente. Quizá debería haber intentado alcanzar la libertad cuando le trajeron comida; pero cada vez pensaba que al día siguiente llegaría su liberación y aguardaba.

Cualquier tipo de encarcelamiento le mortificaba, pero esta experiencia le resultaba infinitamente más irritante por la presencia de Phobeg. Este hombre molestaba a Tarzán; era ignorante, fanfarrón e inclinado a la pendencia. Por mantener la paz, el hombre mono había tolerado a este compañero de celda más que en circunstancias corrientes; y Phobeg, siendo como era, había supuesto que la tolerancia del otro era producto del miedo. Como creía esto, se mostraba cada vez más arrogante y altivo, ajeno al hecho de que estaba jugando con la muerte.

Phobeg llevaba más tiempo encarcelado que Tarzán y la reclusión le producía altibajos de humor. A veces se pasaba horas sentado con la vista fija en el suelo o, en otras ocasiones, murmuraba para sí, manteniendo largas conversaciones que siempre eran ásperas y solían acabar en un ataque de rabia; entonces, podía tratar de desahogarse con Tarzán. El hecho de que Tarzán se mantuviera callado en estas provocaciones aumentaba la ira de Phobeg; pero también impedía una ruptura entre ellos, pues es cierto que hay que ser dos para discutir y Tarzán no quería discutir; al menos, no todavía.

—Nemone no se divertirá mucho contigo —gruñó Phobeg aquella mañana, después de que su torrente verbal no había provocado respuesta

alguna en el hombre mono.

—Bueno —replicó Tarzán—, pero tú compensarás mi falta de diversión.

—Sí que lo haré —exclamó Phobeg—. Si es lucha lo que quiere, me ocuparé de luchar como nunca ha visto cuando enfrente a Phobeg con cualquiera, hombre o bestia; ¡pero tú! ¡Bah! Tendrá que enfrentarte con algún niño medio crecido si quiere ver pelear. No tienes valor, tus venas están llenas de agua. Si quiere te arrojará a Xarator. ¡Por la cola del dios! Me gustaría verte allí. Apuesto mi mejor cota de malla a que hasta en Athne te oirían gritar.

El hombre mono estaba de pie mirando el pequeño rectángulo de cielo que se podía ver a través de la pequeña abertura con barrotes de la puerta. Permaneció callado cuando Phobeg dejó de hablar, haciéndole caso omiso como si no hubiera dicho nada, como si no existiera. Phobeg se puso furioso. Se levantó del banco en el que había estado sentado.

—¡Cobarde! —exclamó—. ¿Por qué no me contestas? ¡Por los colmillos amarillos de Thoos! Tengo intención de inculcarte algunos modales, para que sepas que hay que contestar cuando alguien mejor que tú te habla. —Dio un paso en dirección al hombre mono.

Tarzán se volvió lentamente hacia el encolerizado hombre, con la mirada fija en sus ojos, y esperó. No dijo nada, pero su actitud era un libro abierto que incluso el estúpido Phobeg podía leer. Y Phobeg vaciló.

Qué habría podido ocurrir nadie lo sabe, pues en aquel preciso instante llegaron cuatro guerreros y abrieron la puerta de la celda.

—Venid con nosotros —dijo uno de ellos—; los dos.

Phobeg, hosco, y Tarzán, con la salvaje dignidad de Numa, acompañaron a los cuatro guerreros por el patio y cruzaron una puerta que daba a un largo corredor en cuyo extremo había una gran sala en la que entraron. Allí, tras una mesa, estaban sentados siete guerreros ataviados con marfil y oro. Entre ellos, Tarzán reconoció a los dos que le habían interrogado la noche de su captura, el viejo Tomos y el joven Gemnon.

—Son nobles —susurró Phobeg a Tarzán—. El del centro de la mesa es el viejo Tomos, el consejero de la reina. Le gustaría casarse con ella, pero supongo que es demasiado viejo. El de la derecha es Erot, antes era un guerrero común como yo; pero Nemone se encaprichó con él y ahora es el favorito de la reina. Pero tampoco se casará con él, pues no tiene sangre noble. El joven que está a la izquierda de Tomos es Gemnon, procede de

una antigua y noble familia. Los guerreros que le han servido dicen que es un hombre muy decente.

Mientras Phobeg contaba estos chismes, los dos prisioneros y su guardia estaban parados junto a la puerta esperando que se les indicara que avanzaran, con lo que Tarzán tuvo ocasión de observar la arquitectura y el mobiliario de la sala. El techo era bajo y estaba soportado por una serie de columnas engranadas con intervalos regulares en las cuatro paredes. Entre las columnas, en un lado de la habitación, detrás de la mesa a la que los nobles estaban sentados, había unas ventanas sin cristales y tres puertas: la que habían utilizado Tarzán y Phobeg para entrar, que estaba directamente enfrente de las ventanas, y una a cada lado de la habitación. Las puertas estaban bellamente talladas y muy pulidas, y algunos de los paneles contenían mosaicos de oro y marfil y trozos de materiales de color.

El suelo era de piedra y se componía de muchas piezas de diferentes formas y tamaños; pero todo estaba tan bien unido que apenas se distinguían las junturas. En el suelo había unas pequeñas alfombras que eran de piel de leones o algún tejido de lana rígido y pesado. Estas últimas tenían dibujos sencillos en varios colores y se parecían a las obras de los pueblos primitivos, como los navajos del sudoeste americano.

En las paredes había pinturas que mostraban escenas de batalla en las que leones y elefantes participaban con los guerreros, y siempre los guerreros con los elefantes parecían estar sufriendo una derrota, mientras que los guerreros con los leones recogían muchas cabezas de los enemigos caídos. Entre estas pinturas murales se hallaba una hilera de cabezas rodeando la sala. Eran similares a las que Tarzán había visto en la sala de la guardia la noche en que había llegado a Cathne, y diferían de ellas tan sólo porque eran especímenes mejores y estaban mejor montadas. Asimismo, en otras pinturas predominaban las cabezas de hombres, mirando con ceño a sus enemigos.

Pero el examen que Tarzán estaba realizando de la sala fue interrumpido por la voz de Tomos.

—Acercad a los prisioneros —ordenó al suboficial, que era uno de los cuatro guerreros que les escoltaban.

Cuando los dos hombres se hubieron parado al otro lado de la mesa, frente a los nobles, Tomos señaló al compañero de Tarzán.

—¿Quién es éste? —preguntó.

—Se llama Phobeg —respondió el suboficial.

—¿De qué se le acusa?

—Profanó a Thoos.

—¿Quién le acusó?

—El sumo sacerdote.

—Fue un accidente —se apresuró a explicar Phobeg—. No tenía intención de ser irrespetuoso.

—¡Silencio! —espetó Tomos. Luego, señaló a Tarzán—. ¿Y éste? —preguntó—. ¿Quién es?

—Es el que se hace llamar Tarzán —explicó Gemnon—. Recordarás que tú y yo le examinamos la noche en que fue capturado.

—Sí, sí —dijo Tomos—, lo recuerdo. Llevaba una extraña arma.

—¿Es el hombre del que me hablaste? —preguntó Erot—. ¿El que vino de Athne para asesinar a la reina?

—Éste es —respondió Tomos—; vino por la noche, durante la última tormenta, y logró entrar en el recinto del palacio cuando había anochecido.

—No parece athneo —comentó Erot.

—No lo soy —declaró Tarzán.

—¡Silencio! —ordenó Tomos.

—¿Por qué iba a quedarme callado? —protestó Tarzán—. Nadie mejor que yo para hablar de mí; por lo tanto, hablaré. No soy enemigo de vuestro pueblo, ni mi pueblo está en guerra con el vuestro. ¡Exijo mi libertad!

—Exige su libertad —se burló Erot, y estalló en carcajadas como si se tratara de un buen chiste—. ¡El esclavo exige su libertad!

Tomos se levantó del asiento, con el rostro enrojecido de ira. Dio un puñetazo en la mesa. Señaló con un dedo a Tarzán.

—Habla cuando te hablen, esclavo, y no en otro momento; y cuando Tomos, el consejero, te diga que te calles, cállate.

—He hablado —dijo Tarzán— y hablaré cuando decida hacerlo.

—Tenemos una manera de silenciar a los esclavos insolentes, para siempre —dijo Erot.

—Es evidente que se trata de un hombre que viene de un país lejano —intervino Gemnon—. No es extraño que no entienda nuestras costumbres ni reconozca a los grandes. Quizá deberíamos escucharle. Si no es athneo y no es enemigo, ¿por qué hemos de encarcelarle o castigarle?

—Saltó los muros del palacio por la noche —replicó Tomos—. No podía venir con ningún otro propósito más que para matar a nuestra reina; así que debe morir. La manera en que morirá será a placer de Nemone,

nuestra dulce y graciosa reina.

—Me contó que el río le arrastró a Cathne —insistió Gemnon—. Era una noche muy oscura y no sabía dónde estaba hasta que consiguió subir a la orilla; la casualidad le trajo al palacio.

—Una historia muy bonita pero no plausible —espetó Erot.

—¿Por qué no? —preguntó Gemnon—. Yo creo que sí lo es. Sabemos que ningún hombre habría podido nadar en el río con la crecida de aquella noche, y que este hombre no podría haber llegado al lugar por el que escaló el muro salvo nadando por el río o cruzando el puente de oro. Sabemos que no cruzó el puente, porque estaba bien protegido y nadie lo cruzó aquella noche. Sabiendo, por tanto, que no cruzó el puente y que no pudo nadar por el río, la única manera en que pudo llegar a ese punto concreto de la orilla del río es siendo arrastrado corriente abajo. Yo creo su historia y creo que deberíamos tratarle como a un honrado guerrero de algún distante reino hasta que tengamos mejores razones para creer otra cosa.

—No me gustaría ser el que defendiera a un hombre que vino aquí a matar a la reina —dijo Erot con malicia.

—¡Basta! —ordenó Tomos—. Este hombre debe ser juzgado con justicia y destruido como Nemone considere mejor.

Cuando dejó de hablar, se abrió una puerta que estaba en un extremo de la habitación y un noble, resplandeciente en marfil y oro, entró en la cámara. Se detuvo en el umbral y se encaró a los nobles de la mesa.

—¡La reina! —anunció con voz potente, y dicho esto se hizo a un lado.

Todos los ojos se volvieron en dirección a la puerta y, al mismo tiempo, los nobles se pusieron de pie y se hincaron de rodillas, frente a la puerta por la que entraría la reina. Los guerreros que estaban de guardia, incluidos los que custodiaban a Tarzán y a Phobeg, hicieron lo mismo y Phobeg siguió su ejemplo. Todos los presentes en la reunión se arrodillaron excepto el noble que había anunciado a la reina. Tarzán de los Monos no lo hizo.

—¡Abajo, chacal! —ordenó uno de los guardias en un susurro, y luego, entre un silencio mortal, una mujer apareció a la vista y se detuvo, enmarcada su figura en el marco tallado de la puerta. Regia, se quedó allí recorriendo la sala con la mirada con aire indolente; luego, sus ojos tropezaron con los del hombre mono y, por un instante, le sostuvo la mirada. Un leve gesto de asombro contrajo sus cejas rectas mientras seguía avanzando, acercándose a la mesa y a los hombres arrodillados.

La seguían media docena de nobles ricamente ataviados,

resplandecientes en oro bruñido y reluciente marfil, pero cuando cruzaron la cámara, Tarzán sólo veía la espléndida figura de la reina. Ésta iba vestida con más sencillez que su escolta; pero aquella forma, que su vestimenta revelaba más que ocultaba, no precisaba otros adornos más que aquellos con los que la naturaleza la había dotado. Era mucho más hermosa de lo que el tosco Phobeg la había pintado.

Una estrecha diadema con piedras rojas le rodeaba la frente, confinando su reluciente cabello negro; a ambos lados de la cabeza, cubriéndole las orejas, un gran disco de oro colgaba de la diadema, mientras que en la parte posterior se alzaba un delgado filamento de oro que se curvaba hacia delante y sostenía una gran piedra roja sobre el centro de la cabeza. Al cuello llevaba una sencilla banda de oro que sujetaba un broche y un colgante de marfil. En la parte superior de los brazos llevaba bandas de oro similares con adornos de marfil triangulares y curvados. Una ancha banda de malla de oro le sostenía los senos, embellecida con otras bandas de piedras rojas; en el borde superior colgaban cinco estrechos triángulos de marfil, uno grande en el centro y dos más pequeños a ambos lados.

En la cadera llevaba un fajín de malla de oro que sostenía otro triángulo de marfil cuyo delgado ápice se curvaba ligeramente hacia dentro, entre las piernas, y su escasa falda de pelo negro de mono que le llegaba hasta las rodillas, adaptándose perfectamente a los contornos de su cuerpo.

En las muñecas lucía numerosos brazaletes de marfil y oro y en los tobillos llevaba tiras verticales de marfil sujeto con correas de cuero, idénticas de forma a las que lucía Valthor y los hombres cathneos. Sus pies iban calzados con primorosas sandalias y, cuando se movía en silencio por el suelo de piedra, sus movimientos le parecieron a Tarzán una combinación de la seductora languidez de la mujer sensual y la sinuosa gracia y salvaje atención de la tigresa.

A medida que se acercaba a él se hacía más evidente que era maravillosamente bella según las normas de cualquier tierra o cualquier época; sin embargo, su presencia exhalaba una sutil esencia que le hizo preguntarse si su belleza era el reflejo de una naturaleza del todo buena o del todo mala, pues su actitud y su porte sugerían que no podía ser ambas cosas: Nemone, la reina, era de una pieza.

Ella sostuvo la mirada fija en él mientras cruzaba lentamente la sala, y Tarzán no apartó los ojos de los de ella. No había atrevimiento ni rudeza en su mirada, quizá ni siquiera había interés; era una valoración precavida,

cauta, de la bestia salvaje que observa a una criatura a la que ni teme ni desea.

El gesto de asombro aún fruncía la lisa frente de Nemone cuando llegó al final de la mesa donde los nobles se hallaban arrodillados. No era un gesto de enojo, y podía haber en él mucho interés y algo de diversión, pues las cosas inusuales interesaban y divertían a Nemone; y sin duda era insólito ver a uno que no le prestaba el homenaje debido a una reina.

Cuando se detuvo, volvió los ojos a los nobles arrodillados.

—¡Levantaos! —ordenó, y en esa única palabra las vibrantes cualidades de su voz rica y profunda produjeron una extraña emoción en el hombre mono—. ¿Quién es este que no se arrodilla ante Nemone? —preguntó ella, con la mirada ahora puesta en la figura bronceada que se hallaba de pie, impasible, ante ella.

Como Tarzán estaba de pie detrás de los nobles cuando éstos se habían vuelto de cara a Nemone al arrodillarse, sólo dos de sus guardias se habían dado cuenta de su falta; pero ahora, al levantarse y darse la vuelta, su semblante se llenó de horror y rabia cuando descubrieron que el extraño cautivo había hecho semejante afrenta a su reina.

Tomos volvió a enrojecer. Luego balbuceó con rabia:

—Es un salvaje ignorante e impúdico, mi reina —dijo—, pero como está a punto de morir, sus actos no tienen importancia.

—¿Por qué está a punto de morir? —preguntó Nemone—. ¿Y cómo morirá?

—Morirá porque vino aquí en plena noche para asesinar a vuestra majestad —explicó Tomos—; el asunto de su muerte reposa, claro está, en manos de nuestra graciosa reina.

Los ojos oscuros de Nemone, ocultos tras unas largas pestañas, examinaron al hombre mono, entreteniéndose en su piel bronceada y los protuberantes músculos; luego, se levantaron hasta el apuesto rostro y sus ojos se encontraron.

—¿Por qué no te has arrodillado? —preguntó.

—¿Por qué debo arrodillarme ante ti, que según me han dicho me harás matar? —preguntó Tarzán—. ¿Por qué tengo que arrodillarme si no eres mi reina? ¿Por qué yo, Tarzán de los Monos, que no se arrodilla ante nadie, tengo que hacerlo ante ti?

—¡Silencio! —ordenó Tomos—. Tu impertinencia no conoce límites. ¿Te das cuenta, ignorante esclavo, criatura salvaje, de que te estás

dirigiendo a Nemone, la reina?

Tarzán no respondió; ni siquiera miró a Tomos; tenía los ojos fijos en Nemone. Ella le fascinaba; pero si era objeto de belleza u objeto del mal no lo sabía. Sólo sabía que pocas mujeres, aparte de La, la Suma Sacerdotisa del Dios Llameante, habían despertado jamás su interés y su curiosidad en tan gran medida.

Tomos se volvió al suboficial que estaba al mando de la escolta que vigilaba a Tarzán y a Phobeg.

—¡Llévatelos! —ordenó—. Devuélvelos a su celda hasta que estemos listos para destruirles.

—Espera —indicó Nemone—. Me gustaría saber más cosas de este hombre —y se volvió a Tarzán—. ¡Así que viniste a matarme! —Su voz era suave, casi acariciadora. En aquellos momentos, a Tarzán le recordaba a un gato jugando con su víctima—. Quizás han elegido a un buen hombre para ese propósito; pareces capaz de cualquier proeza.

—Matar a una mujer no es ninguna proeza —replicó Tarzán—. Yo no mato a mujeres. No vine aquí a matarte.

—Entonces, ¿por qué viniste a Onthar? —preguntó la reina con voz sedosa.

—Ya lo he explicado dos veces a ese anciano de la cara enrojecida —respondió Tarzán, señalando en dirección a Tomos—. Pregúntaselo a él; yo estoy cansado de explicarlo a personas que ya han decidido matarme.

Tomos temblaba de ira y estuvo a punto de sacar su delgada espada.

—Déjame destruirle, mi reina —exclamó—. Déjame limpiar la afrenta que ha hecho a mi amada gobernante.

Nemone había enrojecido de ira al oír las palabras de Tarzán, pero no perdió el control de sí misma.

—Guarda tu espada, Tomos —ordenó con voz gélida—. Nemone es capaz de decidir cuándo recibe una afrenta y qué pasos ha de dar. Este tipo en verdad es impertinente, pero a mí me parece que no ha ofendido a nadie. Sin embargo, su temeridad no quedará sin castigo. ¿Quién es el otro?

—Es un guardia del templo llamado Phobeg —explicó Erot—. Profanó a Thoos.

—Sería divertido —dijo Nemone— ver a estos dos hombres pelear en el Campo de los Leones. Que peleen sin más armas que las que Thoos les ha dado. Para el vencedor, la libertad —vaciló unos instantes—, libertad dentro de unos límites. ¡Lleváoslos!

## VIII

### EN EL CAMPO DE LOS LEONES

TARZÁN y Phobeg se encontraban de nuevo en la pequeña celda de piedra; el hombre mono no había escapado. No tuvo oportunidad de escapar cuando le llevaban de nuevo a la prisión, pues los guerreros que le protegían habían redoblado su vigilancia, tras haberles advertido Erot de que lo hicieran, y las puntas de las dos lanzas habían estado constantemente en dirección a su cuerpo.

Phobeg estaba taciturno y pensativo. La actitud de su compañero durante el examen realizado por los nobles, su aparente indiferencia a la majestad y el poder de Nemone habían alterado la anterior estimación del valor del hombre mono. Se dio cuenta de que aquel tipo o era un hombre muy valiente o era un gran tonto, y esperaba que fuera esto último, pues Phobeg iba a enfrentarse a él en el Campo de los Leones, posiblemente al día siguiente.

Phobeg era estúpido, pero experiencias pasadas le habían enseñado algo de la psicología del combate mortal. Sabía que cuando un hombre iba a la batalla temiendo a su contrincante ya estaba en desventaja y en parte derrotado. Phobeg no temía a Tarzán; era demasiado estúpido e ignorante para anticipar el miedo. Frente a la probable derrota y muerte, podían vencerle el miedo e incluso la cobardía; pero era de un orden demasiado bajo mentalmente para percibir alguna de las dos cosas, excepto de un modo vago y confuso.

Tarzán, por el contrario, era de un temperamento completamente diferente y no conocía el miedo por una razón muy distinta. Como era inteligente e imaginativo, podía visualizar todas las posibilidades de un encuentro, pero jamás podía conocer el miedo porque la muerte no le causaba ningún terror, y había aprendido a sufrir el dolor físico sin sufrir los horrores de la angustia mental que suelen acompañarlo. Por lo tanto, si pensaba en el próximo combate, no tenía demasiada confianza en sí mismo,

ni tenía miedo ni estaba nervioso. Si hubiera sabido lo que había en la mente de su compañero cuando empezó a hablar se habría divertido.

—Sin duda será mañana —dijo Phobeg con seriedad.

—¿Qué es lo que será mañana? —preguntó el hombre mono.

—El combate en el que te mataré.

—¡Ah, así que vas a matarme! Phobeg, me sorprende. Creía que eras mi amigo. —El tono de Tarzán era serio, aunque un hombre más brillante que Phobeg habría descubierto en él una nota de desprecio; pero Phobeg no era nada brillante y creyó que Tarzán ya empezaba a pedirle clemencia.

—Pronto habrá terminado —le aseguró Phobeg—. Te prometo que no te haré sufrir mucho.

—Supongo que me retorcerás el cuello así —dijo Tarzán, haciendo ver que retorcía algo con las dos manos.

—Mmm, quizá —admitió Phobeg—; pero antes tendré que darte una paliza. Debemos divertir a Nemone.

—¡Claro, claro! —afirmó Tarzán—. Pero ¿y si no puedes darme una paliza? ¿Y si te la doy yo a ti? ¿Divertiría eso a Nemone? ¿O te divertiría a ti, quizá?

Phobeg se rió.

—Me divierte mucho pensar en ello —dijo—, y espero que te divierta a ti también, porque es lo más cerca que estarás de dar una paliza a Phobeg; ¿no te he dicho que soy el hombre más fuerte de Cathne?

—Ah, sí, claro —admitió Tarzán—. Lo había olvidado.

—Harías bien en recordarlo —le aconsejó Phobeg—, de lo contrario nuestro combate no será interesante.

—¡Y Nemone no se divertiría! Qué triste sería eso. Debemos hacerlo lo más interesante y excitante posible, y no hay que concluirlo demasiado pronto.

—En eso tienes razón —accedió Phobeg—. Cuanto mejor sea, más generosa será Nemone conmigo cuando haya terminado; puede que me dé algo más que la libertad, si se divierte mucho.

»¡Por el vientre de Thoos! —exclamó, dándose una palmada en el muslo—. Debemos hacer una buena pelea, y larga. Ahora, escúchame. ¿Qué te parece esto? Al principio, fingiremos que tú me ganas; yo te dejaré pegarme un poco. Luego, durante un rato, ganaré yo, y luego tú. Haremos esto durante un rato, y luego, cuando te dé la señal, has de fingir que tienes miedo y huyes de mí. Entonces yo te perseguiré por toda la pista y eso les

hará reír mucho. Cuando por fin te atrape (y has de dejar que te atrape directamente delante de Nemone), yo te retorceré el cuello y te mataré, pero lo haré del modo menos doloroso posible.

—Eres muy amable —dijo Tarzán con seriedad.

—¿Te gusta el plan? —preguntó Phobeg—. ¿No te parece espléndido?

—Sin duda les divertirá —coincidió Tarzán—, si sale bien.

—¿Si sale bien? ¿Por qué no ha de salir bien? Saldrá bien si tú haces tu parte.

—Pero ¿y si te mato yo a ti? —preguntó el señor de la jungla.

—¡Ya estamos otra vez! —exclamó Phobeg—. Debo decir que, después de todo, eres un buen tipo, pues tienes tu sentido del humor, y puedo asegurarte que a nadie le gustan más las bromitas que a Phobeg.

—Espero que mañana estés del mismo humor —observó Tarzán.

Cuando amaneció el día siguiente, el esclavo y el guardia entraron en la celda con un copioso desayuno para los dos prisioneros, la mejor comida que les habían servido desde que les encarcelaron.

—Comed bien —les aconsejó uno de los guerreros—, así tendréis fuerzas para pelear bien y divertir a la reina. Para uno de vosotros es su última comida, así que será mejor que los dos la disfrutéis, pues no se sabe para cuál de vosotros será la última.

—Es la última para él —dijo Phobeg, señalando con el pulgar en dirección a Tarzán.

—Las apuestas así lo indican —dijo el guerrero—, pero nunca se puede estar seguro. El extranjero es un tipo corpulento, y parece fuerte.

—No hay nadie más fuerte que Phobeg —les recordó el ex guardia del templo.

El guerrero se encogió de hombros.

—Tal vez —admitió—, pero yo no apuesto nada por ninguno de los dos.

—Veinte dracmas a diez a que huye de mí antes de que termine la pelea —ofreció Phobeg.

Y si te mata, ¿quién me pagará? —preguntó el guerrero—. No, no es una buena apuesta —salió y cerró la puerta con llave.

Una hora más tarde llegó un gran destacamento de guerreros y se llevó a Tarzán y a Phobeg de la prisión. Les condujeron por el recinto del palacio hasta una avenida bordeada de viejos árboles. Era una bonita avenida flanqueada por las casas blancas y doradas de los nobles y el gran palacio

de dos plantas coronado por sus cúpulas doradas.

Había grupos de gente que aguardaban a ver el inicio del espectáculo y compañías de guerreros en posición de descanso, apoyados en sus lanzas. Era una vista interesante para Tarzán, que había estado tanto tiempo recluido en la lúgubre prisión. Reparó en el vestido de los civiles y la arquitectura de las espléndidas casas que vislumbraba entre los árboles. Los hombres vestían túnicas cortas bastante similares a las cotas de malla sin mangas de los guerreros, salvo que estaban hechas de una sólida pieza de tela o cuero ligero en lugar de los discos de pellejo de elefante. Las mujeres llevaban faldas cortas y ceñidas, de pelo, tela o cuero, que terminaban justo sobre las rodillas; una banda servía para ocultar los senos, y sandalias y adornos completaban su sencillo atuendo.

Tarzán y Phobeg fueron escoltados por la avenida hacia el oeste y, mientras pasaban, la multitud hacía comentarios sobre ellos. Muchos conocían a Phobeg; algunos lanzaban gritos de aliento para él, otros le insultaban. Al parecer Phobeg no gozaba de popularidad en toda la ciudad. Discutían libremente sobre Tarzán pero sin malicia. Les interesaba y se especulaba mucho sobre sus posibilidades en una lucha contra el corpulento guardia del templo. El hombre mono oía que se hacían muchas apuestas; algunas eran por él y otras en contra, pero era evidente que Phobeg era el favorito de los apostantes.

Al final de la avenida, Tarzán vio el gran puente de oro que cruzaba el río. Se trataba de una estructura espléndida construida con ese metal precioso. Dos leones de oro flanqueaban el acceso desde la ciudad y, mientras le hacían cruzar el puente, el hombre mono vio dos leones idénticos que protegían el extremo occidental.

En la llanura, denominada el Campo de los Leones, una multitud de espectadores se dirigía hacia un punto situado a un kilómetro y medio de la ciudad, donde se había congregado mucha gente, y hacia esta multitud fueron escoltados los dos gladiadores. Allí había una pista ovalada, grande, excavada, en una profundidad de unos siete u ocho metros. Sobre la tierra excavada, amontonada de forma simétrica alrededor del hoyo y terraplenada desde el nivel de la llanura hasta la parte superior, había unas losas de piedra que servían de asientos. En el extremo oriental de la pista había una ancha rampa que descendía hasta ella. Sobre la rampa había un arco bajo con los palcos para la reina y la alta nobleza.

Cuando pasó por debajo del arco y descendió la rampa hacia la pista,

vio que casi la mitad de los asientos ya estaban ocupados. La gente comía lo que había llevado consigo y reía y charlaba. Era evidente que se trataba de un día de fiesta. Preguntó a Phobeg.

—Forma parte de la celebración que cada año sigue al final de la estación lluviosa —explicó el cathneo—. Hay diversión de alguna clase al menos una vez al mes y más a menudo cuando el tiempo lo permite. Tendrás oportunidad de ver todos los actos antes de que te mate, ya que nuestro combate será lo último del programa.

Los guerreros condujeron a los dos hombres al otro extremo de la pista, donde se había formado una terraza en mitad del costado ascendente, con una escalera de madera apoyada en la pared para acceder a ella. Allí, en esa terraza, instalaron a Tarzán y a Phobeg con unos guerreros como guardias.

Después, Tarzán oyó la música de tambores y trompetas procedente de la ciudad.

—¡Ahí vienen! —exclamó Phobeg.

—¿Quiénes? —preguntó Tarzán.

—La reina y los leoneros —respondió su adversario.

—¿Qué son los leoneros? —preguntó Tarzán.

—Son los nobles —explicó Phobeg—. En realidad, sólo los nobles hereditarios son miembros del clan de los leones, pero solemos referirnos a todos los nobles como leoneros. Erot es un noble porque Nemone lo nombró, pero no es un leonero, ya que no nació noble.

—¡Que me parta el cráneo!, pero apuesto a que lo odia —comentó uno de los guardias.

—Daría su ojo derecho para ser un leonero —dijo Phobeg.

—Ahora es demasiado tarde —observó el guerrero—, debería haber elegido mejor a sus padres.

—Afirma que eligió a un padre noble —explicó Phobeg—, pero su madre lo niega.

Otro guerrero se rió.

—¡Hijo de un noble! —se burló—. Conozco al viejo Tibdos, el marido de la madre de Erot; le conozco bien. Limpia las jaulas de los leones en la granja. Erot es igual que él. ¡Hijo de un noble!

—¡Hijo de una chacal! —gruñó Phobeg—. Ojalá tuviera que pelear con él hoy en lugar de hacerlo con este pobre tipo.

—¿Le tienes lástima? —preguntó un guerrero.

—Sí, en cierto modo —respondió Phobeg—. No es mal tipo, y no tengo

nada contra él excepto que es estúpido. Al parecer no comprende las cosas más simples. No parece comprender que yo soy el hombre más fuerte de Cathne y que esta tarde voy a matarle, a menos que los otros espectáculos terminen pronto y le mate esta mañana.

—¿Cómo sabes que no comprende estas cosas? —preguntó el guerrero.

—Porque nunca ha dado muestras de tener miedo.

—Posiblemente no crea que puedes matarle —sugirió el guerrero.

—Eso demuestra que es muy estúpido; pero sea estúpido o no, voy a matarle. Le retorceré el cuello hasta romperle el espinazo. Me muero de ganas de ponerle las manos encima; de todas las cosas que me gustan, no hay sensación igual a la de matar a un hombre. Me gusta más que las mujeres.

Tarzán miró la gran mole que se sentaba a su lado.

—Los franceses tienen una palabra para eso —observó.

—No sé de qué me hablas —gruñó Phobeg.

—No me sorprende.

—¡Otra vez! —exclamó Phobeg—. ¿Qué sentido tiene eso? ¿No te he dicho que es estúpido?

En ese momento, el estruendo de las trompetas y el redoble de los tambores se oyó a mayor volumen, y Tarzán vio que los músicos marchaban por la rampa en dirección a la pista en el otro extremo del gran óvalo. Al mismo tiempo, el tumulto en las gradas aumentó cuando miles de personas buscaban asiento entre las miles que ya se encontraban allí.

Mientras la música sonaba, marchaba una compañía de guerreros y en cada lanza ondeaba un estandarte de colores. Era una imagen pintoresca, pero nada como la que siguió.

Unos metros detrás de los guerreros iba un carro de oro tirado por cuatro leones, en el que iba Nemone, la reina medio reclinada en un diván envuelto con pieles y ropa de alegres colores. Dieciséis esclavos negros sujetaban a los leones con una correa, y a ambos lados del carro marchaban seis nobles, resplandecientes en oro y marfil, mientras un gran negro, que marchaba detrás, sostenía un gran parasol rojo sobre la reina. Sentados en cuclillas en unos pequeños asientos sobre las ruedas traseras del carro iban dos pequeños negros con unos abanicos de plumas que refrescaban a la reina.

Al ver el carro y su real ocupante, la gente que estaba en las gradas se levantó y se arrodilló como saludo a su monarca, mientras se oía una

oleada de aplausos en el anfiteatro cuando el séquito lentamente daba la vuelta a la pista.

Detrás del carro de Nemone marchaba otra compañía de guerreros; éstos iban seguidos por un número de carros de madera decorados espléndidamente, cada uno tirado por dos leones y conducido por un noble. También marchaba una compañía de nobles a pie y una tercera compañía de guerreros cerraba la marcha.

Cuando la columna hubo dado la vuelta a la pista, Nemone bajó del carro y subió a su palco sobre la rampa entre los continuos vítores del populacho; los carros conducidos por los nobles se alinearon en el centro de la pista, la guardia real se puso en formación en la entrada al estadio y los nobles que no participaban en los juegos fueron a sus palcos privados.

Siguieron entonces en rápida sucesión competiciones que consistían en el lanzamiento de daga y de lanzas, pruebas de fuerza y habilidad y carreras a pie. En cada ocasión se hacían apuestas y el estadio entero era un estruendo de gritos, maldiciones, rugidos, risas y aplausos.

En los palcos de Nemone y de los nobles se apostaban grandes sumas de dinero en cada prueba. La reina era una jugadora inveterada, ganaba o perdía una fortuna en el lanzamiento de una sola daga. Cuando ganaba sonreía, y también sonreía cuando perdía; pero los hombres sabían que los contendientes con los que Nemone ganaba regularmente durante el año eran beneficiarios de favores reales, mientras que aquellos con los que perdía a menudo desaparecían.

Cuando terminaron los deportes menores empezaron las carreras de carro; y con ellas las apuestas empequeñecieron a todas las demás; los hombres y las mujeres se comportaban como maníacos animando a su conductor favorito, aplaudían al ganador o regañaban a un infortunado perdedor.

En cada competición participaban dos conductores y la distancia era siempre una vuelta a la pista, pues los leones no pueden mantener una gran velocidad en grandes distancias. Después de cada carrera, el ganador recibía un pendón de la reina, mientras que el perdedor subía la rampa y salía del estadio entre los gritos de los que habían perdido dinero con él. Entonces competían otros dos, y cuando el último par había terminado, los ganadores formaban pareja para realizar nuevas pruebas. Así, por eliminación, los competidores al final quedaban reducidos a dos, y eran los ganadores de la prueba en la que habían competido. Ésta era la primera

carrera del día, y el ruido y las apuestas que generaba sobrepasaba todo lo que había sucedido antes.

El ganador de esta carrera final era proclamado campeón del día y la propia Nemone le ofrecía un casco de oro, y aun los que habían apostado por su rival y perdido su dinero sumaban sus voces a la ovación que la ruidosa multitud le concedía, mientras daba la vuelta a la pista con porte orgulloso y desaparecía por la rampa que pasaba por debajo del palco de la reina, reluciendo al sol su casco de oro.

Ahora —dijo Phobeg en voz baja—, la gente verá algo que vale la pena. Es lo que han estado esperando y no quedarán decepcionados. Si tienes un dios, amigo, rézale, porque estás a punto de morir.

—¿No me permitirás correr por la pista mientras me persigues? —preguntó Tarzán.

## IX

«¡MUERTE! ¡MUERTE!»

UNA VEINTENA de esclavos estaban ocupados limpiando la pista tras la partida de los carros tirados por leones; el público estaba de pie, los nobles iban de un palco a otro visitando a sus amigos, los hombres y las mujeres hacían apuestas y cobraban o pagaban las anteriores. Los ruidos de muchas voces envolvían el estadio con fuerte discordancia. Era un entreacto del espectáculo.

Tarzán estaba molesto. Las multitudes le irritaban. El sonido de voces humanas era detestable para él. Con los párpados entrecerrados observaba la escena. Si alguna vez una bestia salvaje ha contemplado a sus enemigos fue en ese momento.

Phobeg seguía alardeando en voz tan alta, que era claramente audible al menos para una parte del público que estaba sentado justo por encima de los gladiadores. La actitud del guardia del templo no era tranquilizadora para el señor de la jungla, pero éste no dio muestra alguna de oírle después de su primera réplica.

Las apuestas ya eran altas en esta última prueba del día, aunque sólo una pequeña proporción del público había visto bien a los dos contendientes para poder compararlos. Sin embargo, Phobeg era conocido y era el favorito; las apuestas eran de diez a uno contra Tarzán.

En el palco real, Nemone estaba recostada cómodamente en el gran sillón medio trono y medio diván. Había perdido mucho en las apuestas del día, pero no se mostraba de mal humor. Sin embargo, los nobles que la rodeaban estaban inquietos y esperaban que ganara en esta última prueba. Todos estaban decididos a apostar mucho al extraño salvaje, para que Nemone pudiera recuperar todo lo que había perdido en las pruebas anteriores, pues todos estaban seguros de que apostaría por Phobeg, ya que era su costumbre apostar por los favoritos.

Erot estaba particularmente ansioso por que la reina recuperara lo que

él había ganado a su costa. Llevaba un tiempo inseguro respecto de su posición ante la soberana; quizá percibió que había perdido un poco de su favor y tenía suficiente experiencia para saber que ganar dinero a costa de Nemone constituía un golpe tremendo para alguien que había empezado a descender posiciones.

Por lo tanto, Erot, junto con los otros nobles, tras haber decidido dejar que Nemone recuperara su dinero con Phobeg, envió a unos esclavos en secreto a poner mucho dinero por Phobeg para recuperar lo que perdieran con Tarzán.

El plan estaba calculado con precisión y funcionaba bien, y cuando el día terminara, Nemone habría ganado y ellos también, pues todas sus pérdidas quedarían compensadas con sus ganancias al apostar por Phobeg, por el que el pueblo habría pagado.

Esta gran cantidad de dinero que de pronto corría entre el público, que ya favorecía a Phobeg y hacía grandes apuestas contra Tarzán, encontró muy poco dinero de Tarzán disponible a diez contra uno. El resultado esperado fue que para colocar su dinero tuvieron que hacer apuestas más grandes, y para compensar sus pérdidas a Nemone, o las supuestas pérdidas, puesto que en el palco real aún no se había apostado, se precisaban cien dracmas de Phobeg para cubrir uno de Tarzán.

Entonces sonó una trompeta y los guerreros que vigilaban a Tarzán y a Phobeg les ordenaron que bajaran a la pista, y les hicieron desfilar una vez para que el público comparara a los gladiadores y eligiera a un favorito. Cuando pasaron ante el palco real, Nemone se inclinó hacia delante examinando con los ojos entrecerrados al alto extraño y al cathneo.

Erot, el favorito de la reina, la observaba.

—¡Mil dracmas al extranjero! —gritó.

—Yo también apuesto por el extranjero —declaró ansioso otro noble.

—¡Yo también! —dijo Nemone.

Erot y los otros nobles quedaron estupefactos; esto trastocaba sus planes por completo. Claro que ganarían más dinero, pero uno siempre se sentía más a salvo perdiendo contra Nemone que ganando.

—Perderás tu dinero —le dijo Erot.

—Entonces, ¿por qué has apostado tú por el extranjero? —preguntó la reina.

—Las probabilidades eran tan atractivas que me he visto tentado a arriesgarme —se apresuró a explicar Erot.

—¿Cuáles son ahora las probabilidades?

—Cien contra uno.

—¿Y crees que un extranjero no puede tener ni una oportunidad entre cien de ganar? —preguntó Nemone, jugueteando ociosamente con la empuñadura de su daga.

—Phobeg es el hombre más fuerte de Cathne —dijo Erot. Realmente creo que el extranjero no tiene ninguna oportunidad contra él.

—Muy bien; si ésa es tu opinión, deberías apostar por Phobeg —susurró Nemone—. Voy a apostar cien mil dracmas al extranjero. ¿Cuánto quieres tú, mi querido Erot?

—Me gustaría que mi reina no arriesgara su dinero con él —dijo Erot—. Me aflijo cuando mi amada reina pierde.

—Me aburres, Erot —Nemone hizo un gesto de impaciencia y se volvió a los otros nobles—: ¿No hay nadie aquí que quiera cubrir mis dracmas?

Al instante todos se mostraron impacientes por complacerla. Ganar cien mil dracmas de la reina además de todo lo que ganarían de la gente del pueblo era demasiado para su codicia; en su ansiedad por complacerla olvidaron incluso la posible ira de Nemone ahora que era seguro que su decisión no podía alterarse, y al cabo de unos minutos se habían anotado las apuestas.

—Tiene un buen físico —comentó Nemone, examinando al señor de la jungla—, y es más alto que el otro.

—Pero mira los músculos de Phobeg —le recordó Erot—. Este Phobeg ha matado a muchos hombres; dicen que les retuerce el cuello y les rompe el espinazo.

—Ya veremos —dijo como único comentario la reina.

Erot pensó que no le gustaría estar en la piel de Phobeg, ya que si el extranjero no le mataba, lo más seguro era que Nemone se ocupara de que no viviera mucho tiempo, ya que le habría despojado de cien mil dracmas.

Ahora los dos hombres se habían situado en la pista a poca distancia del palco real, y el capitán del estadio estaba dándoles instrucciones que eran extremadamente sencillas: tenían que permanecer en la pista y tratar de matarse el uno al otro sin armas, aunque no estaba prohibido el empleo de codos, rodillas, pies o dientes; no había otras reglas para el combate. El ganador recibiría la libertad, aunque incluso esto lo decidía Nemone.

—Cuando suene la trompeta, podéis atacar —indicó el capitán del

estadio—. Y que Thoos os acompañe.

Tarzán y Phobeg habían sido colocados a diez pasos de distancia el uno del otro. Ahora aguardaban la señal. Phobeg hinchó el pecho y se lo golpeó con los puños; flexionó los brazos y apretó los grandes músculos hasta que sobresalieron como grandes bolas; luego, dio unos saltos, calentando los músculos de las piernas. Era el centro de atención y esto le complacía en exceso.

Tarzán permanecía quieto, con los brazos cruzados, los músculos relajados. Parecía totalmente ajeno a la presencia de la ruidosa multitud o incluso de Phobeg, pero era consciente de todo lo que transpiraba a su alrededor. Sus ojos y oídos estaban atentos; sería Tarzán el que oiría la primera nota de la trompeta. ¡Tarzán estaba listo!

Al hombre mono no le importaba la estúpida multitud que emitía ruidos tontos y se había congregado allí para ver a dos criaturas que nunca habían hecho daño a nadie intentar matarse la una a la otra para el placer de los demás; no le importaba lo que pensaran de él; para él, eran menos que los excrementos de los leones que los esclavos habían limpiado de la pista.

No deseaba matar a Phobeg, y tampoco deseaba que le mataran, pero Phobeg le resultaba desagradable y le habría gustado castigar a aquel hombre por su ridículo egotismo. Se daba cuenta de que su contrincante era un hombre fuerte y que tal vez no sería fácil castigarle sin recibir él un buen castigo, pero este riesgo no le importaba siempre que no supusiera la mutilación o la muerte. Su mirada pasó por casualidad por el palco real y allí se detuvo; los ojos de Nemone se toparon con los suyos y se quedaron fijos. Qué extraños ojos eran, tan bellos, con fuego ardiendo bajo la superficie, y qué misteriosos.

Sonó la trompeta y los ojos de Tarzán se clavaron de nuevo en Phobeg. Se hizo un extraño silencio en el anfiteatro. Los dos hombres se acercaron el uno al otro, Phobeg contoneándose, seguro de sí mismo, y Tarzán con el paso ágil y elegante de un león.

—¡Eleva tus plegarias, amigo! —gritó el guardia del templo—. Voy a matarte; pero antes jugaré contigo para que Nemone se divierta.

Phobeg se acercó e intentó coger a Tarzán. El hombre mono se dejó asir por los hombros; luego, hizo copa con las dos manos y levantó los talones, de repente y con gran fuerza bajo la barbilla de Phobeg, al mismo tiempo que apartaba al hombre. La gran cabeza se echó hacia atrás y el corpulento tipo retrocedió una docena de pasos y cayó sentado al suelo.

Un rugido de sorpresa brotó del público, salpicado de vítores de los que habían apostado por Tarzán. Phobeg se puso en pie con el rostro contraído de rabia; en un instante se enfureció. Lanzando un grito se arrojó contra el hombre mono.

—¡Sin cuartel! —gritó—. ¡Te voy a matar ahora mismo!

—¡Mátale! ¡Mátale! —gritaban los partidarios de Phobeg—. ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Danos una muerte!

—¿No deseas darme antes una paliza? —preguntó Tarzán en voz baja, mientras esquivaba ágilmente el ataque del hombre enloquecido.

—¡No! —gritó Phobeg, volviéndose torpemente y atacando de nuevo —. ¡Te mataré! ¡Te mataré!

Tarzán agarró las manos extendidas y un brazo bronceado, como un rayo, rodeó el corto cuello de Phobeg; el hombre mono giró en redondo, se inclinó hacia delante y lanzó a su contrincante por encima de su cabeza. Phobeg cayó bruscamente al suelo.

Nemone estaba inclinada en el palco real, con un destello en los ojos, respirando agitadamente. Erot era uno de tantos nobles que había sentido la constricción del diafragma. Nemone se volvió a él.

—¿Te gustaría apostar un poco más por el hombre más fuerte de Cathne? —preguntó. Erot sonrió levemente.

—La batalla sólo acaba de comenzar —dijo.

—Pero es tan buena como si estuviera terminando —replicó Nemone.

Phobeg se levantó, pero más despacio que antes, y no atacó sino que se acercó con cautela a su oponente. Su táctica era muy diferente de la anterior. Quería acercarse lo suficiente a Tarzán para agarrarle; era lo único que deseaba; luego, sabía que podría aplastar al hombre con su gran fuerza.

Quizás el hombre mono percibió lo que pasaba por la cabeza de su enemigo, o quizá sólo fue la casualidad lo que le hizo mofarse de Phobeg poniéndole delante la muñeca izquierda; pero fuera lo que fuere, la cuestión es que Phobeg aprovechó la oportunidad y cogió la muñeca de Tarzán, tratando de atraerlo hacia sí. Entonces, Tarzán dio un rápido paso hacia delante y asestó un terrible golpe a Phobeg en la cara con el puño derecho, cogió la muñeca de la mano que sujetaba la suya y, girando de nuevo con toda rapidez bajo su víctima, volvió a arrojarle violentamente, utilizando el brazo de Phobeg como palanca y su propio hombro como fulcro.

Esta vez, a Phobeg le costó levantarse. Lo hizo muy lentamente. El hombre mono estaba parado junto a él. La sangre se heló en las venas del

cathneo cuando oyó el rugido bajo, como de fiera, que brotaba de la garganta del extranjero.

De pronto Tarzán se inclinó y agarró a Phobeg, lo levantó y lo sostuvo sobre su cabeza.

—¿Quieres que corra ahora, Phobeg —rugió—, o estás demasiado cansado para perseguirme? —Luego, arrojó al hombre al suelo otra vez, un poco más cerca del palco real donde se encontraba Nemone, tensa y emocionada.

Como un león con su presa, el señor de la jungla siguió al hombre que se había burlado de él y quería matarle; dos veces más le cogió y le arrojó cerca del extremo de la pista. La multitud gritaba a Tarzán que matara a Phobeg. Phobeg, el hombre más fuerte de Cathne; Phobeg, que retorcía el cuello de los hombres hasta que les partía el espinazo.

De nuevo Tarzán agarró a su oponente y lo sostuvo por encima de su cabeza. Phobeg forcejeaba débilmente, pero estaba indefenso. Tarzán se acercó al costado de la pista, junto al palco real, y arrojó el gran cuerpo al público.

—Tened a vuestro hombre fuerte —dijo—. Tarzán no lo quiere.

Luego, se alejó y se quedó ante la rampa, esperando, como si pidiera su libertad.

Entre gritos y aullidos que a Tarzán le recordaban a la peor de las bestias salvajes, la odiosa hiena, la multitud devolvió al infortunado Phobeg a la pista.

—¡Mátale! ¡Mátale! —gritaban. Nemone se inclinó hacia delante.

—¡Mátale, Tarzán! —gritó.

Tarzán se encogió de hombros con desagrado y se volvió.

—¡Mátale, esclavo! —ordenó un noble desde su lujoso palco.

—No le mataré —replicó el hombre mono.

Nemone se puso de pie. Tenía el rostro enrojecido.

—¡Tarzán! —gritó, y cuando el hombre mono la miró, preguntó—: ¿por qué no quieres matarle?

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó él a su vez—. No puede hacerme daño, y sólo mato en defensa propia o para comer. Pero no como carne humana; entonces, ¿para qué voy a matarle?

Phobeg, magullado, maltrecho e indefenso, se puso débilmente de pie y avanzó haciendo eses. Oyó las voces de la despiadada multitud pidiendo su muerte a gritos. Vio a su oponente parado a pocos pasos delante de la

rampa, sin prestarle atención, y débilmente, como desde una gran distancia, oyó que se negaba a matarle. Lo oyó pero no lo comprendió. Esperaba que le matara, pues ésta era la costumbre y la ley de la pista. Había tenido intención de matar a aquel hombre, no habría tenido clemencia con él; por eso no comprendía la clemencia que la actitud indiferente de Tarzán provocaba.

Los ojos inyectados en sangre de Phobeg vagaron indefensos por la pista, sin buscar nada ni a nadie en particular; allí no hallaría comprensión, ni clemencia, ni amigo alguno, pues éstos no eran para los vencidos. Los ojos frenéticos y sedientos de sangre de la multitud le fascinaban. Unos minutos antes le habían aclamado a él, y ahora le condenaban a muerte. Su mirada llegó al palco real mientras Erot se inclinaba hacia fuera y gritaba a Tarzán.

—¡Mátale, amigo! —gritó—. Es una orden de la reina.

Los ojos de Phobeg se posaron en la figura del hombre mono y se afianzó en el suelo para realizar un esfuerzo final y retrasar lo inevitable. Sabía que se había tropezado con uno más fuerte que él y que debía morir cuando el otro deseara. Pero la ley de la autoconservación le impulsaba a defenderse, aunque no hubiera esperanza alguna.

El hombre mono miró al favorito de la reina.

—Tarzán sólo mata a quien él quiere matar.

Habló en una voz baja que, sin embargo, llegó hasta el palco real.

—No mataré a Phobeg.

—¡Estúpido! —exclamó Erot—, ¿no entiendes que un deseo de la reina es una orden que nadie puede desobedecer?

—Si la reina desea verle muerto, ¿por qué no te hace bajar a ti a hacerlo? Ella es tu reina, no la mía.

No había ni temor ni respeto en la voz del hombre mono.

Erot estaba horrorizado. Miró a la reina.

—¿Ordeno a la guardia que destruya a este impertinente salvaje? —preguntó.

Nemone hizo gestos de negación con la cabeza. Su semblante permanecía inescrutable, pero una extraña luz iluminaba sus ojos.

—Les daremos la vida a los dos —dijo—. Libera a Phobeg y lleva al otro al palacio.

La reina se levantó en señal de que los juegos habían terminado.

Muchas millas al sur del Campo de los Leones, en el valle de Onthar,

un león se movía inquieto en los confines de la jungla. Caminaba rápidamente primero en una dirección y luego en otra; sus movimientos eran erráticos. A veces, su hocico estaba cerca del suelo y, de nuevo, se hallaba en el aire como si buscara algo o a alguien. De repente, levantó la cabeza y elevó su potente voz en un rugido que estremeció la tierra e hizo huir a Manu, el mono, a través de los árboles con sus hermanos. A lo lejos, un elefante macho barritó y, luego, una vez más, se hizo el silencio en la jungla.



**…arrojó el gran cuerpo al público.**

## X

### EN EL PALACIO DE LA REINA

UN DESTACAMENTO destacamento de guerreros comunes comandado por un suboficial había escoltado a Tarzán hasta el estadio, pero el hombre mono regresó a la ciudad en compañía de los nobles. Varios de ellos se habían agrupado a su alrededor inmediatamente después del gesto de Nemone, que les había sugerido que aquel extranjero podría ser receptor de más favores reales.

Felicitándole por su victoria, alabando su proeza, haciéndole innumerables preguntas, le siguieron desde la pista, y en lo alto de la rampa otro noble se le acercó. Era Gemnon.

—La reina me ha ordenado que te acompañe a la ciudad y cuide de ti —explicó—. Esta noche tengo que llevarte al palacio, ante ella; pero entretanto, querrás bañarte y descansar, y supongo que no te iría mal comer algo decente después de la comida de la cárcel con la que te has estado alimentando últimamente.

—Me alegraré de tomar un baño y comer bien —respondió Tarzán—, pero ¿por qué he de descansar? No he hecho nada durante varios días.

—¡Pero acabas de librar una dura batalla por tu vida! —exclamó Gemnon—. Debes de estar cansado.

Tarzán se encogió de hombros.

—Quizá sería mejor que cuidaras de Phobeg y no de mí —replicó—. Él es quien necesita descansar; yo no estoy cansado.

Gemnon se rió.

—Phobeg debería considerarse afortunado de estar vivo. Si alguien ha de cuidar de él será él mismo.

Se dirigían hacia la ciudad. Los otros nobles se habían reunido con sus propios grupos o se habían quedado rezagados; Gemnon y Tarzán estaban solos, si es que podían estarlo rodeados por una multitud parlanchina entre la cual se abrían paso cuerpos de hombres armados y carros tirados por

leones. Los que estaban cerca de Tarzán hablaban de él animadamente, pero debido a los nobles se mantenían a distancia. Comentaban su gigantesca fuerza y el engañoso aspecto de su masa muscular, cuya simetría apenas proclamaba el poder titánico de los miembros de acero del señor de la jungla.

—Ahora eres popular —señaló Gemnon.

—Hace unos minutos, gritaban a Phobeg que me matara —le recordó Tarzán.

—Estoy realmente sorprendido de que se muestren tan amistosos —observó Gemnon—. Les has privado de una muerte, algo que todos esperan y ruegan por ver cuando van al estadio. Por eso pagan su entrada. Además, la mayoría ha perdido más dinero al haber apostado por Phobeg; pero los que han ganado contigo deberían quererte, pues han ganado mucho; las apuestas eran de cien a uno contra ti.

»Sin embargo, son los nobles los que han recibido el mayor agravio —prosiguió Gemnon, sonriendo—. Varios de ellos han perdido toda su fortuna. Los más próximos a Nemone siempre tienen que cubrirle las apuestas y, creyendo que apostaría por Phobeg, han apostado mucho por él; luego, Nemone ha insistido en apostar por ti y han tenido que apostar más dinero por Phobeg. Diez millones de dracmas para cubrir los cien mil de Nemone. Calculo que un pequeño grupo ha perdido cerca de veinte millones de dracmas.

—¿Y Nemone ha ganado diez millones? —preguntó Tarzán.

—Sí —respondió Gemnon—, lo cual puede explicar el hecho de que estés vivo.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Has hecho caso omiso de la reina; ante miles de personas te has negado a obedecer una orden directa suya. No, ni siquiera los diez millones de dracmas pueden explicar eso; hay alguna otra razón por la que Nemone no te ha hecho matar. Quizás esté pensando en una muerte para ti que le dé mayor satisfacción. Conociendo a Nemone, no puedo creer que te deje vivir; no sería Nemone si perdonara una afrenta tan grave a su majestad.

—Phobeg iba a matarme —le recordó Tarzán.

—Pero Nemone no es Phobeg. Nemone es la reina, y…

—¿Y qué? —preguntó el hombre mono.

Gemnon se encogió de hombros.

—Pensaba en voz alta, lo cual es una mala costumbre para alguien que

disfruta de la vida. Sin duda puede que vivas lo suficiente para conocerla mejor y entonces pensarás por ti mismo; pero no lo hagas en voz alta.

—¿Has perdido mucho apostando por Phobeg? —preguntó Tarzán.

—He ganado; he apostado por ti. Me he encontrado con uno de los esclavos de Erot que iba a poner algo de dinero de su amo por Phobeg; lo he cogido todo. Ya sabes que te he visto un poco más que los otros nobles y creía que tenias una posibilidad, pero confiaba en tu inteligencia y agilidad contra la fuerza, la estupidez y la torpeza de Phobeg; ni siquiera yo soñaba que eras más fuerte que él.

—¡Y las probabilidades eran buenas! Gemnon sonrió.

—Demasiado buenas para dejarlas pasar; era una apuesta más que razonable. Pero no entiendo a Nemone, ella es una gran apostadora, pero no jugadora. Siempre pone su dinero en los favoritos, y que Thoos les ayude si no gana.

—Intuición femenina —sugirió el hombre mono.

—No lo creo; Nemone es demasiado práctica y calculadora para actuar sólo con la intuición; tenía alguna otra razón. Cuál es sólo lo sabe ella. La misma misteriosa motivación hoy te ha salvado la vida o quizá, debiera decir, te la ha prolongado.

—Esta noche voy a verla —dijo Tarzán—, y sin duda la ofenderé de nuevo. Me parece que lo he hecho las dos veces que la he visto.

—No te olvides de que prácticamente te sentenció a muerte por la primera ofensa —le recordó Gemnon—. En aquellos momentos debía de estar segura de que Phobeg te mataría. Yo no volvería a molestarla.

Cuando llegaron a la ciudad, Gemnon llevó a Tarzán a sus propios aposentos del palacio. Éstos consistían en un dormitorio y un baño, además de una sala de estar que compartía con otro oficial. Allí Tarzán encontró la decoración usual: armas, escudos y cabezas en la pared, además de cuadros pintados en cuero. No vio ningún libro ni nada impreso; tampoco había señales de materiales de escritura. Quería preguntar a Gemnon por este tema, pero se dio cuenta de que no había aprendido ninguna palabra que indicara escribir o un lenguaje escrito.

El baño interesó al hombre mono. La bañera era como un ataúd hecho de arcilla cocida; las cañerías aparentemente eran de oro sólido. Se enteró por Gemnon de que el agua venía de las montañas del este de la ciudad a través de cañerías de arcilla de considerable tamaño y era distribuida por toda la ciudad de Cathne.

Gemnon llamó a un esclavo para que le preparara el baño y, cuando Tarzán hubo terminado, le aguardaba una comida en la sala de estar. Mientras comía, y Gemnon holgazaneaba cerca, charlando, entró en la estancia otro noble. Tenía el rostro enjuto y unos ojos bastante desagradables; tampoco se mostró demasiado cordial cuando Gemnon le presentó a Tarzán.

—Xerstle y yo compartimos esto —explicó Gemnon.

—Tengo órdenes de irme —espetó Xerstle.

—¿Por qué? —preguntó Gemnon.

—Para dejar sitio a tu amigo —respondió Xerstle con hosquedad. Luego, entró en su dormitorio mascullando algo relativo a esclavos y salvajes.

—No parece complacido —observó Tarzán.

—Pero yo sí lo estoy —dijo Gemnon en voz baja—. Xerstle y yo no nos llevamos muy bien. No tenemos nada en común. Es amigo de Erot y ascendió de la nada cuando Erot se convirtió en el favorito de Nemone. Es hijo de un capataz de las minas. Si hubieran ascendido a su padre, habría sido una adquisición para la nobleza, porque es un hombre espléndido; pero Xerstle es una rata… como su amigo Erot.

—He oído decir algo de tu nobleza —dijo Tarzán—. Tengo entendido que hay dos clases de nobles y que una clase mira a la otra con desprecio, aunque un hombre de la clase inferior puede tener un título superior a muchos de los de la otra clase.

—No los miramos con desprecio si son hombres que valen la pena —replicó Gemnon—. La antigua nobleza, los leoneros de Cathne, es hereditaria; la otra es temporal, dura lo que la vida del hombre que la ha recibido como premio. En un aspecto, al menos, refleja mayor gloria en su poseedor que la nobleza hereditaria, ya que a menudo es un premio merecido. Yo soy noble por accidente de nacimiento; de no haber nacido noble, tal vez nunca hubiera llegado a serlo. Soy leonero porque mi padre lo era; poseo leones porque, más allá de lo que la memoria recuerda, un antiguo antepasado mío conducía los leones del rey a la batalla.

—¿Qué hizo Erot para ganar su patente de nobleza? —preguntó el hombre mono.

Gemnon hizo una mueca.

—Los servicios que ha prestado han sido personales; nunca ha servido al estado con distinción. Si posee alguna, es la de ser el príncipe de los

aduladores, el rey de los sicofantes.

—Tu reina parece una mujer demasiado inteligente para dejarse engañar por la adulación.

—Nadie lo es, siempre.

—No hay sicofantes entre las bestias.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Gemnon—. Erot es casi una bestia.

—Eres injusto con las bestias. ¿Alguna vez has visto a un león adulando a otra criatura para obtener su favor?

—Nunca, pero las bestias son diferentes —arguyó Gemnon.

—Sí; han dejado toda la mezquindad para el hombre.

—No tienes muy buena opinión del hombre. —Tampoco la tiene el que piensa y lo compara con las bestias.

—Somos lo que hemos nacido —dijo Gemnon—; algunos son bestias, otros son hombres y otros son hombres que se comportan como bestias.

—Pero ninguno, gracias a Dios, es una bestia que se comporta como un hombre —replicó Tarzán, sonriendo.

Xerstle entró e interrumpió la conversación.

—He recogido mis cosas —dijo—. Después enviaré a un esclavo a por ellas. —Su actitud era brusca. Gemnon se limitó a hacer un gesto de asentimiento, y Xerstle se marchó.

—No parece complacido —comentó el hombre mono.

—¡Que Xarator lo tenga! —exclamó Gemnon—; aunque serviría mejor como comida para mis leones —y añadió—: si quisieran comérselo.

—¿Tienes leones? —preguntó Tarzán.

—Claro —respondió Gemnon—. Soy leonero y he de tener leones. Es una obligación de casta. Cada leonero debe tener leones de guerra para luchar al servicio de la reina. Yo tengo cinco. En tiempos de paz los utilizo para cazar y hacer carreras. Sólo la realeza y los leoneros pueden tener leones.

El sol se estaba poniendo tras las montañas que bordeaban el lado occidental del Campo de los Leones cuando un esclavo entró en el aposento con un fanal encendido que colgó en el extremo de una cadena que pendía del techo.

—Es la hora de la cena —anunció Gemnon levantándose.

—He comido —replicó Tarzán.

—Ven de todos modos; puede que te interese conocer a los otros nobles

del palacio.

Tarzán se puso de pie.

—Muy bien dijo, y salió del aposento detrás de Gemnon.

Había cuarenta nobles reunidos en un gran comedor en la planta principal del palacio cuando Gemnon y Tarzán entraron. Tomos se encontraba allí, y también Erot y Xerstle. Tarzán reconoció a varios de los otros por haberlos visto antes en la sala del consejo o en el estadio. De pronto, cuando él entró, se hizo el silencio en la reunión, como si los hombres hubieran sido interrumpidos mientras hablaban de él o de Gemnon.

—Éste es Tarzán —anunció Gemnon como presentación mientras le conducía a la mesa.

Tomos, que estaba sentado a la cabeza de la mesa, no pareció complacido. Erot fruncía el entrecejo; fue él quien habló primero.

—Esta mesa es para nobles —dijo—, no para esclavos.

—Por su proeza y la gracia de su majestad la reina, este hombre está aquí como invitado mío —dijo Gemnon tranquilamente—. Si alguno de mis iguales desaprueba su presencia, estoy dispuesto a discutir el asunto con la espada —y se volvió a Tarzán—. Como este hombre se sienta a la mesa con nobles de mi rango, me disculpo por la conclusión que pretendía que sacaras de sus palabras. Espero que no te ofendas.

—¿Acaso el chacal ofende al león? —preguntó el hombre mono.

La comida no fue en absoluto un éxito social. Erot y Xerstle murmuraban entre sí. Tomos no habló sino que se aplicó sin cesar al asunto de comer. Varios amigos de Gemnon entablaron conversación con Tarzán, y él encontró agradables a uno o dos, pero los demás tenían tendencia a mostrarse altivos. Posiblemente se habrían sorprendido y su actitud hacia él habría sido diferente si hubieran sabido que su invitado era un noble de Inglaterra, pero esto poco les habría impresionado ya que ninguno de ellos había oído hablar jamás de Inglaterra. Sin embargo, Tarzán no les dijo nada de ello. No le importaba lo que pensaran, y así la comida avanzó con muchos silencios.

Cuando Tomos se levantó y los otros fueron libres de marcharse, Gemnon condujo a Tarzán a los aposentos de la reina después de regresar a los suyos para ponerse una cota de malla más elaborada, casco y equipo.

—No te olvides de arrodillarte cuando estemos en presencia de Nemone —le previno Gemnon—, y no hables hasta que ella se dirija a ti.

Un noble les recibió en una pequeña antesala donde les dejó mientras iba a anunciar su presencia a la reina, y mientras esperaban los ojos de Gemnon observaron al extraño que se mantenía tranquilo cerca de él.

—¿No estás nervioso? —le preguntó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó a su vez el hombre mono.

—He visto a los guerreros más valientes temblar cuando han sido convocados a presencia de Nemone —explicó su compañero.

—Nunca he temblado —replicó Tarzán—. ¿Cómo se hace?

—Quizá Nemone te enseñe a temblar.

—Quizá, pero ¿por qué iba a temblar por ir a donde el chacal no tiembla?

—No entiendo lo que quieres decir con eso dijo Gemnon, confundido.

—Erot está ahí dentro.

Gemnon sonrió.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Lo sé —dijo Tarzán; no le pareció necesario explicar que cuando el noble había abierto la puerta su sensible olfato había captado el rastro de olor del favorito de la reina.

—Espero que no —dijo Gemnon, con expresión preocupada—. Si está ahí, puede que se trate de una trampa de la que jamás saldrás vivo.

—Podría temer a la reina —dijo Tarzán—, pero no al chacal.

—Estaba pensando en la reina.

El noble regresó a la antesala. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza en dirección a Tarzán.

—Su majestad te recibirá ahora —anunció—. Puedes retirarte, Gemnon; tu presencia no es necesaria. —Luego, se volvió una vez más al hombre mono—. Cuando abra la puerta y te anuncie, entra en la sala y arrodíllate. Permanece arrodillado hasta que la reina te indique que te pongas de pie, y no hables hasta que su majestad se haya dirigido a ti. ¿Me oyes?

—Te oigo —respondió Tarzán—. ¡Abre la puerta!

Gemnon, que salía de la antesala por otra puerta, lo oyó y sonrió; pero el noble no sonrió, frunció el entrecejo. El bronceado gigante le había hablado en tono de mando, pero el noble no sabía qué hacer, así que abrió la puerta. Pero se vengó, o al menos pensó que lo hacía.

—¡El esclavo, Tarzán! —anunció en voz alta.

El señor de la jungla entró en la sala contigua, la cruzó hasta el centro y

permaneció erguido, mirando en silencio a Nemone. No se arrodilló. Erot estaba erguido al pie de un diván en el que la reina estaba reclinada sobre mullidos almohadones. La reina observó a Tarzán con sus ojos profundos sin cambiar de expresión, pero Erot puso ceño y ordenó con enojo:

—¡Arrodíllate, necio!

—¡Silencio! —espetó Nemone—. Soy yo quien da órdenes.

Erot enrojeció y toqueteó la empuñadura dorada de su espada. Tarzán no habló ni se movió, ni apartó sus ojos de los de Nemone. Aunque ya la consideraba bella, ahora la encontró aún más espléndida de lo que había creído posible.

—No te volveré a necesitar esta noche, Erot —dijo Nemone—; puedes irte.

Erot palideció y luego enrojeció violentamente. Iba a hablar, pero pensó que sería mejor no hacerlo; luego, retrocedió hasta la puerta, hizo una reverencia hincando una rodilla, se levantó y se marchó.

Cuando Tarzán hubo cruzado el umbral, sus ojos observadores se habían fijado en todos los detalles del interior de la sala casi de un solo vistazo. La cámara no era grande, pero era magnífica en su concepción y sus adornos. Columnas de oro sólido soportaban el techo, las paredes estaban cubiertas de losas de marfil, el suelo era un mosaico de piedras de colores sobre las que había alfombras de material de color y pieles de animales, entre las cuales había una que llamó al instante la atención del hombre mono: la piel de un hombre curtida con cabeza y todo.

En las paredes había pinturas, en su mayor parte muy toscas, y la acostumbrada fila de cabezas de animales y hombres, y en un extremo de la sala había un gran león encadenado entre dos columnas dóricas de oro. Era un león de gran tamaño con un mechón de cabello blanco en la melena, directamente en el centro del pescuezo. Cuando Tarzán entró en la sala, el león le miró con ojo malévolo; Erot apenas había salido y cerrado la puerta tras de sí cuando la bestia se puso en pie de un salto, lanzado un fuerte rugido, y se abalanzó sobre el hombre mono. La cadena le detuvo y el animal se dejó caer, rugiendo.

—A Belthar no le gustas —dijo Nemone, que había permanecido impasible cuando la bestia dio el salto. También observó que Tarzán no se había sobresaltado ni había dado muestra alguna de haber oído o visto al león; y esto le complacía a Nemone.

—No hace más que reflejar la actitud de todos los cathneos —dijo

Tarzán.

—No es cierto —le contradijo Nemone.

—¿No?

—A mí me gustas —dijo Nemone con voz baja y acariciadora—. Hoy me has desafiado ante mi pueblo, en el estadio, pero no he hecho que te destruyeran. ¿Supones que te habría permitido vivir si no me gustaras? No te arrodillas ante mí. Nadie en el mundo se ha negado jamás a hacerlo. Nunca he visto a un hombre como tú. No te entiendo. Estoy empezando a pensar que no me entiendo a mí misma. El leopardo no se convierte en una oveja en cuestión de horas; sin embargo, tengo la sensación de que he cambiado desde que te he visto por primera vez; pero no es sólo porque me gustas. Creo que hay más, hay algo misterioso en ti que no puedo adivinar. Me pica la curiosidad.

—Y cuando la hayas satisfecho, ¿me matarás tal vez? —preguntó Tarzán, con una semisonrisa en los labios.

—Tal vez —admitió Nemone con una risa baja—. Ven, siéntate a mi lado. Quiero hablar contigo; quiero saber más cosas de ti.

—Me ocuparé de que no te enteres de muchas —le aseguró Tarzán mientras cruzaba la sala hasta el diván y se sentaba frente a ella; Belthar rugía y tiraba de la cadena que lo sujetaba.

—En tu país no eres esclavo —dijo Nemone—, pero no necesito preguntarte eso; tus actos lo demuestran. ¿Quizás eres rey?

Tarzán negó con la cabeza.

—Soy Tarzán —dijo, como si esto lo explicara todo, situándole por encima de los reyes.

—¿Eres leonero? Tienes que serlo —insistió la reina.

—Eso no me haría ni mejor ni peor; entonces, ¿qué importa? Podrías hacer rey a Erot, pero seguiría siendo Erot.

De pronto Nemone frunció el entrecejo y su semblante se ensombreció.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó. Había un ápice de ira en su tono.

—Quiero decir que un título de nobleza no hace noble a un hombre; puedes llamar chacal a un león, pero seguirá siendo un chacal.

—¿No sabes que se supone que estoy muy satisfecha de Erot —preguntó— o que puedes hacerme perder la paciencia?

Tarzán se encogió de hombros.

—Tienes un gusto execrable.

Nemone se irguió. Echaba fuego por los ojos.

—¡Debería haberte hecho matar! —exclamó.

Tarzán no dijo nada, se limitó a mantener sus ojos fijos en los de ella. Nemone no sabía si se burlaba de ella. Por fin, se hundió de nuevo en los almohadones con gesto de resignación.

—¿De qué sirve? —preguntó—. Probablemente, matarte no me daría ninguna satisfacción, y ya debería estar acostumbrada a que me insultes.

—A lo que no estás acostumbrada es a oír la verdad. Todo el mundo te tiene miedo. La razón por la que te intereso tanto es que a mí no me das miedo. Podría hacerte bien escuchar la verdad más a menudo.

—¿Por ejemplo?

—No voy a emprender la ingrata tarea de regenerar a la realeza —le aseguró Tarzán con una carcajada.

—Dejemos de discutir. Nemone te perdona.

—Yo no discuto —dijo Tarzán—; sólo discuten el débil y el que se equivoca.

—Ahora, responde a mi pregunta: ¿eres leonero en tu país?

—Soy un noble —respondió el hombre mono—, pero te diré que eso significa poco; un zapador puede convertirse en noble si reúne suficientes votos, o un rico cervecero si entrega una gran suma de dinero al partido político que está en el poder.

—¿Y qué eres tú —preguntó Nemone—, un zapador o un rico cervecero?

—Ninguna de las dos cosas —dijo Tarzán riéndose.

—Entonces, ¿cómo es que eres noble? —insistió la reina.

—Por una razón incluso inferior a ésas —admitió el hombre mono—. No soy noble por ningún mérito propio, sino por un accidente de nacimiento. Durante muchas generaciones, mi familia ha sido noble.

—¡Ah! —exclamó Nemone—. Es lo que creía; ¡eres leonero!

—¿Y qué? —preguntó Tarzán.

—Eso simplifica las cosas —explicó ella, pero no dio más explicaciones y Tarzán no comprendió ni preguntó qué significaba aquello. En realidad, el asunto no le interesaba en lo más mínimo.

Nemone le tendió una mano y la puso sobre la de él, una mano suave y cálida que temblaba un poquito.

—Voy a darte tu libertad —dijo—, pero con una condición.

—¿Y cuál es? —preguntó el hombre mono.

—Que te quedes aquí, que no intentes abandonar Onthar… o a mí. —Su voz era ansiosa y un poquito ronca, como si hablara reprimiendo la emoción.

Tarzán permaneció callado. Nunca hacía promesas, y por eso no dijo nada. También se daba cuenta de lo fácil que sería quedarse si Nemone le invitaba a hacerlo. Aquella mujer le fascinaba, parecía ejercer una sutil influencia, misteriosa, hipnótica; sin embargo, estaba decidido a no hacer ninguna promesa.

—Te haré noble de Cathne —susurró Nemone. Se había vuelto a erguir y tenía el rostro próximo al de Tarzán. Él notaba la calidez de su cuerpo; el aura de algún perfume exótico en su olfato; los dedos cerrados en su brazo con una fuerza que dolía—. Te haré hacer cascos de oro y cotas de malla de marfil, los más magníficos de Cathne; te daré leones, cincuenta, cien; serás el noble más rico, el más poderoso de mi corte.

El señor de la jungla se sentía debilitar bajo el hechizo de aquellos ojos ardientes.

—No quiero esas cosas —dijo.

El suave brazo de la mujer le rodeó el cuello. Una luz tierna, nueva en ellos, asomó a los ojos de Nemone, la reina de Cathne.

—¡Tarzán! —susurró.

Y entonces se abrió una puerta en el otro extremo de la sala y entró una negra. Había sido muy alta, pero ahora era una anciana encorvada; su pelo era blanco y escaso. Sus labios marchitos estaban torcidos en algo que podía ser una mueca o una sonrisa, dejando al descubierto sus encías desdentadas. Se quedó en el umbral de la puerta, apoyada en un cayado y meneando la cabeza, como una vieja bruja.

Ante esta interrupción, Nemone se irguió y miró alrededor. La expresión que había transformado y suavizado su semblante desapareció y fue sustituida por una repentina oleada de rabia, no expresada pero no menos terrible.

La vieja arpía dio unos golpes en el suelo con el cayado; su cabeza asentía sin cesar como la de una muñeca grotesca y horrible, y sus labios estaban contraídos, en lo que Tarzán vio que no era una sonrisa sino una mueca espantosa.

—¡Ven! —ordenó—. ¡Ven! ¡Ven! ¡Ven!

Nemone se puso en pie de un salto y se enfrentó a la mujer.

—¡M'duze! —gritó—. ¡Podría hacerte matar! ¡Podría hacerte pedazos!

¡Vete de aquí!

Pero la anciana siguió dando golpes con su cayado y gritó:

—¡Ven! ¡Ven! ¡Ven!

Lentamente, Nemone se acercó a ella. Como atraída por un poder invisible e irresistible, la reina cruzó la sala, la vieja bruja se hizo a un lado y la reina traspasó el umbral para penetrar en la oscuridad de un corredor. La anciana volvió sus ojos a Tarzán y, gruñendo, cruzó la puerta detrás de Nemone. La puerta se cerró en silencio tras ellas.

Tarzán se había levantado al hacerlo Nemone. Por un instante vaciló y luego dio un paso hacia la puerta para ir tras la reina y la vieja arpía; entonces oyó que se abría una puerta un paso detrás de él y se volvió para ver al noble que le había llevado a presencia de Nemone de pie junto a la puerta.

—Puedes regresar a los aposentos de Gemnon —anunció el noble educadamente.

Tarzán se sacudió como lo haría un león; se llevó una mano a los ojos como alguien a quien la neblina le ha enturbiado la vista; luego, exhaló un profundo suspiro y se dirigió hacia la puerta mientras el noble se apartaba para dejarle pasar, pero si fue un suspiro de alivio o de pesar, ¿quién lo puede saber?

Cuando el señor de la jungla salió de la sala, Belthar dio un salto y tiró de sus cadenas con un estruendoso rugido.



**…Belthar dio un salto y tiró de sus cadenas.**

## XI

LOS LEONES DE CATHNE

CUANDO Gemnon entró en la sala de estar de sus aposentos, a la mañana siguiente de la audiencia de Tarzán con Nemone, encontró al hombre mono de pie junto a la ventana contemplando los jardines del palacio.

—Me alegro de verte aquí esta mañana —dijo el cathneo.

—Y supongo que te sorprende —dijo el señor de la jungla.

—No me habría sorprendido si no hubieras regresado —dijo Gemnon —. ¿Cómo te recibió ella? ¿Y Erot? Supongo que se alegró de que estuvieras allí.

Tarzán sonrió.

—No lo parecía, pero no importó mucho, porque la reina le hizo salir enseguida.

—¿Y estuviste a solas con ella toda la velada? —preguntó Gemnon con incredulidad.

—Belthar y yo —le corrigió Tarzán—. No parece que a Belthar le guste mucho más que a Erot.

—Sí, claro, Belthar estaba allí —comentó Gemnon—. Suele tenerlo encadenado cerca. Pero no te ofendas si no le gustaste; a Belthar no le gusta nadie vivo; le gustan los hombres muertos. Es un comedor de hombres. ¿Cómo te trató Nemone?

—Estuvo amable —le aseguró Tarzán—, no obstante, lo primero que hice fue ofender a su real majestad.

—¿Y eso fue todo? —preguntó Gemnon.

—Me quedé de pie aunque tenía que arrodillarme —explicó Tarzán.

—¡Pero te dije que te arrodillaras! —exclamó Gemnon.

—También me lo dijo el noble en la puerta.

—¿Y te olvidaste?

—No.

—¿Te negaste a arrodillarte? ¡Y no te hizo destruir! Es increíble.

—Pero es cierto, y me ofreció hacerme noble y darme cien leones.

Gemnon meneó la cabeza.

—¿Qué encantamiento has hecho para cambiar a Nemone?

—Ninguno; fui yo el que quedó hechizado. Te he dicho estas cosas porque no las entiendo. Tú eres el único amigo que tengo en Cathne, y he venido a ti para que me expliques muchas cosas misteriosas de mi visita a la reina anoche; dudo que yo o cualquiera pueda entender jamás a esa mujer. Puede ser tierna o terrible, débil o fuerte en cuestión de segundos. Un instante es autócrata, y al siguiente la obediente vasalla de una esclava.

—¡Ah! —exclamó Gemnon—, ¡viste a M'duze! Seguro que no estuvo muy cordial.

—No —admitió el hombre mono—. En realidad, no me prestó ninguna atención; simplemente, ordenó a Nemone que saliera de la habitación, y Nemone salió. Lo notable del asunto es que, aunque la reina no quería irse y se enfadó, obedeció dócilmente a la anciana negra.

—Hay muchas leyendas en torno a M'duze —dijo Gemnon—, pero hay una que se rumorea con más frecuencia que las otras, aunque puedes estar seguro de que sólo se cuenta en susurros y sólo entre amigos de confianza.

»M'duze fue esclava en la familia real desde la época del abuelo de Nemone; entonces era una niña, unos años mayor que el hijo del rey, el padre de Nemone. Los mayores recuerdan que era una joven negra muy atractiva y la leyenda cuenta que Nemone es su hija.

»Al cabo de un año de nacer Nemone, en el décimo año del reinado de su padre, la reina murió en circunstancias extrañas y sospechosas, justo cuando iba a ser recluida. El niño nació poco antes de que la reina expirara. Se llamaba Alextar y aún vive.

—¿Y por qué no es rey? —preguntó Tarzán.

—Es una larga historia de misterio, intrigas de la corte y asesinato, quizá, de la que se supone más de lo que realmente saben más de los que aún viven. Quizá Nemone lo sabe, pero es dudoso aunque debe suponer algo cercano a la verdad.

»Inmediatamente después de la muerte de la reina, la influencia de M'duze aumentó y se hizo más aparente. M'duze favoreció a Tomos, un noble de título que en aquella época no tenía importancia, y a partir de aquel día la influencia y el poder de Tomos aumentaron. Luego, un año después de la muerte de la reina, murió el rey. Fue tan evidente que había

sido envenenado que apenas se impidió una rebelión de los nobles; pero Tomos, guiado por M'duze, los concilió echando la culpa a una esclava de la que M'duze estaba celosa y la hizo ejecutar.

»Durante diez años, Tomos gobernó como regente del niño Alextar. Durante ese tiempo, como es natural, colocó a sus seguidores en puestos importantes en el palacio y en el consejo. Alextar fue juzgado demente y encarcelado en el templo; Nemone, a la edad de doce años, fue coronada reina de Cathne.

»Erot es una criatura de M'duze y Tomos, situación que ha producido un contratiempo que sería divertido de no ser tan trágico. Tomos desea casarse con Nemone, pero M'duze no lo permitirá y, si otra teoría es correcta, su objeción está bien fundada. Esta teoría es que Tomos, y no el viejo rey, es el padre de Nemone. M'duze desea que Nemone se case con Erot, pero éste no es leonero y, de momento, la reina se ha negado a romper la antigua costumbre que exige que el gobernante se case con esta clase suprema de cathneos.

»M'duze insiste en el matrimonio para poder controlar a Erot; y desanima cualquier interés que Nemone pueda manifestar por otros hombres, lo cual, sin duda alguna, explica el que interrumpiera tu visita a la reina.

»Puedes estar seguro de que M'duze es tu enemiga, y puede serte valioso recordar que quien se ha interpuesto en el camino de la vieja arpía ha muerto de muerte violenta. Ten cuidado con M'duze, Tomos y Erot; y, como amigo, te diré en confianza: ten cuidado también de Nemone. Y ahora, olvidemos el lado cruel y sórdido de Cathne y vamos a dar ese paseo que te prometí para que veas la belleza de la ciudad y las riquezas de sus habitantes.

Gemnon condujo a Tarzán por avenidas bordeadas de viejos árboles, entre las casas bajas de color blanco y oro de los nobles, que sólo ocasionalmente podían vislumbrarse a través de aberturas con rejas en las paredes que encerraban sus espaciosos jardines. Caminaron más de un kilómetro por la calle pavimentada con losas. Los nobles con quienes se cruzaban saludaban a Gemnon, y algunos hacían una leve inclinación de cabeza a su compañero; artesanos, comerciantes y esclavos se paraban a mirar al extraño y bronceado gigante que había vencido al hombre más fuerte de Cathne.

Llegaron a un alto muro que separaba esta parte de la ciudad y la

siguiente. Enormes puertas, abiertas y protegidas por guerreros, daban a una parte de la ciudad habitada por artesanos y comerciantes. Sus terrenos eran menos espaciosos, y sus casas, más pequeñas y feas; pero en todas partes era evidente la prosperidad e incluso la riqueza.

Más allá de esa zona había otra más miserable; sin embargo, todo estaba en orden y pulcro, y no había señal alguna de pobreza ni en las gentes ni en sus hogares. Allí, como en las otras zonas de la ciudad, encontraron de vez en cuando un león manso o vagando o tumbado ante la puerta de la casa de su amo.

Después, un león a poca distancia de ellos llamó la atención del hombre mono; la bestia estaba tumbada sobre el cuerpo de un hombre al que estaba devorando.

—Vuestras calles no parecen totalmente seguras para los peatones —comentó el señor de la jungla, señalando al león con un gesto con la cabeza.

Gemnon se rió.

—Habrás observado que los peatones no parecen preocuparse mucho por ello —replicó, llamando la atención en la gente que pasaba junto al león y su presa, limitándose a apartarse para no pisarlos—. Los leones han de comer.

—¿Matan a muchos ciudadanos?

—A muy pocos. El hombre que ves aquí murió y su cadáver fue arrojado a la calle para los leones. El león no lo mató. Verás que está desnudo; esto demuestra que estaba muerto antes de que el león se apoderase de él. Cuando muere una persona, si no hay nadie que pague un cortejo funerario y si no estaba enfermo, nos deshacemos de él de este modo; los que mueren de enfermedad y los que tienen parientes que pueden pagar un cortejo funerario encuentran su última morada en Xarator, aunque también muchos de ellos son arrojados a los leones porque así se prefiere. Ya sabes que tenemos gran estima por los leones en Cathne, y ser devorado por ellos no es ninguna desgracia sino más bien lo contrario. Nuestro dios es un león.

—¿Los leones comen carne humana exclusivamente? —preguntó Tarzán.

—No. Cazamos ovejas, cabras y elefantes en Thenar para darles de comer cuando no hay suficiente carne humana para alimentarles bien; debemos evitar que tengan hambre si no queremos que se conviertan en

devoradores de hombres.

—Entonces, ¿nunca matan hombres para comerlos?

—Sí, en ocasiones; pero el león que se vuelve así es destruido y, al fin y al cabo, sólo unas cuantas viejas mascotas se sueltan en las calles. Hay unos quinientos leones dentro de la ciudad, y sólo unos cuantos se mantienen encerrados en la propiedad de su amo. Los mejores leones para carreras y para cazar se guardan en establos particulares.

»La reina tiene trescientos machos adultos; son los leones de guerra. Algunos leones de la reina se entrenan para carreras y otros para cazar. A ella le gusta cazar, y ahora que la estación lluviosa ha terminado los leones de caza de Nemone sin duda saldrán pronto al campo.

—¿De dónde sacáis tantos leones? —preguntó el hombre mono.

—Los criamos nosotros mismos —explicó Gemnon—. Fuera de la ciudad hay una planta criadora donde se guardan las hembras. Nemone la mantiene y cada leonero que tiene hembras paga una suma estipulada para su manutención. Criamos muchos leones, porque cada año mueren muchos en la caza, durante ataques y en la guerra. Verás, cazamos elefantes con ellos, y en estas cacerías muchos leones resultan muertos. Los athneos también matan a muchos cada año, cuando los llevamos a Thenar a cazar o a atacar, y algunos escapan. Muchos de ellos corren en estado salvaje por el valle y por Thenar, y algunos leones salvajes han venido de las montañas. Ésos son muy feroces.

Mientras hablaban siguieron caminando hacia el centro de la ciudad hasta que llegaron a una gran plaza rodeada de tiendas. Allí había mucha gente. Todas las clases, desde nobles hasta esclavos, se mezclaban en las tiendas y en el gran cuadrado abierto que era el mercado. Había leones sujetos por esclavos que los exhibían para venderlos para sus amos nobles que regateaban con los posibles compradores, otros nobles.

Cerca del mercado de leones estaba el bloque de los esclavos; y como cualquiera podía poseer esclavos, a diferencia de los leones, había muchas ofertas para los que deseaban comprar. Cuando Tarzán y Gemnon se detuvieron a contemplar la escena, en el bloque había un fornido galla negro. El hombre estaba completamente desnudo para que los compradores pudieran examinar si tenía defectos; su expresión era de despreocupación, aunque de vez en cuando lanzaba una mirada venenosa al propietario que iba anunciando sus virtudes.

—Por el interés que muestra —observó Tarzán—, se diría que ser

vendido como una mercancía es algo que le ocurre todas los días.

—No todos los días —dijo Gemnon—, pero no es ninguna novedad. Ha sido vendido muchas veces. Le conozco bien; fui propietario suyo.

—¡Miradle! —gritó el vendedor—. ¡Mirad esos brazos, mirad esas piernas, mirad esa espalda! Es fuerte como un elefante, y no tiene ningún defecto. Fuerte como los dientes de un león; nunca ha estado enfermo, ni un solo día de su vida. ¡Y es tan dócil que hasta un niño puede manejarle!

—Es tan obstinado que nadie puede manejarle —comentó Gemnon en voz baja al hombre mono—. Ésa es la razón por la que me deshice de él; por eso está en venta tan a menudo.

—Parece que hay muchos clientes interesados —observó Tarzán.

—¿Ves a aquel esclavo de la túnica roja? —preguntó Gemnon—. Pertenece a Xerstle y está pujando por ese tipo. Lo sabe todo de él; le conoce de cuando me pertenecía.

—Entonces, ¿por qué quiere comprarle? —preguntó el hombre mono.

—No lo sé, pero un esclavo se puede dedicar a otros usos aparte del trabajo. A Xerstle puede que no le importe el carácter de ese tipo o ni siquiera si trabajará. Si poseyera leones, pensaría que lo compraba para dárselo a comer a los leones, ya que probablemente será barato.

El esclavo de Xerstle compró el galo mientras Tarzán y Gemnon seguían caminando para mirar todas las mercancías exhibidas en las tiendas. Había muchos artículos de cuero, madera, marfil y oro; había espadas daga, lanzas, escudos, cotas de malla sin mangas, cascos y sandalias. Una tienda sólo exhibía artículos de vestir para mujeres; otras, perfumes e incienso; había tiendas de joyas, de verduras y de carne. Estas últimas mostraban carnes secas, pescado y pies de cabras y ovejas. Gemnon explicaba que las fachadas de estas tiendas tenían gruesos barrotes para impedir que los leones hicieran incursiones en ellas.

A dondequiera que iba Tarzán llamaba la atención y le seguía una pequeña multitud, pues le había reconocido en el instante que había pisado la plaza del mercado. Los chiquillos, niños y niñas se arracimaban a su alrededor mirándole con admiración, y los hombres y mujeres que habían concurrido al estadio el día anterior contaban a los que no habían ido cómo el gigante extranjero había levantado a Phobeg por encima de su cabeza y lo había arrojado al público.

—Salgamos de aquí —sugirió el señor de la jungla—; no me gustan las multitudes.

—¿Qué te parece si volvemos al palacio y vamos a ver a los leones de la reina? —sugirió Gemnon.

—Prefiero mirar a los leones que a las personas —dijo Tarzán.

Los leones de guerra de Cathne se guardaban en establos situados en los terrenos reales, a considerable distancia del palacio. El edificio era de piedra pintada de blanco; dentro, cada león tenía una jaula individual, y fuera había unos patios rodeados de altos muros de piedra en cuya parte superior había palos puntiagudos, colocados muy juntos e inclinados hacia abajo en la parte interior, que impedían que los leones escaparan. En estos patios los leones hacían ejercicio; había otra pista, más grande, donde eran entrenados por un cuerpo de guardianes bajo la supervisión de los nobles. Allí, a los leones de carreras les ponían arneses y a los leones de caza se les enseñaba a obedecer las órdenes del cazador, a seguir el rastro, a atacar y a recoger.

Cuando Tarzán entró en el establo, un conocido rastro de olor le impregnó el olfato.

—Belthar está aquí —advirtió a Gemnon.

—Es posible —respondió el noble—, pero no sé cómo lo sabes.

Cuando caminaban por delante de las jaulas, examinando a los leones que estaban dentro, Gemnon, que iba más adelante, se paró de pronto.

—¿Cómo lo haces? —preguntó—. Anoche sabías que Erot estaba con Nemone, aunque no podías verle ni nadie te había informado; y ahora sabes que Belthar está aquí.

Tarzán se acercó y se quedó al lado de Gemnon, y en el momento en que los ojos de Belthar se posaron en él, la bestia saltó contra los barrotes de su jaula en un esfuerzo por capturar al hombre mono, al tiempo que emitía un furioso rugido que estremeció el edificio.

Al instante llegaron corriendo los guardianes, seguros de que ocurría algo; pero Gemnon los tranquilizó diciéndoles que Belthar sólo hacía gala de su mal genio.

—No le caigo bien —dijo Tarzán.

—Si te alcanzara, acabaría contigo —dijo un guardián.

—Es evidente que le gustaría hacerlo —respondió el hombre mono.

—Es un león malo y devorador de hombres —dijo Gemnon cuando los guardianes se hubieron ido—, pero Nemone no quiere que lo destruyan. En ocasiones lo sueltan en la pista del palacio con alguien que ha caído en desgracia ante Nemone; ella se divierte con el sufrimiento del culpable.

»Antes era su mejor león de caza, pero la última vez que fue utilizado mató a cuatro hombres y estuvo a punto de escapar. Ya se ha comido a tres guardianes que se atrevieron a entrar en la pista con él, y se comerá a otros antes de que la buena fortuna nos libre de él.

»Se supone que Nemone tiene la superstición de que, de alguna extraña manera, su vida y la de Belthar están unidas por algún misterioso vínculo sobrenatural y que cuando uno muera el otro debe morir también. Como es natural, dadas las circunstancias, no es ni político ni seguro sugerir que se destruya a ese viejo diablo. Es extraño que haya desarrollado un desagrado tan violento hacia ti.

—He conocido a otros leones a los que no les he caído bien —dijo Tarzán.

—¡Espero que nunca te encuentres a Belthar en terreno abierto, amigo mío!

## XII

EL HOMBRE EN EL FOSO DE LOS LEONES

CUANDO Tarzán y Gemnon se alejaban de la jaula de Belthar, un esclavo se acercó al hombre mono.

—Nemone, la reina, ordena tu presencia inmediatamente —dijo—; tienes que ir a la sala de marfil. El noble Gemnon esperará en la antesala. Éstas son las órdenes de Nemone, la reina.

—¿Por qué ahora? —observó Tarzán mientras cruzaban los reales jardines encaminándose hacia el palacio.

—Nadie sabe nunca por qué es convocado a una audiencia con Nemone hasta que llega allí —comentó Gemnon—. Uno puede ir a recibir un honor o a oír su sentencia de muerte. Nemone es caprichosa. Siempre se aburre y siempre busca aliviar su aburrimiento. A menudo encuentra extrañas vías de escape que le hacen a uno preguntarse si su mente… pero no, estos pensamientos ni siquiera pueden decirse en susurros a un amigo.

Cuando Tarzán se presentó, le hicieron entrar de inmediato en la sala de marfil, donde encontró a Nemone y a Erot tal como les había encontrado la noche anterior. Nemone le saludó con una sonrisa que era casi patéticamente ansiosa; pero Erot se limitó a poner ceño, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su odio.

—Esta mañana tenemos diversión —explicó Nemone— y os hemos llamado a ti y a Gemnon para que la disfrutéis con nosotros. Un grupo que atacó Thenar uno o dos días atrás capturó a un noble athneo; vamos a divertirnos un poco con él esta mañana.

Tarzán asintió. No entendía a qué se refería y no estaba particularmente interesado. Estaba pensando en M'duze y la noche anterior, y se preguntaba qué había en la mente de aquella extraña y fascinante mujer que tenía ante sí.

Nemone se volvió a Erot.

—Ve a decirles que estamos listos —ordenó—, y asegúrate de que todo

está preparado para nosotros.

Erot enrojeció y retrocedió hacia la puerta, sin dejar de poner ceño.

—Y no es necesario que te des prisa —añadió la reina—, no estamos impacientes por presenciar la diversión. Deja que se tomen su tiempo y asegúrate de que todo esté en orden.

—Se hará como la reina ordena —respondió Erot en tono hosco.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Nemone hizo señas a Tarzán de que se sentara en el diván.

—Me temo que a Erot no le gustas —dijo, sonriendo—. Está furioso porque no te arrodillas ante mí y yo no te obligo a hacerlo. En realidad, ni yo misma sé por qué no lo hago; pero adivino por qué. Quizá tú también lo has adivinado.

—Podría haber dos razones, cualquiera de las cuales sería suficiente —respondió el hombre mono.

—¿Y cuáles son? Tengo curiosidad por saber cómo lo explicas.

—Consideración por las costumbres de un extranjero y cortesía con un invitado —sugirió Tarzán.

Nemone se quedó pensativa unos instantes.

—Sí —admitió—, las dos son buenas razones, pero ninguna de ellas tiene que ver con las costumbres de la corte de Nemone. Y prácticamente son lo mismo, así que constituyen una única razón. ¿No hay otra?

—Sí —respondió Tarzán—, hay una aún mejor, que probablemente te influye y te hace pasar por alto mi conducta.

—¿Y cuál es?

—El hecho de que no puedas hacer que me arrodille.

Una mirada dura asomó a los ojos de la reina; no era la respuesta que esperaba. Los ojos de Tarzán no abandonaron los suyos y vio diversión en ellos.

—¡Ah! ¿Por qué aguanto esto? —exclamó, y con la pregunta su ira se derritió—. No deberías tratar de que me costara tanto ser amable contigo —dijo casi suplicante—. ¿Por qué no cedes un poco? ¿Por qué no eres agradable conmigo, Tarzán?

—Deseo ser agradable contigo, Nemone —respondió—, pero no a costa del respeto de mí mismo; pero no es ésta la única razón por la que jamás me arrodillaré ante ti.

—¿Cuál es la otra razón? —preguntó ella.

—Que deseo gustarte; no te gustaría si me encogiera ante ti.

—Tal vez tengas razón —admitió, pensativa—. Todo el mundo se encoge, y verlo me desagrada; sí, me enfado cuando no se encogen. ¿Por qué es así?

—Te ofenderás si te lo digo —le advirtió el hombre mono.

—En los dos últimos días me he acostumbrado a que me ofendas —replicó ella con una mueca de resignación—, así que puedes decírmelo.

—Te enfadas si no se encogen porque no estás segura de ti misma. Deseas esta prueba evidente de su sumisión para estar constantemente segura de que eres la reina de Cathne.

—¿Quién dice que no soy la reina de Cathne? —preguntó ella al instante, a la defensiva—. Quien diga eso descubrirá que lo soy y que tengo el poder de la vida y de la muerte. Yo elijo: podría hacer que te destruyeran en un instante.

—No me impresionas —dijo Tarzán—. No he dicho que no seas la reina de Cathne, sólo que tu actitud a menudo sugiere que tienes dudas. Una reina debe estar tan segura de sí misma que siempre pueda mostrarse amable y clemente.

Por unos instantes Nemone permaneció callada, reflexionando a todas luces sobre la idea que Tarzán acababa de sugerir.

—No lo entenderían —dijo por fin—; si fuera amable y clemente creerían que soy débil, se aprovecharían de mí y, a la larga, me destruirían. Tú no les conoces. Pero tú eres diferente; puedo ser amable y clemente contigo y tú nunca intentarás aprovecharte de mi bondad; no la malinterpretarías.

»Oh, Tarzán, me gustaría que me prometieras que te quedarás en Cathne. Si lo haces, no habría nada que no pudieras obtener de Nemone, te construiría un palacio. Sería muy buena contigo; nosotros…, podrías ser muy feliz aquí.

El hombre mono meneó la cabeza.

—Tarzán sólo puede ser feliz en la jungla.

Nemone se inclinó hacia él y le agarró con fuerza por los hombros.

—Te haré feliz aquí —susurró con pasión—. No conoces a Nemone. ¡Espera! Llegará el día en que quieras quedarte… por mí.

—Erot, M'duze y Tomos puede que piensen de otro modo —le recordó Tarzán.

—¡Les odio! —exclamó Nemone—. Si esta vez interfieren, les mataré a todos; esta vez actuaré como quiera, ella no me privará de la felicidad. Pero

no hables de ella, jamás vuelvas a pronunciar su nombre ante mí. Y en cuanto a Erot —chasqueó los dedos—, aplasto un gusano bajo mi sandalia y nadie lo echa de menos. Nadie echaría de menos a Erot, y yo menos que nadie; hace tiempo que estoy harta de él. Es estúpido y egotista, pero es mejor que nada.

Se abrió la puerta y entró Erot sin ceremonia alguna; se arrodilló, pero fue algo más próximo a un gesto que a un acto completo. Nemone le miró con furia.

—Antes de entrar —dijo con frialdad—, haz que te anuncien como es debido y que expresemos el deseo de recibirte.

—Pero, majestad —objetó Erot—, no tengo costumbre de…

—Has cogido malas costumbres —le interrumpió ella—. Procura corregirlas. ¿Está lista la diversión?

—Todo está preparado, majestad —respondió Erot, cabizbajo.

—¡Vamos, pues! —ordenó Nemone, haciendo seña a Tarzán de que la siguiera.

En la antesala encontraron a Gemnon que esperaba, y la reina le señaló que les acompañara. Precedidos y seguidos por guardias armados, los tres pasaron por varios corredores y varias habitaciones, y luego subieron una escalinata hasta el segundo piso del palacio. Allí fueron conducidos a una galería que daba a un pequeño patio cercado. Las ventanas que daban a este patio desde la primera planta del edificio tenían gruesos barrotes, y de debajo del parapeto, detrás del cual se sentaron la reina y su grupo, sobresalían unas afiladas estacas que daban al patio el aspecto de una pista en miniatura para animales salvajes.

Cuando Tarzán miró abajo, preguntándose cuál sería la naturaleza de la diversión, se abrió una puerta que había en un extremo y salió un joven león, parpadeando a la luz del sol y mirando alrededor. Cuando vio a los que estaban en la tribuna, mirándole, lanzó un rugido.

—Será un buen león —observó Nemone—. Desde que era cachorro ha sido malo.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Tarzán—. O mejor dicho, ¿qué hará?

—Nos divertirá —respondió Nemone—. Después, pondrán un enemigo de Cathne en el foso, con él, el hombre capturado en Thenar.

—¿Y si mata al león le darás la libertad? —preguntó Tarzán.

Nemone se echó a reír.

—Te prometo que se la daré, pero no matará al león.

—Tal vez lo haga —dijo Tarzán—. Muchos hombres han matado leones antes.

—¿Con sus propias manos? —le preguntó Nemone.

—¿Quieres decir que el hombre no irá armado? —preguntó Tarzán a su vez con incredulidad.

—Claro que no —exclamó Nemone—. No lo ponen ahí para matar o herir a un buen león joven, sino para que muera.

—¡Entonces no tiene ninguna posibilidad! ¡Esto no es deporte, es un asesinato!

—Quizá te gustaría bajar y defenderle —se burló Erot—. La reina daría su libertad al hombre si un campeón matara al león, pues ésta es la costumbre.

—Es una costumbre sin precedentes desde que soy reina —terció Nemone—. Es cierto que es una ley de la pista, pero todavía tengo que ver a un campeón ofrecerse voluntario para correr ese riesgo.

El león se paseaba por el patio y se quedó directamente debajo de la tribuna, mirándoles con ojos fieros. Era una bestia espléndida, joven pero completamente formada.

—Será una bestia perversa —observó Gemnon.

—Ya lo es —declaró la reina—. Iba a hacer de él un león de carreras, pero después de matar a un par de entrenadores decidí que fuera león de caza. Ahí está el athneo. —Señaló hacia la pista. Es un joven muy atractivo.

Tarzán miró la fornida figura que se hallaba de pie en el lado opuesto de la pequeña pista, aguardando valientemente su sino; entonces, el león volvió despacio la cabeza en la dirección de la presa que aún no había visto. En aquel mismo instante, Tarzán cogió la empuñadura de la daga espada de Erot, sacó el arma de su vaina y, subiéndose al parapeto, saltó sobre el león.

Tan rápido y silencioso había sido que ninguno de los presentes se dio cuenta de sus intenciones hasta que las hubo cumplido. Gemnon soltó una exclamación de asombro; Erot, de alivio; mientras que Nemone gritaba con auténtico terror y alarma. Inclinándose sobre el parapeto, la reina vio al león luchando por desgarrar el cuerpo que le había aplastado al suelo o escapar de él. Los horribles rugidos de la bestia resonaban en los estrechos confines del foso, y mezclados con ellos estaban los rugidos del hombre bestia que llevaba en su lomo. Un bronceado brazo rodeaba el melenudo

cuello del carnívoro, dos poderosas piernas estaban enlazadas en su parte media y la afilada punta de la espada de Erot aguardaba el instante oportuno para clavarse en el salvaje corazón. El athneo corría hacia las dos bestias luchadoras.

—¡Por Thoos! —exclamó Nemone—. Si el león le agarra, le destrozará. ¡No debe matarle! ¡Baja ahí, Erot, ayúdale! ¡Gemnon, ve con él!

Gemnon no esperó; se subió al parapeto y saltó. Erot se quedó atrás.

—Que se cuide solo —rezongó.

Nemone se volvió a la guardia que estaba detrás de ella. Estaba pálida de miedo por Tarzán y de ira y disgusto con Erot.

—¡Arrojadle al foso! —ordenó, señalando a su favorito, que estaba encogido de miedo; pero Erot no esperó a ser arrojado y un instante después había seguido a Gemnon a la pista.

Ni Erot, ni Gemnon ni el hombre de Athne necesitaban salvar a Tarzán del león, pues ya había hundido la espada en el costado de la bestia. Dos veces más la punta se hundió en el corazón salvaje antes de que la rugiente bestia se desplomara en las losas blancas y su fuerte voz fuera acallada para siempre.

Entonces Tarzán se puso de pie. Por un instante los hombres que le rodeaban, la reina que se inclinaba sobre el parapeto, la ciudad de oro, todo quedó olvidado. Aquel hombre no era un lord inglés sino una bestia de la jungla que había matado a su presa. Con un pie sobre el cuerpo del león, el hombre mono alzó el rostro a los cielos y del corazón del palacio de Nemone brotó el espantoso grito de victoria del simio macho que acaba de matar.

Gemnon y Erot se estremecieron y Nemone se echó hacia atrás con terror; pero el athneo no se inmutó, había oído antes ese grito salvaje. Era Valthor. Y entonces Tarzán se volvió; todo el salvajismo desapareció de su semblante cuando puso una mano sobre el hombro de Valthor.

—Volvemos a encontrarnos, amigo mío —dijo.

—¡Y una vez más me has salvado la vida! —exclamó el noble athneo.

Los dos hombres habían hablado en voz baja para que no llegara a oídos de Nemone ni de los otros que estaban en la tribuna; Erot, temeroso de que el león no estuviera muerto, había corrido al otro extremo del patio, donde estaba escondido tras una columna; que Gemnon les hubiera oído no preocupaba a Tarzán, pues confiaba en el joven cathneo. Pero los demás no

debían saber que conocía a Valthor, o inmediatamente se reavivaría la vieja historia de que Tarzán había venido de Athne para asesinar a Nemone y sólo un milagro podría salvarles.

Aún con la mano sobre el hombro de Valthor, Tarzán volvió a hablar rápidamente en un susurro.

—No han de saber que nos conocemos —dijo—. Algunos buscan una excusa para matarme; pero en lo que se refiere a ti, no tienen que buscar ninguna.

Nemone estaba dando órdenes a los que la rodeaban.

—Bajad y dejad salir a Tarzán de la pista, a Tarzán y a Gemnon; enviádmelos. Erot puede ir a sus aposentos hasta que yo ordene otra cosa, no deseo volver a verle. Llevad al athneo a su celda otra vez; más tarde decidiré cómo será destruido.

Hablaba en el tono imperioso de alguien acostumbrado a la absoluta autoridad y obediencia implícita, y su voz llegó claramente a oídos de los hombres que estaban en la pista. Sus palabras provocaron un escalofrío de miedo en Erot, que veía desaparecer su influencia y recordó historias que había oído del destino de otros favoritos reales que habían durado más que su encanto. A su astuto cerebro acudieron una docena de planes para rehabilitar su persona, y cada uno se basaba en la eliminación del gigante que le había sustituido en los afectos de la reina. Acudiría a Tomos, a M'duze; ninguno de ellos permitiría que el extranjero ocupara el lugar de Erot en los consejos de Nemone y se convirtiera en un poder tras el trono.

Tarzán oyó las órdenes de la reina con sorpresa y resentimiento, y, girándose en redondo, la miró.

—Este hombre es libre según tus palabras —le recordó—. Si es devuelto a una celda, yo iré con él, pues le he dicho que sería libre.

—Haz lo que te plazca —gritó Nemone—, es tuyo. Pero ven conmigo, Tarzán. Creía que te matarían y aún estoy asustada.

Erot y Gemnon oyeron estas palabras con emociones muy diferentes; los dos reconocieron que señalaban un cambio en los asuntos de la corte de Cathne. Gemnon anticipaba los efectos de una mejor influencia inyectada en los consejos de Nemone y estaba complacido. Erot vio desmoronarse la frágil estructura de su poder temporal y de su autoridad. Ambos quedaron atónitos ante esta repentina revelación de una nueva Nemone, a la que ninguno había visto jamás inclinarse ante la autoridad de otra persona que no fuera M'duze.

Acompañado por Gemnon y Valthor, Tarzán regresó a la tribuna donde Nemone, recobrada la compostura, les esperaba. Por un instante, movida por la excitación y el miedo por la seguridad de Tarzán, había revelado un lado femenino de su carácter que pocos jamás habían siquiera sospechado que poseía; pero pronto volvió a ser la reina. Examinó a Valthor con arrogancia y, no obstante, con interés.

—¿Cómo te llamas, athneo? —preguntó.

—Valthor —respondió él, y añadió—, de la casa de Xanthus.

—Conocemos esa casa —observó Nemone—; su jefe es consejero del rey. Es una casa noble y próxima a la línea real en sangre y autoridad.

—Mi padre es el jefe de la casa de Xanthus —dijo Valthor.

—Tu cabeza habría sido un noble trofeo para nuestras paredes —suspiró Nemone—, pero hemos hecho la promesa de que serás liberado.

—Mi cabeza habría sido honrada al estar entre los trofeos de su majestad —declaró Valthor, con el más débil asomo de una sonrisa en los labios—, pero tendrá que contentarse y esperar una ocasión más propicia.

—Esperaremos con ansia ese momento —comentó Nemone—, pero entretanto, nos ocuparemos de que una escolta te devuelva a Athne, y espero que tengas mejor fortuna la próxima vez que caigas en nuestras manos. Mañana, a primera hora, te devolveremos a tu país.

—Doy las gracias a su majestad —dijo Valthor—. Estaré preparado, y cuando me vaya, me llevaré conmigo, para toda la vida, el recuerdo de la graciosa y bella reina de Cathne.

—Nuestro noble Gemnon será tu anfitrión hasta mañana —anunció Nemone—. Llévale a tus aposentos, Gemnon, y haz saber que es invitado de Nemone y nadie debe causarle daño.

Mientras atravesaban el palacio, la reina no precedió a su acompañante como señalaba la etiqueta de la corte, sino que iba a su lado, mirándole a la cara mientras hablaba.

—He tenido miedo, Tarzán —le confió—. No es frecuente que Nemone se asuste del peligro de otro, pero cuando te he visto saltar a la pista con el león, el corazón se me ha paralizado. ¿Por qué lo has hecho, Tarzán?

—Me desagradaba lo que veía —respondió el hombre mono escuetamente.

—¡Te desagradaba! ¿Qué quieres decir?

—La cobardía de la autoridad que permitía que un hombre desarmado y completamente indefenso fuera obligado a estar en la pista con un león —

explicó Tarzán con sinceridad.

Nemone enrojeció.

—Sabes que esa autoridad soy yo —dijo fríamente.

—Claro que lo sé —replicó el hombre mono—, pero eso sólo lo hace más odioso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con aspereza—. ¿Tratas de hacerme perder la paciencia? Si me conocieras mejor, sabrías que eso no es seguro, ni siquiera para ti, ante quien ya me he humillado.

—No pretendo poner a prueba tu paciencia —respondió el hombre mono con calma—, pues ni me interesan ni me preocupan tus poderes de autocontrol. Simplemente, me sorprende que alguien tan bello pueda ser al mismo tiempo tan despiadado. Si fueras un poquito más humana, Nemone, serías irresistible.

El rubor desapareció del rostro de la reina y la ira de sus ojos; siguió andando en silencio, introspectiva de pronto, y cuando llegaron a la antesala que daba a sus aposentos privados, se paró en el umbral y puso una mano, suavemente, en el brazo del hombre que tenía a su lado.

—Eres muy valiente —dijo—. Sólo un hombre muy valiente habría saltado a la pista con el león para salvar a un extraño; pero sólo el más valiente de los valientes se habría atrevido a hablar a Nemone como tú lo has hecho, pues la muerte que ocasiona el león sería misericordiosa en comparación con la que Nemone ordena cuando ha sido ofendida. Sin embargo, quizá sabías que te perdonaría. Oh, Tarzán, ¿qué magia has ejercido para tener semejante poder sobre mí? —Le cogió la mano y le llevó hacia la puerta de sus aposentos.— Aquí dentro, solos tú y yo, enseñarás a Nemone a ser humana. —Cuando la puerta se abrió, había una nueva luz en los ojos de la reina de Cathne, una luz más suave que jamás había brillado en aquellas hermosas profundidades; y después desapareció, para ser sustituida por un destello frío y duro de amargura y odio. Frente a ellos, en el centro de la estancia, se hallaba M'duze.

Estaba de pie, encorvada y horrible, meneando la cabeza y dando golpecitos en el suelo de piedra con su cayado. No pronunció palabra alguna, pero les inmovilizó a los dos con su hosca mirada. Como atrapada por un poder al que era incapaz de resistirse, Nemone avanzó lentamente hacia la vieja arpía, dejando a Tarzán fuera, en el umbral de la puerta. Lenta y silenciosamente la puerta se cerró tras ellos. El hombre mono oía los golpecitos del cayado en el mosaico de piedras de colores.

## XIII

ASESINO EN LA NOCHE

UN GRAN león procedente del sur avanzaba en silencio por la frontera de Kaffa. Si seguía un rastro, la fuerte lluvia que había puesto fin a la estación lluviosa debía de haberlo borrado hacía tiempo; sin embargo, siguió adelante con una seguridad que no dejaba lugar a dudas.

¿Por qué estaba allí? ¿Qué le había impulsado, contrariamente a los hábitos y costumbres de los de su especie, a realizar aquel largo y arduo viaje? ¿Adónde iba? ¿Qué o a quién buscaba? Sólo él, Numa, el león, el rey de las bestias, lo sabía.

En sus aposentos del palacio, Erot se paseaba, furioso y desconsolado. Xerstle, sentado en un banco, con las piernas separadas, se hallaba absorto en sus pensamientos. Los dos hombres hacían frente a una crisis y estaban aterrados. Si Erot había perdido definitivamente el favor de la reina, Xerstle sería arrastrado con él, de eso no cabía duda.

—Pero seguro que hay algo que puedas hacer —insistía Xerstle.

—He visto a Tomos y a M'duze —respondió Erot con hastío—, y han prometido ayudarme. Significa tanto para ellos como para mí. Pero Nemone está encaprichada con ese extranjero. Ni siquiera M'duze, que la conoce de toda la vida, la ha visto nunca tan afectada por una pasión como ahora. Incluso creo que es posible que no pueda controlar a la reina frente a su descabellado apego por el bárbaro desnudo.

»Nadie conoce a Nemone mejor que M'duze, y te lo digo, Xerstle, esa vieja arpía está asustada. Nemone la odia, y si los intentos de apagar esta nueva pasión despiertan su ira lo suficiente, es posible que se lleven el miedo que la reina tiene de M'duze y la destruya. Esto es lo que M'duze teme. Y puedes imaginar lo aterrado que está el viejo Tomos. Sin M'duze él estaría perdido, pues Nemone le tolera sólo porque M'duze se lo exige.

—Pero tiene que haber alguna manera —insistió Xerstle.

—No la habrá mientras ese tipo, Tarzán, pueda derretir el corazón de

Nemone —replicó Erot—. ¡Si ni siquiera se arrodilla ante ella! Y le habla como lo haría una arrogante esclava. ¡Por la cabellera de Thoos! Creo que si le diera una patada le gustaría.

—¡Sí, hay una manera! —exclamó Xerstle de pronto en un susurro—. ¡Escucha! —Y se lanzó a dar una detallada explicación de su plan.

Erot se sentó a escuchar a su amigo, con una expresión de arrobado interés en el rostro. Una esclava salió del dormitorio de Xerstle, cruzó la sala de estar donde los dos hombres estaban hablando y salió al corredor; pero tan absortos estaban Erot y Xerstle que ninguno de los dos se dio cuenta de que había entrado o salido.

Aquella noche, en sus aposentos, Gemnon y Tarzán compartieron la última comida del día, pues a ninguno de los dos les había gustado la idea de comer de nuevo con los otros nobles. Valthor dormía en el dormitorio, pues había pedido que no le molestaran hasta el día siguiente.

—Cuando hayas desplazado definitivamente a Erot será diferente —explicó Gemnon—. Se pavonearán ante ti, te colmarán de atenciones y estarán atentos a todos tus caprichos.

—Eso no ocurrirá nunca —espetó el hombre mono.

—¿Por qué no? —le preguntó su compañero—. Nemone está loca por ti. No hay nada que no hiciera por ti, absolutamente nada. Podrías mandar en Cathne si quisieras.

—Pero no quiero —replicó Tarzán—. Nemone puede que esté loca, pero yo no. Y aunque lo estuviera, nunca lo estaría tanto como para aceptar un cargo que ha ocupado Erot. La idea me repugna; hablemos de algo agradable.

—Muy bien —aceptó Gemnon con una sonrisa—. Quizá piense que eres tonto, pero admito que no puedo dejar de admirar tu valor y tu honradez.

»Y ahora, algo más agradable. ¡Algo mucho más agradable! Esta noche voy a llevarte de visita. Te llevaré a ver a la muchacha más bella de Cathne.

—Creía que no podía haber en Cathne ninguna mujer más bella que la reina —objetó Tarzán.

—No la habría si Nemone conociera su existencia —respondió Gemnon—, pero, por fortuna, no lo sabe; nunca ha visto a esa chica, y que Thoos no permita que jamás la vea.

—Estás muy interesado —observó el hombre mono, sonriendo.

—Estoy enamorado de ella —explicó simplemente Gemnon.

—¿Y Nemone no la ha visto nunca? Creía que era una situación dificil de mantener, pues Cathne no es grande; y si la chica es de la misma clase que tú, otros hombres han de conocer su belleza. Cabría esperar que la noticia llegara a oídos de Nemone.

—Esta chica de la que te hablo está rodeada de amigos muy leales —dijo Gemnon—. Es Doria, la hija de Thudos. Su padre es un noble muy poderoso; es cabeza de la facción que desea colocar a Alextar en el trono. Sólo el hecho de que Nemone conoce su gran poder le conserva la vida, pero debido a las tensas relaciones que existen entre Nemone y la casa de él, ni él ni los miembros de su familia están a menudo en la corte. Así ha sido más fácil impedir que se enterara de la gran belleza de Doria.

Cuando los dos hombres salían del palacio poco después, se tropezaron inesperadamente con Xerstle, que se mostró muy efusivo en sus saludos.

—¡Enhorabuena, Tarzán! —exclamó, deteniendo a sus compañeros—. Ha sido una hazaña de lo más noble lo que has hecho esta mañana en el foso de los leones. Todo el palacio habla de ello, y déjame ser de los primeros en decirte cuánto me alegro de que te hayas ganado la confianza de nuestra graciosa y bella reina por tu valentía, fuerza y magnanimidad.

Tarzán asintió en reconocimiento a la declaración del hombre e hizo ademán de proseguir, pero Xerstle le retuvo con un gesto.

—Hemos de vernos más —dijo—. Estoy preparando una gran cacería, y quiero tenerte como invitado de honor. Seremos pocos, un grupo muy selecto, y te aseguro que lo pasarás bien. Cuando todo esté preparado, te haré saber el día de la cacería; y, ahora, adiós y buena suerte.

—Me importa un comino él o su gran cacería —dijo Tarzán cuando él y Gemnon siguieron su camino hacia la casa de Doria.

—Quizá sería bueno aceptar —aconsejó Gemnon—. Ese tipo y sus amigos estarán observando, y si estás con ellos podrás vigilarles mucho mejor.

Tarzán se encogió de hombros.

—Si todavía estoy aquí, iré con él si te parece que es lo mejor.

—¡Si aún estás aquí! —exclamó Gemnon—. No esperarás marcharte de Cathne, ¿verdad?

—Claro que sí —replicó Tarzán—. Me iré cualquier día, o noche; nada me retiene aquí y no he prometido que no escaparía cuando lo deseara.

Gemnon esbozó una sonrisa irónica que Tarzán no vio en la semioscuridad de la mal iluminada avenida por la que pasaban.

—Será extremadamente interesante para mí —observó.

—¿Por qué? —preguntó el hombre mono.

—Nemone te ha puesto bajo mi custodia. Si escapas mientras yo sea responsable de ti, me hará destruir.

El señor de la jungla frunció el entrecejo.

—No lo sabía —dijo—; pero no te preocupes, no me marcharé hasta que te hayan librado de esa responsabilidad. —Una sonrisa iluminó de pronto su semblante.— Me parece que le pediré a Nemone que me asigne como vigilantes a Erot o Xerstle.

Gemnon reprimió una carcajada.

—¡Vaya historia sería eso! —exclamó.

Una antorcha ocasional hacía desaparecer parcialmente la penumbra bajo los altos árboles que bordeaban la avenida que conducía al palacio de Thudos. En la intersección de un estrecho callejón, bajo las ramas de un ancho roble, una figura oscura acechaba en las sombras mientras Tarzán y Gemnon se acercaban. Los aguzados ojos del hombre mono la vieron y la reconocieron como la figura de un hombre antes de estar lo bastante cerca para correr peligro; y Tarzán estaba preparado aunque no sospechaba que la presencia del hombre allí estaba relacionada con él, pues es tarea de los que se han criado en la jungla estar siempre alerta, haya o no alguna amenaza.

Cuando se encontraron justo enfrente de la figura, Tarzán oyó que susurraban su nombre con voz ronca. Se detuvo.

—¡Cuidado con Erot! —susurró la voz—. ¡Esta noche!

Luego, la figura giró en redondo y se adentró en las sombras más densas del estrecho callejón; pero por lo que Tarzán vislumbró se dio cuenta de que había algo familiar en aquel corpulento cuerpo, igual que había cierta familiaridad en la voz.

—¿Qué supones que es eso? —preguntó Gemnon—. ¡Vamos! Le capturaremos y lo averiguaremos —e hizo ademán de perseguir al extraño por el callejón.

Tarzán le cogió por el hombro para impedírselo.

—No —dijo—; ha sido alguien que ha tratado de comportarse como un amigo conmigo. Si desea ocultar su identidad, yo no voy a revelarla.

—Tienes razón —coincidió Gemnon.

—Y creo que persiguiéndole no me enteraría de nada más que de lo que ya sé. Le he reconocido por la voz y su forma de andar, y luego, cuando se ha vuelto para marcharse, un movimiento en el aire me ha traído su rastro

de olor al olfato. Creo que le reconocería a un kilómetro de distancia, pues es muy fuerte; los hombres poderosos y las bestias siempre lo tienen así.

—¿Por qué tenía miedo de ti? —preguntó Gemnon.

—No tenía miedo de mí, sino de ti porque eres noble.

—No debía tenerlo, si es amigo tuyo. Yo no le habría traicionado.

—Lo sé, pero él no lo sabía. Eres noble y podrías ser amigo de Erot. No me importa decirte quién era, porque sé que no le causarás ningún daño, pero te sorprenderá, seguro. Era Phobeg.

—¡No! ¿Por qué iba a mostrarse amigo del hombre que le derrotó y humilló y por poco no le mató?

—Porque no le mató. Phobeg es un tipo de mente simple, pero no está desprovisto de gratitud. Es de los que mostrarán una devoción perruna al que ha sido más fuerte que él, porque adora la fuerza física.

En el palacio de Thudos, un esclavo condujo a los dos hombres a un magnífico aposento después de que la guardia de la entrada hubiera reconocido a Gemnon y permitido su paso. A la suave luz de una docena de fanales, aguardaron la llegada de la hija de la casa a la que el esclavo había llevado el anillo de Gemnon como prueba de la identidad de quien solicitaba su presencia. La riqueza del mobiliario de la sala apenas era menos magnífica que la que Tarzán había visto en el palacio de Nemone; y, de nuevo, los trofeos de caza destacaban entre los adornos de las paredes.

Una cabeza humana, coronada con un casco de oro, miraba ceñuda sin ver desde un lugar de honor sobre la entrada principal. Aunque se había encogido y ajado con la muerte, aún había fuerza y majestad en su aspecto, y Tarzán la contempló unos instantes, intrigado por la idea de todo lo que había pasado por aquel espantoso cráneo antes de llegar a ser un trofeo en los muros del palacio del noble Thudos. ¿Qué pensamientos, fieros o bondadosos, qué odios, qué amores, qué iras habían nacido y muerto tras aquella frente apergaminada? ¡Qué historias podrían contar aquellos labios resecos si la sangre caliente del luchador pudiera darles vida de nuevo!

—Un trofeo espléndido —comentó Gemnon, atraído por el evidente interés de su compañero por la cabeza—. Es el trofeo más valioso de Cathne, no hay otro igual, y puede que jamás haya otro. Esa cabeza perteneció a un rey de Athne. El propio Thudos la consiguió en la batalla cuando era joven.

—Me gusta la idea —dijo Tarzán pensativo—. En el mundo del que procedo, los hombres llenan las habitaciones con las cabezas de criaturas

que no son sus enemigos, que serían sus amigos si el hombre se lo permitiera. Vuestros trofeos más valiosos son las cabezas de vuestros enemigos, que han tenido la misma oportunidad de coger vuestra cabeza. ¡Sí, es una espléndida idea!

El ruido de pasos ligeros con suaves sandalias sobre la piedra del suelo anunció la llegada de su anfitriona y ambos hombres se volvieron hacia la puerta que daba a un pequeño jardín del que procedían. Tarzán vio a una muchacha de exquisita belleza, pero si era más bella que Nemone no podía decirlo, pues hay muchas cosas que intervienen en un semblante hermoso; sin embargo, reconoció para sí que Thudos era prudente al mantenerla oculta de la reina.

La muchacha saludó a Gemnon con la dulce familiaridad de una vieja amiga, y cuando Tarzán fue presentado, su actitud fue cordial y carente de afectación; sin embargo, el hecho de que era hija de Thudos parecía formar parte de ella.

—Te vi en el estadio —dijo, y luego, con una carcajada—: perdí muchos dracmas por tu culpa.

—Lo siento —dijo Tarzán—. Quizá si hubiera sabido que apostabas por Phobeg habría dejado que me matara.

—Es una idea —exclamó Doria, riendo—. Si peleas de nuevo en el estadio, te diré de antemano en qué hombre pongo mi dinero, y así estaré segura de ganar.

—Veo que tendré que caerte bien para que no quieras apostar por mi oponente.

—Por lo que he visto de él —intervino Gemnon—, creo que Tarzán siempre será una puesta segura… en la pista.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la muchacha—. Tus palabras parecen sugerir otra cosa.

—Me temo que mi amigo no estaría tan seguro en un tocador de señoras —rió el joven noble.

—Ya hemos oído decir que ha tenido mucho éxito —dijo Doria con una débil nota de algo que podía haber sido disgusto.

—No le juzgues demasiado mal —dijo Gemnon—; aún está haciendo todo lo posible para que le destruyan.

—Eso no ha de ser dificil en el palacio de Nemone, aunque ya hemos oído contar historias desconcertantes sobre su negativa a arrodillarse ante la reina. El que ha sobrevivido a eso puede que no haya de temer tanto como

imaginamos —replicó Doria.

Vuestra reina entiende por qué no me arrodillo —explicó Tarzán—. No es por falta de respeto ni por jactancia, sino por las costumbres de toda una vida y las exigencias de mi existencia. Si no me hubieran ordenado que me arrodillara, quizá lo habría hecho. Me temo que no puedo explicar la psicología de mi actitud para que otro pueda entenderla; pero es evidente para mí que no debo inclinarme ante ninguna autoridad contra mi voluntad, a menos que me obliguen a hacerlo por la fuerza.

Los tres habían pasado la noche en agradable conversación y Gemnon y Tarzán estaban a punto de marcharse cuando entró en la estancia un hombre de edad madura. Era Thudos, el padre de Doria. Saludó cordialmente a Gemnon y pareció complacido de conocer a Tarzán, a quien de inmediato empezó a interrogar respecto del mundo exterior a los valles de Onthar y Thenar.

Thudos era un hombre asombrosamente apuesto, con facciones muy marcadas, complexión atlética y ojos serios que, sin embargo, tenían arrugas en las comisuras, lo que revelaba que se reía mucho. Su rostro denotaba que se podía confiar en él, pues la integridad, la lealtad y el valor habían dejado sus huellas, al menos para unos ojos tan observadores como los del señor de la jungla.

Cuando los dos invitados se levantaron de nuevo para marcharse, Thudos pareció satisfecho con su valoración del extranjero.

—Me alegro de que Gemnon te haya traído —dijo—. Este hecho me convence de que confía en tu amistad y lealtad, pues, como es posible que sepas, la posición de mi casa en la corte de Nemone es tal que sólo recibimos aquí a amigos de toda confianza.

—Entiendo —respondió el hombre mono. No dijo nada más, pero Thudos y Doria tuvieron la sensación de que podían confiar en aquel hombre.

Cuando los dos hombres penetraron en la avenida frente al palacio de su anfitrión, una figura se escondió tras la sombra de un árbol a pocos pasos de ellos, y ninguno de los dos la vio. Luego, caminaron ociosamente hacia sus aposentos en el palacio, charlando sobre el noble Thudos y su inigualable hija.

—Tengo curiosidad —dijo Tarzán— por saber cómo Doria se atrevió a ir al estadio cuando su vida se halla en constante peligro por si la reina conoce su belleza.

—Siempre se disfraza cuando sale a la calle —respondió Gemnon—. Unos toques dados por una mano experta y aparecen hoyuelos en sus mejillas y bajo los ojos, la frente se le arruga y ya no es la mujer más bella del mundo. Nemone no se volvería a mirarla si la viera, pero aun así tenemos cuidado de que Nemone no la vea demasiado de cerca. Los informadores son lo que más miedo nos da. Thudos nunca vende ningún esclavo que haya visto a Doria, y una vez que un nuevo esclavo entra en el palacio, jamás sale de él hasta que largos años de servicio le han puesto a prueba y su lealtad no se pone en duda.

»Es una vida monótona para Doria, el castigo que cumple por su belleza; pero lo único que podemos hacer es esperar y rogar para que algún día Nemone muera y Alextar acceda al trono.

Valthor se hallaba dormido en el diván de Tarzán cuando el hombre mono entró en su dormitorio. Había descansado poco desde su captura y, además, sufría una ligera herida; por eso Tarzán se movió con suavidad para no molestarle y no encendió ninguna luz en la habitación, cuya oscuridad era parcialmente aliviada por la luna.

En el suelo, junto a la pared de enfrente de la ventana, había algunas pieles extendidas; el hombre mono se tumbó allí y pronto se quedó dormido, mientras en el aposento de arriba dos hombres se agazapaban en la oscuridad junto a la ventana que estaba directamente encima del dormitorio de Tarzán.

Durante mucho rato permanecieron agazapados en silencio. Uno era corpulento, fuerte; el otro, menudo y más ligero. Durante una hora sólo se movieron para cambiar de posición y ponerse más cómodos; transcurrido ese tiempo, el hombre menudo se levantó. Llevaba una cuerda atada alrededor de su cuerpo bajo las axilas; en la mano derecha llevaba una espada daga.

Se dirigió con cautela y en silencio hasta la ventana y miró afuera, examinando atentamente los jardines; luego, se sentó en el alféizar y pasó las piernas hacia fuera. El hombre corpulento, que sujetaba la cuerda firmemente con ambas manos, se afianzó. El hombre menudo se puso sobre el estómago y se deslizó fuera de la ventana. El otro hombre le fue bajando poco a poco y su cabeza desapareció de la ventana.

Con mucho cuidado, para no hacer ruido, el hombre corpulento descendió al más menudo hasta que los pies de este último descansaron en el alféizar de la ventana del dormitorio de Tarzán. Allí, el hombre se agarró

al marco; luego tiró dos veces de la cuerda para hacer saber a su amigo que había llegado a su destino sano y salvo, y el otro dejó resbalar la cuerda por los dedos flojamente mientras los movimientos del hombre que estaba abajo tiraban de ella lentamente.

El hombre menudo entró con cautela en la habitación. Avanzó sin vacilar hacia la cama, con el arma alzada y preparada en la mano. No se dio prisa; su único propósito de momento parecía ser conseguir el absoluto silencio. Era evidente que temía despertar al que dormía. Incluso cuando llegó a la cama se quedó largo rato buscando con los ojos el lugar exacto donde asestar el golpe que causaría la muerte instantánea. El asesino sabía que Gemnon dormía en otro dormitorio al otro lado de la sala de estar; lo que no sabía era que Valthor, el athneo, era quien yacía en la cama bajo su afilada arma.

Mientras el asesino vacilaba, Tarzán de los Monos abrió los ojos. Aunque el intruso no había hecho ningún ruido, su mera presencia en la habitación había despertado al hombre mono; quizás el efluvio de su cuerpo, que su sensible olfato había percibido, transmitía al cerebro alerta el mismo mensaje que el ruido.

Se dice que un perro dormido que se despierta cuando le toca una rueda de carro reacciona tan rápidamente que puede escapar sano y salvo apartándose de un salto antes de que la rueda lo aplaste. Yo no me lo creo; pero estoy convencido de que los llamados animales inferiores despiertan con plena posesión de todas sus facultades, no lentamente, facultad por facultad, como ocurre con el hombre. Así despertó Tarzán, dueño de todos sus poderes.

En el instante en que abrió los ojos vio al extraño en la habitación, vio la daga alzada sobre la forma de Valthor, que dormía, interpretó toda la historia de un solo vistazo y, en el mismo instante, saltó sobre el incauto asesino, que fue apartado de su víctima en el momento en que su arma descendía.

Cuando los dos hombres cayeron al suelo Valthor despertó y saltó del catre; pero cuando hubo descubierto lo que ocurría, el asesino yacía muerto en el suelo y Tarzán de los Monos tenía un pie sobre el cuero de su presa. Por un instante el hombre mono vaciló, con el rostro vuelto cuando el extraño grito del simio macho victorioso tembló en sus labios; pero luego meneó la cabeza y sólo un rugido bajo brotó de su pecho.

Valthor había oído antes esos rugidos y no se sorprendió. El hombre de

la habitación de arriba sólo había oído rugidos de bestias, y ese ruido le hizo dudar y preguntarse por lo ocurrido. También había oído el estruendo de los dos cuerpos cuando Tarzán había arrojado al otro al suelo, y si bien no lo había interpretado correctamente, le había sugerido resistencia y le puso en guardia. Se acercó con cautela a la ventana y se asomó aguzando el oído.

En la habitación de abajo, Tarzán de los Monos agarró el cuerpo del hombre que había ido a matarle y lo arrojó por la ventana. El hombre de arriba lo vio, se apartó de la ventana y desapareció entre las oscuras sombras de los corredores del palacio.

## XIV

### LA GRAN CACERÍA

AL ROMPER el alba, Tarzán y Valthor se despertaron, pues este último tenía que emprender temprano su viaje hacia Athne. La noche anterior habían dado instrucciones a un esclavo para que sirviera el desayuno al amanecer, y los dos hombres le oyeron disponer la mesa en la habitación contigua.

—Hemos vuelto a encontrarnos y de nuevo nos separamos —comentó Valthor mientras se ataba las tiras de sus sandalias a las tobilleras de marfil —. Ojalá vinieras conmigo a Athne, amigo mío.

—Iría contigo, pero la vida de Gemnon correría peligro si me marchara de Cathne mientras él es responsable de mí —replicó el hombre mono—, pero puedes estar seguro de que algún día iré a visitarte a Athne.

Jamás esperé volver a verte vivo después de separarnos con la crecida del río —prosiguió Valthor—, y cuando te reconocí en el foso de los leones, no podía dar crédito a mis ojos. Cuatro veces al menos me has salvado la vida, Tarzán; y puedes estar seguro de que recibirás una cálida acogida en la casa de mi padre en Athne cuando vayas.

—La deuda, si crees que tienes alguna, está saldada —declaró Tarzán —, ya que anoche tú me salvaste la vida a mí.

—¡Que te salvé la vida! ¿De qué hablas? —preguntó Valthor—. ¿Cómo te salvé la vida?

—Durmiendo en mi cama —explicó el señor de la jungla.

Valthor se echó a reír.

—¡Qué acto tan valiente y heroico! —se burló.

—No obstante, me salvó la vida —insistió el hombre mono.

—¿Qué es lo que salvó la vida de quién? —preguntó una voz en la puerta.

—Buenos días, Gemnon —saludó Tarzán—. ¡Felicidades!

—Gracias. ¿Por qué? —preguntó el cathneo.

—Por tu notable habilidad para dormir profundamente —explicó Tarzán, sonriendo.

Gemnon meneó la cabeza con aire dubitativo. —El significado de tus palabras se me escapa—. ¿De qué estás hablando?

—Anoche dormiste sin parar mientras intentaban asesinarme, mataba al culpable y me deshacía del cadáver. El aviso de Phobeg no era un chisme infundado.

—¿Quieres decir que vino alguien anoche para matarte?

—Y estuvo a punto de matar a Valthor. —Y entonces Tarzán relató brevemente lo sucedido.

—¿Habías visto antes a ese hombre? —preguntó Gemnon—. ¿Le reconociste?

—Le presté poca atención —admitió Tarzán—. Le arrojé por la ventana, pero no recuerdo haberle visto antes.

—¿Era un noble?

—No, era un guerrero común. Quizá tú le reconocerás cuando le veas.

—Tendré que echarle un vistazo e informar del asunto enseguida —dijo Gemnon—. Nemone se pondrá furiosa cuando se entere.

—Puede que ella misma lo instigara —sugirió Tarzán—; está medio loca.

—¡Calla! —le previno Gemnon—. Expresar ese pensamiento, aunque sea en susurros, significa la muerte. No, no creo que fuera Nemone; pero si acusaras a Erot, M'duze o a Tomos no me costaría estar de acuerdo. Ahora debo irme, y si no regreso antes de que te marches, Valthor, puedes estar seguro de que ha sido un placer tenerte conmigo. Es una lástima que seamos enemigos y que la próxima vez que nos veamos tengamos que intentar cortarnos la cabeza el uno al otro.

—Es lamentable y necio —dijo Valthor.

—Pero es la costumbre —le recordó Gemnon.

—Entonces, puede que nunca volvamos a vernos, pues nunca me dará placer matarte.

—Brindemos por eso, pues —exclamó Gemnon, alzando la mano como si sostuviera un cuerno para beber—. ¡Por que nunca más volvamos a vernos! —Y, dicho esto, se volvió y se marchó.

Tarzán y Valthor apenas habían terminado su comida cuando llegó un noble a decirles que la escolta de Valthor estaba lista para partir; unos instantes después, tras una breve despedida, el athneo se fue.

El hecho de que Valthor le caía bien a Tarzán, junto con la curiosidad de éste por ver la ciudad de marfil, le decidió a visitar el valle de Thenar antes de regresar a su país; pero eso es otro asunto, que no tiene nada que ver con esta historia, que ha visto por última vez al joven noble de Athne.

Por orden de Nemone, las armas del hombre mono le habían sido devueltas y éste estaba inspeccionándolas, examinando las puntas de las flechas, el arco y la soga de hierba, cuando Gemnon regresó. El cathneo estaba a todas luces furioso y excitado. Fue una de las pocas ocasiones en que el guardián de Tarzán no se mostraba sonriente y afable.

—He tenido media hora mala con la reina —explicó Gemnon—. He tenido suerte de escapar con vida. Está furiosa por este intento de asesinarte y me acusa de negligencia. ¿Qué voy a hacer? ¿Pasar la noche sentado en el alféizar de tu ventana?

Tarzán se rió.

—Soy un estorbo —dijo— y lo siento; pero ¿cómo voy a evitarlo? Fue un accidente lo que me trajo aquí; y la perversidad es lo que me retiene aquí, la perversidad de una mujer mimada.

—Será mejor que no le digas eso a ella, ni dejes que otro que no sea yo lo oiga —le aconsejó Gemnon.

—Puedo decírselo —se rió Tarzán—. Me temo que jamás he adquirido esa cualidad enteramente humana que se llama diplomacia.

—Me ha enviado a buscarte; y te aconsejo que tengas un poco de juicio, aunque no tengas diplomacia. Está como un león furioso, y quien la encolerice más que se prepare para ser destrozado.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Tarzán—. ¿Tengo que quedarme en esta casa, enjaulado como un perrito, para correr cuando una mujer me llama?

—Está investigando este atentado contra tu vida y ha convocado a otros para interrogarles —explicó Gemnon.

Gemnon le acompañó a una gran sala de audiencias donde los nobles de la corte estaban congregados ante un enorme trono en el que estaba sentada la reina, con la frente fruncida. Cuando Tarzán y Gemnon entraron, levantó la mirada, pero no sonrió. Un noble avanzó y condujo a los dos hombres a unos asientos que había cerca del pie del trono.

Cuando Tarzán examinó los rostros de los que tenía más cerca, vio a Tomos, a Erot y a Xerstle. Erot estaba nervioso, no paraba de moverse en su banco, jugueteaba con la empuñadura de su espada y de vez en cuando

miraba suplicante a Nemone, pero si ella reconocía que él estaba allí, su expresión no lo ponía de manifiesto.

—Estábamos esperándote —dijo la reina cuando Tarzán tomó asiento —. Al parecer, no te has esforzado en darte prisa para responder a nuestra orden.

Tarzán la miró con una sonrisa regocijada.

—Al contrario, su majestad, he venido enseguida con el noble Gemnon —explicó con respeto.

—Te hemos llamado para que cuentes la historia de lo que ocurrió anoche en tu aposento y que acabó con la muerte de un guerrero. —Se volvió entonces a un noble que estaba de pie a su lado y le susurró unas palabras al oído, tras lo cual el hombre salió de la sala.— Puedes proceder —dijo, volviéndose de nuevo a Tarzán.

—Hay poco que contar —respondió el hombre mono, poniéndose de pie—. Un hombre entró en mi habitación para matarme, pero en cambio le maté yo a él.

—¿Cómo entró en tu habitación? —preguntó Nemone—. ¿Dónde estaba Gemnon? ¿Él le dejó entrar?

—Claro que no —respondió Tarzán—. Gemnon dormía en su habitación; el hombre que me habría matado fue descendido desde la ventana del aposento de arriba y entró por la mía; hay una larga cuerda atada a su cuerpo.

—Y ¿cómo supiste que iba a matarte? ¿Te atacó?

—Valthor, el athneo, dormía en mi cama; yo dormía en el suelo. El hombre no me vio, pues la habitación estaba a oscuras. Se acercó a la cama donde creía que yo dormía. Cuando desperté, estaba junto a Valthor con la espada alzada listo para clavársela. Entonces le maté y arrojé su cuerpo por la ventana.

—¿Le reconociste? ¿Le habías visto antes? —preguntó la reina.

—No le reconocí.

Se oyó un ruido en la entrada de la sala de audiencias que hizo que Nemone levantara la vista. Cuatro esclavos ingresaron con una camilla en la sala y la dejaron al pie del trono; en ella había el cadáver de un hombre.

—¿Este hombre es el que atentó contra tu vida? —preguntó Nemone.

—Sí —respondió Tarzán.

De pronto ella se volvió hacia Erot.

—¿Habías visto alguna vez a este hombre? preguntó.

Erot se puso de pie. Estaba pálido y temblaba un poco.

—Pero, majestad, si sólo es un guerrero común —replicó—. Puede que le haya visto a menudo, pero le he olvidado. No sería extraño, veo a muchos.

—Y tú —la reina se dirigió a un joven noble que estaba cerca—, ¿alguna vez has visto a este hombre?

—A menudo —respondió el noble—. Era miembro de la guardia del palacio y estaba en mi compañía.

—¿Cuánto tiempo ha estado vinculado al palacio? —preguntó Nemone.

—Ni un mes, su majestad.

—¿Y antes? ¿Sabes algo de lo que hacía antes?

—Pertenecía al séquito de un noble, majestad —respondió vacilante el joven oficial.

—¿Qué noble? —preguntó Nemone.

—Erot —respondió el testigo en voz baja.

La reina miró escrutadoramente a Erot.

—Tienes poca memoria —dijo después, con un enojo mal disimulado en la voz—, o quizá tienes tantos guerreros en tu séquito que no puedes recordar a alguien que ha dejado de prestarte sus servicios hace un mes.

Erot estaba pálido y estupefacto. Miró durante un largo rato el rostro del muerto antes de volver a hablar.

—Ahora le recuerdo, majestad, pero no parece el mismo. La muerte le ha cambiado; por eso no le he reconocido de inmediato.

—Mientes —espetó Nemone—. Hay algunas cosas en este asunto que no entiendo; qué participación has tenido en ello, no lo sé, pero estoy segura de que has tenido algo que ver y voy a averiguarlo. Entretanto, estás desterrado del palacio; puede que haya otros —miró con malicia a Tomos—, pero los descubriré, y cuando lo haga irán todos al foso de los leones.

Se levantó y descendió del trono; todos se arrodillaron, salvo Tarzán. Cuando pasó por su lado para salir de la sala, se detuvo y le miró fijamente a los ojos.

—Ten cuidado —susurró—; tu vida corre peligro. Es mejor que no nos veamos durante un tiempo, pues algunos están tan desesperados que ni siquiera yo podría protegerte si visitaras de nuevo mis aposentos. Dile a Gemnon que abandone el palacio y te lleve a casa de su padre. Allí estarás más a salvo, aunque no completamente. Dentro de unos días, habré retirado los obstáculos que se interponen entre nosotros; hasta entonces, Tarzán,

adiós.

El hombre mono hizo una inclinación de cabeza; la reina de Cathne siguió su camino y salió de la sala de audiencias. Los nobles se pusieron de pie. Se apartaron de Erot y se agruparon en torno a Tarzán. El hombre mono se apartó con desagrado.

—Vamos, Gemnon —dijo—, no hay motivo para quedarse más tiempo aquí.

Xerstle le impidió el paso cuando iban a abandonar la sala.

—Todo está preparado para la gran cacería —anunció, frotándose las manos—. Creía que esta pesada audiencia nos impediría empezar hoy, pero aún es temprano. Los leones y la presa nos esperan en el lindero del bosque. Coge tus armas y reúnete conmigo en la avenida.

Gemnon vaciló.

—¿Quién más estará? —preguntó.

—Sólo tú, Tarzán y Pindes —explicó Xerstle—, una compañía reducida y selecta que asegura una buena caza.

—Iremos —dijo el hombre mono.

Cuando los dos hombres regresaban a sus aposentos para coger sus armas, Gemnon parecía preocupado.

—No estoy seguro de que sea prudente ir —dijo.

—¿Y por qué no? —preguntó Tarzán.

—Puede ser una trampa para ti.

El hombre mono se encogió de hombros.

—Es posible, pero no puedo quedarme encerrado. Me gustaría ver cómo es una gran cacería; he oído el término muy a menudo desde que he llegado a Cathne. ¿Quién es Pindes? No le recuerdo.

—Era oficial de la guardia cuando Erot pasó a ser el favorito de la reina, pero por culpa de Erot fue despedido. No es mal tipo, pero es débil y se deja influenciar fácilmente; sin embargo, debe de odiar a Erot, y por tanto creo que no tienes nada que temer de él.

—No tengo nada que temer de nadie —le tranquilizó Tarzán.

—Quizá tú pienses que no, pero mantente en guardia.

—Siempre estoy en guardia; de no ser así, hace tiempo que estaría muerto.

—Tu satisfacción de ti mismo puede ser tu perdición —gruñó Gemnon.

Tarzán se rió.

—Aprecio el peligro y mis limitaciones, pero no puedo permitir que el

miedo me prive de mi libertad y de los placeres de la vida. Al miedo hay que temerle más que a la muerte. Tú tienes miedo, Erot tiene miedo, Nemone tiene miedo, y todos sois infelices. Si yo tuviera miedo, sería infeliz, pero no estaría más a salvo. Prefiero ser simplemente cauto. Y, por cierto, hablando de precaución, Nemone me ha indicado que te dijera que me sacaras del palacio y me llevaras a casa de tu padre. Dice que el palacio no es un lugar seguro para mí. Creo que quien va por mí es M'duze.

—M'duze, Erot y Tomos —dijo Gemnon—. Es un triunvirato de codicia, malicia e hipocresía que me desagradaría tener tras de mí.

En sus aposentos, Gemnon dio órdenes de que sus pertenencias y las de Tarzán fueran trasladadas a casa de su padre mientras los dos hombres estaban de caza; luego, fueron a la avenida donde encontraron a Xerstle y a Pindes que les esperaban. Este último era un hombre de unos treinta años, bastante apuesto pero con un rostro que denotaba debilidad y unos ojos que invariablemente se desviaban de una mirada directa. Saludó a Tarzán con gran cordialidad y, mientras los cuatro hombres iban por la avenida principal de la ciudad hacia la puerta oriental, se mostró de lo más afable.

—¿No has participado nunca en una gran cacería? —preguntó a Tarzán.

—No; no tengo ni idea de lo que ese término significa —respondió el hombre mono.

—En tal caso, no te lo diremos; dejaremos que lo descubras por ti mismo, así lo disfrutarás más. Claro que en tu país también debes de cazar, supongo.

—Sólo cazo para comer o si se trata de enemigos —respondió.

—¿Nunca cazas por placer? —preguntó Pindes.

—Matar no me produce ningún placer.

—Bueno, hoy no tendrás que matar —le tranquilizó Pindes—; los leones lo harán. Y te prometo que disfrutarás con la emoción de la caza, que llega a su punto culminante en la gran cacería.

Tras la puerta oriental se extendía una gran llanura a poca distancia de la jungla. Cerca de la puerta, cuatro fornidos esclavos sujetaban a los leones con una correa, mientras un quinto hombre, desnudo salvo por un sucio taparrabos, estaba acuclillado en el suelo a poca distancia.

Cuando los cuatro cazadores se acercaron, el grupo de Xerstle explicó a Tarzán que aquellas bestias eran sus leones de caza, y mientras los ojos observadores del hombre mono examinaban a los cinco hombres que iban a acompañarles en la cacería, reconoció al fornido negro que estaba sentado

en el suelo, aparte, como al que había visto en el bloque de subastas del mercado; entonces Xerstle se acercó al hombre y habló brevemente con él, a todas luces dándole órdenes. Cuando Xerstle hubo terminado, el nativo echó a correr por la llanura en dirección a la jungla. Todos observaban su avance.

—¿Por qué ha echado a correr? —preguntó Tarzán—. Asustará a la presa.

Pindes se rió.

—Él es la presa.

—¿Quieres decir…? —preguntó Tarzán con ceño.

—Esto es una gran cacería —explicó Xerstle—, en la que cazamos a un hombre, la mayor presa.

El hombre mono entrecerró los ojos.

—Entiendo —dijo—; sois caníbales, coméis carne humana.

Gemnon volvió la cabeza para disimular una sonrisa.

—¡No! —exclamaron Pindes y Xerstle al unísono—. Claro que no.

—Entonces, ¿por qué le cazáis, si no es para coméroslo?

—Por placer —declaró Xerstle.

—Ah, sí; lo olvidaba. ¿Y qué ocurre si no le cogéis? ¿Queda libre entonces?

—No, no si podemos volver a capturarle —exclamó Xerstle—. Los esclavos cuestan demasiado dinero para descartarlos tan a la ligera.

—Contadme más cosas de la gran cacería —insistió Tarzán—. Creo que voy a obtener mucha satisfacción con ésta.

—Eso espero —dijo Xerstle—. Cuando la presa llega a la jungla, soltamos a los leones, entonces comienza la diversión.

—Si el hombre se sube a los árboles —explicó Pindes—, atamos a los leones y le hacemos bajar con palos y piedras o con nuestras lanzas; entonces, le damos un poco de ventaja y volvemos a soltar a los leones. Pronto le alcanzan, y éste es el objetivo de los cazadores, pues en ello reside la emoción. ¿Alguna vez has visto a dos leones matando a un hombre?

Cuando el negro llegó a la jungla, Xerstle dio una orden a los que sujetaban a los leones y éstos soltaron a las dos grandes bestias. Por sus acciones era evidente que estaban entrenados para la ocasión. Desde el momento en que el nativo había echado a correr hacia la jungla, los leones no habían parado de tirar de las correas, de modo que sólo con el uso de sus

lanzas los guardianes conseguían impedir que las bestias les arrastraran por la llanura; y cuando por fin los soltaron, se alejaron corriendo en persecución de la infortunada criatura que había sido elegida para proporcionar a Xerstle y a sus invitados unas horas de diversión.

A medio camino de la jungla los leones redujeron el paso y los cazadores empezaron poco a poco a alcanzarlos. Xerstle y Pindes estaban excitados, mucho más de lo que las circunstancias de la caza justificaban; Gemnon permanecía callado y pensativo; Tarzán sentía asco y se aburría. Pero antes de llegar a la jungla su interés se avivó, pues se le había ocurrido un plan con el que podría obtener algún placer de aquella actividad.

El bosque, en el que los cazadores entraron a poca distancia detrás de los leones, era de una belleza extraordinaria; los árboles eran muy viejos y daban muestras de haber recibido el cuidado inteligente del hombre, así como el lecho de la jungla. Había poca madera muerta en los árboles y sólo algún ocasional arbusto entre ellos. Por lo que Tarzán vio, entre los troncos, el aspecto era el de un parque bien cuidado y no el de un bosque natural, y como respuesta a un comentario que hizo al respecto Gemnon le explicó que durante siglos su pueblo había prestado atención a la conservación de aquel bosque desde la ciudad de oro hasta el Paso de los Guerreros.

Gruesas lianas colgaban formando elegantes lazos de un árbol a otro; más arriba, hacia la luz del sol, Tarzán vislumbró brillantes capullos tropicales. Había monos en los árboles y vistosos pájaros que chillaban. La escena llenó al hombre mono de tanta nostalgia por la libertad que, por unos instantes, casi se olvidó de que la vida de Gemnon dependía de que él abandonara toda idea de escapar mientras el joven noble fuera responsable de él ante la reina.

Una vez en el interior de la jungla, Tarzán se fue rezagando y luego, cuando nadie miraba, se subió a las ramas de un árbol. Desde el principio de la cacería había percibido con claridad el rastro de olor de la presa, y ahora el hombre mono sabía, posiblemente incluso mejor que los leones, la dirección de la desesperada huida del condenado.

Tarzán fue saltando por las ramas de los árboles dando un ligero rodeo que le hizo adelantar a los cazadores sin revelarles su deserción, avanzando en la jungla como sólo el hombre mono puede hacerlo.

Cada vez percibía con más intensidad el rastro de olor de su presa; detrás de él iban los leones y los cazadores, y sabía que debía actuar con rapidez, pues no estaba a mucha distancia. Una torva sonrisa iluminó sus

ojos grises cuando pensó en el desenlace del plan que había urdido.

Después, vio al negro corriendo por la jungla delante de él. El hombre avanzaba al trote, mirando atrás de vez en cuando. Era un galla de espléndidos músculos, un tipo perfecto de primitiva masculinidad, que parecía inclinado a dar de sí todo lo que pudiera para escapar con vida de aquella terrible cacería. No había miedo ni pánico en su huida, simplemente, la decisión inflexible de rendirse a lo inevitable sólo como último recurso.

Tarzán ahora se hallaba directamente encima del hombre y le habló en la lengua de su pueblo.

—Sube a los árboles —le gritó.

El nativo levantó la mirada pero no se detuvo.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Un enemigo de tu amo, que te ayudará a escapar —respondió el hombre mono.

—No hay escapatoria; si me subo a los árboles, me harán bajar a pedradas.

—No te encontrarán; yo me encargaré de eso.

—¿Por qué has de ayudarme? —preguntó el nativo, pero se detuvo y volvió a mirar hacia arriba, buscando al hombre cuya voz le llegaba en una lengua que le hacía confiar en la persona que la hablaba.

—Te he dicho que soy enemigo de tu amo.

Ahora el negro vio la figura bronceada del gigante.

—¡Eres un blanco! —exclamó—. Intentas engañarme. ¿Por qué ha de ayudarme un hombre blanco?

—¡Date prisa —le instó Tarzán— o será demasiado tarde y nadie te ayudará!

Por un instante el africano aún vaciló; luego, dio un salto para colgarse de una rama y se impulsó hasta el árbol mientras Tarzán bajaba para reunirse con él.

—Pronto llegarán y nos harán bajar a pedradas a los dos —dijo. No había esperanza en su voz y tampoco miedo, sólo una apagada apatía.

## XV

### LA CONSPIRACIÓN QUE FRACASÓ

EL HOMBRE mono llevó por los árboles hacia el este al esclavo galla que había sido la víctima de la cacería de Xerstle. Al principio, el hombre había puesto reparos, pero cuando los rugidos de los leones de caza aumentaron de volumen, indicando su proximidad, se rindió a lo que consideraba el menor de los males.

Velozmente, el gigante de la jungla llevó al galla hacia donde, detrás de la jungla, se elevaban las montañas que bordeaban Onthar por aquel lado. Durante más de un kilómetro le condujo por los árboles y luego saltó ágilmente al suelo.

—Si los leones captan tu rastro —dijo— no será hasta mucho después de que hayas llegado a las montañas y a un lugar seguro. Pero no te retrases; vete ya.

El nativo cayó de rodillas y cogió la mano de su salvador.

—Soy Hafim —dijo—. Si pudiera servirte, moriría por ti. ¿Quién eres?

—Soy Tarzán de los Monos. Ahora, vete y no pierdas tiempo.

—Un favor más —pidió el negro.

—¿De qué se trata?

—Tengo un hermano. También él fue capturado por esa gente que me capturó a mí. Es esclavo en las minas de oro al sur de Cathne. Se llama Niaka. Si alguna vez vas a las minas de oro, dile que Hafim ha escapado. Eso le hará feliz y quizás entonces intentará escapar.

—Se lo diré. Ahora, vete.

El africano desapareció en silencio entre los árboles; Tarzán volvió a saltar a las ramas y regresó rápidamente a donde estaban los cazadores. Cuando les alcanzó, saltó al suelo y se acercó a ellos por detrás; se encontraban agrupados cerca del lugar en el que Hafim se había subido a los árboles.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Xerstle—. Creíamos que te habías

perdido.

—Me he rezagado —respondió el hombre mono—, pero ¿dónde está vuestra presa? Creía que ya le habríais cogido.

—No lo entendemos —admitió Xerstle—. Es evidente que se ha subido a este árbol, porque los leones le han seguido hasta aquí y se han quedado mirando arriba; pero no han rugido como si hubieran visto a ese hombre. Luego, los hemos soltado de nuevo y hemos enviado a uno de los guardianes al árbol, pero no han visto ni asomo de la presa.

—¡Es un misterio! —exclamó Pindes.

—Sí que lo es —coincidió Tarzán—, al menos para los que no conocen el secreto.

—¿Quién conoce el secreto? —preguntó Xerstle.

—El esclavo negro que ha escapado debe de saberlo, al menos.

—No se me ha escapado —espetó Xerstle—. Lo único que ha hecho es prolongar la cacería y aumentar su interés.

—Si apostáramos algo aumentaría la emoción del día —sugirió el hombre mono—. No creo que tus leones puedan volver a encontrar el rastro a tiempo para atrapar a la presa antes de que anochezca.

—¡Mil dracmas a que sí! —exclamó Xerstle.

—Como soy un extranjero que llegó desnudo a vuestro país, no dispongo de mil dracmas —dijo Tarzán—, pero quizá Gemnon cubrirá tu apuesta. —Desvió el rostro de Xerstle y Pindes y, mirando a Gemnon, le hizo un guiño.

—¡Hecho! —exclamó Gemnon.

—Sólo exijo el derecho de dirigir la cacería a mi manera —dijo Xerstle.

—Por supuesto —accedió Gemnon, y Xerstle volvió el rostro hacia Pindes y le hizo un guiño.

—Entonces, nos separaremos —explicó Xerstle—, y como tú y Tarzán apostáis contra mí, uno de vosotros debe acompañarme y el otro ir con Pindes para que todos estemos seguros de que la cacería se realiza con justicia y determinación.

—De acuerdo —dijo Tarzán.

—Pero soy responsable ante la reina de la seguridad de Tarzán —protestó Gemnon—. No me gusta que esté fuera del alcance de mi vista, aunque sea por poco tiempo.

—Te prometo que no intentaré escapar —dijo el hombre mono para tranquilizarle.

—No estaba pensando en eso solamente —explicó Gemnon.

—Y te aseguro que puedo cuidar de mí mismo, si temes por mi seguridad —añadió Tarzán.

—Vamos —instó Xerstle—. Cazaré con Gemnon y Pindes con Tarzán. Nos llevaremos un león cada uno.

De mala gana, Gemnon accedió y los dos grupos se separaron; Xerstle y Gemnon fueron hacia el noroeste y Pindes y Tarzán se dirigieron hacia el este. El último había recorrido una corta distancia y el león aún estaba sujeto cuando Pindes sugirió que se separaran y así peinarían mejor el bosque.

—Tú ve recto hacia el este —dijo a Tarzán—, los guardianes y el león irán hacia el nordeste y yo iré hacia el norte. Si alguno encuentra el rastro, ha de gritar para atraer a los otros en su dirección. Si dentro de una hora no hemos localizado a la presa, todos convergeremos hacia las montañas del lado oriental del bosque.

El hombre mono asintió y echó a andar en la dirección asignada, desapareciendo pronto entre los árboles; pero ni Pindes ni los guardianes del león se movieron de donde estaban, detenidos los guardianes por una palabra susurrada por Pindes. El león atado miró al hombre mono mientras se alejaba y Pindes sonrió. Los guardianes le miraron con aire interrogador.

—A veces ocurren tristes accidentes —dijo Pindes.

Tarzán avanzó hacia el este. Sabía que no encontraría al negro y por eso no le buscaba. El bosque le interesaba pero no hasta el punto de excluir todo lo demás; sus aguzadas facultades siempre estaban alerta. Oyó un ruido detrás y, cuando se volvió, no le sorprendió lo que vio. Le seguía un león, que llevaba el arnés de un león de caza de Cathne. Era uno de los leones de Xerstle, el mismo que había acompañado a Pindes y a Tarzán.

Al instante adivinó el hombre mono la verdad y un destello iluminó sus ojos; no era un destello de ira, sino que en él había desagrado y la leve sugerencia de una sonrisa salvaje. El león, al darse cuenta de que su presa lo había descubierto, se puso a rugir. En la distancia, Pindes lo oyó y sonrió.

—Vámonos —dijo a los guardianes—, no debemos encontrar los restos demasiado pronto; eso sería sospechoso. —Los tres hombres se alejaron lentamente hacia el norte.

A lo lejos, Gemnon y Xerstle oyeron el rugido del león de caza.

—Han encontrado el rastro —dijo Gemnon, parándose—. Será mejor

que vayamos con ellos.

—Todavía no —dijo Xerstle—. Puede que sea un falso rastro. El animal que va con ellos no es tan buen cazador como el nuestro, no está tan bien entrenado. Esperaremos a oír la llamada de los cazadores. —Pero Gemnon estaba intranquilo.

Tarzán se quedó esperando la llegada del león. Habría podido subirse a los árboles y escapar, pero su espíritu bravucón le hizo quedarse. Detestaba la traición, y ponerla al descubierto le producía placer. Llevaba una lanza cathnea y su cuchillo de caza; había dejado atrás el arco y las flechas.

El león se acercó un poco; parecía vagamente perturbado. Quizá no entendía por qué la presa se quedaba parada y le hacía frente en lugar de escapar corriendo. Movía la cola, tenía la cabeza baja y poco a poco volvió a avanzar, reluciendo furiosos sus ojos perversos.

Tarzán esperó. En la mano derecha llevaba la robusta lanza cathnea, en la izquierda el cuchillo de caza del padre al que jamás había conocido. Midió la distancia con ojos entrenados mientras el león iniciaba su veloz ataque; luego, cuando se acercaba a toda velocidad, echó hacia atrás la mano con la lanza y arrojó la pesada arma.

Se clavó debajo del hombro izquierdo, profundamente en el corazón salvaje, pero esto sólo frenó el ataque de la bestia un instante. Furioso ahora, el carnívoro se afirmó sobre sus patas traseras, intentando alcanzar al hombre mono con las garras delanteras. Pero Tarzán, veloz como Ara, el rayo, se inclinó y quedó debajo de ellas, saltó a un lado y luego sobre el lomo del león.

Lanzando un rugido espantoso, el animal se giró en redondo e intentó hundir sus grandes colmillos en el cuerpo bronceado o alcanzarle con las garras. Se arrojó a un lado y a otro mientras la criatura que se aferraba a él hundía una hoja de acero repetidamente en su corazón ya desgarrado y sangrante.

La vitalidad y la tenacidad de un león son asombrosas; pero ni siquiera aquel fuerte cuerpo pudo resistir por mucho tiempo las heridas mortales que su adversario le había infligido y se desplomó, tras lo cual, con un leve estremecimiento, murió. Entonces el hombre mono bajó del animal, puso un pie sobre el cuerpo de su presa, alzó su rostro al hojoso dosel de la jungla cathnea y de lo más profundo de su gran pecho brotó el espantoso grito de victoria del macho simio que ha matado.

Mientras el horripilante grito resonaba en la jungla, Pindes y los dos

guardianes se miraron con aire interrogador y se llevaron la mano a la empuñadura de la espada.

—¡En el nombre de Thoos! ¿Qué ha sido eso? —preguntó uno de los guardianes.

—¡Por el nombre de Thoos! Nunca había oído un sonido tan horrible —respondió su compañero, mirando temeroso hacia donde habían venido aquellas espantosas notas.

—¡Silencio! —ordenó Pindes—. ¿Queréis que la cosa se acerque a nosotros sin que la oigamos por culpa de vuestras palabras?

—¿Qué ha sido? —preguntó uno de los hombres en un susurro.

—Puede que haya sido el grito de muerte del extranjero —sugirió Pindes, expresando la esperanza que sentía.

—No ha sonado como un grito de muerte, amo —replicó el negro—; había una nota de fuerza y júbilo en él y no de debilidad y derrota.

—¡Cállate, necio! —espetó Pindes.

A poca distancia, Gemnon y Xerstle también lo oyeron.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el último. Gemnon meneó la cabeza.

—No lo sé, pero será mejor que vayamos a averiguarlo. No me ha gustado.

Xerstle parecía nervioso.

—No ha sido nada, quizá sólo el viento entre los árboles; prosigamos la cacería.

—No hay viento —replicó Gemnon—. Voy a investigar. Soy responsable de la seguridad del extranjero; además, y lo más importante, me cae bien.

—¡A mí también! —exclamó ansioso Xerstle—. Pero no puede haberle ocurrido nada; Pindes está con él.

—Precisamente es lo que estaba pensando —observó Gemnon.

—¿Que no podía haberle ocurrido nada?

—¡Que Pindes está con él!

Xerstle echó una rápida y recelosa mirada al otro, hizo seña a los guardianes de que le siguieran con el león sujeto y siguió a Gemnon, que ya había echado a andar hacia el punto en el que se habían separado de sus compañeros.

Entretanto, Pindes, incapaz de reprimir su curiosidad, venció sus temores y echó a andar detrás de Tarzán con el fin de averiguar qué le había ocurrido y para descubrir el origen del misterioso grito que les había

llenado, a él y a sus sirvientes, de temor reverente. Bastante nerviosos, los dos guardianes del león le siguieron por el siniestro silencio de la jungla, atentos los tres hombres y vigilando en todas las direcciones.

No habían llegado lejos cuando Pindes, que iba delante, se paró de pronto y señaló al frente.

—¿Qué es aquello? —preguntó.

Los guardianes se apresuraron a adelantarse.

—¡Por la cabellera de Thoos! —exclamó uno—. ¡Es el león!

Avanzaron lentamente, observando al león, mirando a la derecha y a la izquierda.

—¡Está muerto! —exclamó Pindes.

Los tres hombres examinaron el cuerpo de la bestia muerta y le dieron la vuelta.

—Lo han apuñalado hasta matarlo —anunció uno de los guardianes.

—El esclavo galla no llevaba armas —dijo Pindes, pensativo.

—El extranjero llevaba un cuchillo —le recordó un guardián.

—Quienquiera que haya matado al león debe de haber luchado con él cuerpo a cuerpo —reflexionó Pindes en voz alta.

—Entonces, debe de estar cerca, muerto o herido, amo.

—¡Buscadle! —ordenó Pindes.

—Podría haber matado a Phobeg con sus propias manos aquel día que lo arrojó al público en el estadio —un guardián recordó al noble—. Lo llevó a cuestas como si fuera un niño pequeño. Es muy fuerte.

—¿Qué tiene que ver eso? —preguntó Pindes irritado.

—No lo sé, amo; sólo pensaba en voz alta.

—No te he dicho que pensaras —espetó Pindes—. Te he dicho que vayas a buscar al hombre que ha matado al león; debe de estar cerca, agonizando o muerto.

Mientras lo buscaban, Xerstle y Gemnon se iban acercando. El último estaba muy preocupado por el bienestar del hombre que estaba a su cargo. No confiaba ni en Xerstle ni en Pindes y empezaba a sospechar que él y Tarzán habían sido separados deliberadamente con un fin siniestro. Caminaba un poco más atrás que Xerstle; los guardianes, con el león, iban delante. Sintió una mano que le cogía el hombro y se giró en redondo; era Tarzán, con una sonrisa en los labios.

—¿De dónde has salido? —le preguntó Gemnon.

—Nos hemos separado para buscar al galla, Pindes y yo —explicó el

hombre mono cuando Xerstle se volvía al oír la voz de Gemnon y le descubría.

—¿Has oído ese horrible grito hace un rato? —preguntó Xerstle—. Creíamos que era posible que uno de vosotros estuviera herido y nos apresurábamos a ir a investigar.

—¿Alguien ha gritado? —preguntó Tarzán con aire inocente—. Quizás ha sido Pindes, porque yo no estoy herido.

Poco después de que Tarzán se hubiera reunido con Xerstle y Gemnon encontraron a Pindes y a los dos guardianes de su león que buscaban en la maleza y en el bosque. Cuando sus ojos se posaron en Tarzán, Pindes se quedó atónito y palideció un poco.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Xerstle—. ¿Qué buscas? ¿Dónde está tu león?

—Está muerto —explicó Pindes—. Alguien o algo lo ha apuñalado. —No miró a Tarzán, pues temía hacerlo.— Hemos estado buscando al hombre que lo ha hecho, pensando que debía de haber sido atacado y, sin duda, estar muerto.

—¿Le habéis encontrado? —preguntó Tarzán.

—No.

—¿Os ayudo a buscarle? ¿Y si tú y yo, Pindes, vamos solos a buscarle? —sugirió el hombre mono.

Por un instante Pindes pareció atragantarse buscando una respuesta.

—¡No! —exclamó por fin—. Sería inútil, hemos buscado a fondo; no hay ni rastro de sangre que nos indique que está herido.

—¿Y no has encontrado rastro de la presa? —preguntó Xerstle.

—Nada —respondió Pindes—. Ha escapado, y sería mejor que regresáramos a la ciudad. Ya he tenido suficiente cacería por hoy.

Xerstle masculló algo. Se estaba haciendo tarde; había perdido su presa y uno de sus leones, pero no parecía haber razón para proseguir la cacería, por lo que de mala gana accedió.

—¿Así que esto es una gran cacería? —comentó Tarzán con aire meditativo—. Quizá no ha sido emocionante, pero yo me lo he pasado muy bien. Sin embargo, Gemnon parece ser el único que ha sacado provecho de ella: ha ganado mil dracmas.

Xerstle gruñó malhumorado y se encaminó con grandes pasos hacia la ciudad. Cuando el grupo se separó ante la casa del padre de Gemnon, Tarzán se mantuvo cerca de Xerstle y le susurró en voz baja:

—Felicidades a Erot, y puede que la próxima vez tenga más suerte.

## XVI

### EN EL TEMPLO DE THOOS

AQUELLA noche, mientras Tarzán estaba sentado con Gemnon, el padre y la madre a la hora de cenar, entró un esclavo en la estancia para anunciar que había venido un mensajero de la casa de Thudos, el padre de Doria, con una importante comunicación para Gemnon.

—Hazle pasar —ordenó el joven noble, y unos instantes después un alto negro entró en la estancia.

—¡Ah, Gemba! —exclamó Gemnon en tono amable—. ¿Tienes un mensaje para mí?

—Sí, amo —respondió el esclavo—, pero es importante… y secreto.

—Puedes hablar delante de estas personas, Gemba —replicó Gemnon —. ¿De qué se trata?

—Doria, la hija de Thudos, mi amo, me ha enviado a decirte que, mediante una treta, el noble Erot hoy ha conseguido entrar en casa de su padre y ha hablado con ella. Lo que le ha dicho no tenía importancia, pero sí el hecho de que la ha visto.

—¡Ese chacal! —exclamó el padre de Gemnon.

Gemnon palideció.

—¿Esto es todo? —preguntó.

—Esto es todo, amo —respondió Gemba. Gemnon sacó una moneda de oro de su bolsillo y se la entregó al esclavo.

—Vuelve con tu ama y dile que iré a hablar con su padre mañana.

Cuando el esclavo se hubo retirado, Gemnon miró a su padre con aire desesperado.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó—. ¿Qué puede hacer Thudos? ¿Qué puede hacer nadie? Estamos indefensos.

—Quizá yo pueda hacer algo —sugirió Tarzán—. De momento, parece que gozo de la confianza de vuestra reina; cuando la vea la interrogaré y, si es necesario, intercederé por ti.

Una nueva esperanza acudió a los ojos de Gemnon.

—¿Lo harás? —exclamó—. A ti te escuchará. Creo que sólo tú puedes salvar a Doria; pero recuerda que la reina no debe verla, porque si lo hiciera, nada podría salvarla: la desfiguraría o la mataría.

A primera hora de la mañana siguiente, un mensajero del palacio trajo la orden de que Tarzán visitara a la reina a mediodía, con instrucciones de que Gemnon le acompañara con una fuerte guardia, pues la reina temía un ataque de los enemigos de Tarzán.

—Han de ser enemigos poderosos los que se atrevan a intentar frustrar los deseos de Nemone —comentó el padre de Gemnon.

—Sólo hay uno en todo Cathne que se atreve a ello —replicó Gemnon.

El anciano asintió.

—¡Esa vieja diablesa! ¡Ojalá Thoos la destruyera! ¡Es vergonzoso que Cathne sea gobernado por una esclava!

—He visto a Nemone mirarla como si deseara matarla —intervino Tarzán.

—Sí, pero nunca se atreverá —profetizó el padre de Gemnon—. Entre la vieja bruja y Tomos alguna clase de amenaza se cierne sobre la cabeza de la reina para que ella no se atreva a destruir a ninguno de los dos; sin embargo, estoy seguro de que les odia a ambos, y es raro que permita vivir a alguien a quien odia.

Se cree que guardan el secreto de su nacimiento, un secreto que la destruiría si fuera anunciado al pueblo —explicó Gemnon—. Pero, vamos, tenemos la mañana para nosotros. No visitaré a Thudos hasta que hayas hablado con Nemone. ¿Qué haremos entretanto?

—Me gustaría visitar las minas de Cathne —respondió Tarzán—. ¿Tendremos tiempo?

—Sí, lo tendremos —respondió Gemnon—. La Mina del Sol Naciente no está lejos, y como hay poco que ver allí no tardaremos mucho.

En el camino de Cathne a la mina más cercana, Gemnon señaló la planta criadora de leones de caza y de guerra. Pero no se detuvieron para visitar el lugar y ascendieron el corto sendero de montaña que llevaba a la Mina de Oro del Sol Naciente.

Como le había prevenido Gemnon, había poco que ver. Las minas estaban abiertas, el filón madre se encontraba prácticamente a ras del suelo y era tan rico que sólo se necesitaban unos cuantos esclavos trabajando con toscos picos y palas para suministrar las reservas de este material. Pero no

eran las minas ni el oro lo que Tarzán deseaba ver. Había prometido a Hafim que llevaría un mensaje a su hermano, Niaka; y con este fin había sugerido la visita.

Mientras avanzaban entre los esclavos, inspeccionando visiblemente el filón, logró por fin separarse lo suficiente de Gemnon y de los guerreros que vigilaban a los obreros para poder hablar con uno de los esclavos sin que nadie lo advirtiera.

—¿Quién es Niaka? —preguntó en lengua galla, bajando la voz.

El negro levantó la mirada, sorprendido, pero un gesto de advertencia de Tarzán le hizo volver a bajar la cabeza y su respuesta llegó en un susurro.

—Niaka es el hombre corpulento que está a mi derecha. Es capataz; ya ves que no trabaja.

Tarzán fue entonces en dirección a Niaka, y cuando estuvo cerca se paró a su lado y se inclinó como si examinara el filón que estaba al descubierto a sus pies.

—Escucha —le susurró—, te traigo un mensaje, pero que nadie sepa que te estoy hablando. Es de tu hermano, Hafim. Ha escapado.

—¿Cómo? —susurró Niaka.

Brevemente, Tarzán se lo explicó.

—¿Fuiste tú, pues, quien le salvó?

El hombre mono asintió.

—Yo sólo soy un pobre esclavo —dijo Niaka— y tú eres un poderoso noble, no cabe duda; así que nunca podré pagártelo. Pero si alguna vez necesitas cualquier servicio que Niaka te pueda hacer, no tienes más que ordenarlo; te serviría con mi vida. En aquella pequeña cabaña, debajo de las excavaciones, vivo con mi mujer, porque soy capataz y confían en mí y, por tanto, vivimos solos. Si alguna vez me necesitas, aquí me encontrarás.

—No te pido nada a cambio de lo que hice —replicó Tarzán—, pero recordaré dónde vives; uno nunca sabe lo que el futuro le deparará.

Se alejó entonces y se reunió con Gemnon, y los dos regresaron a la ciudad, mientras en el palacio de la reina Tomos entraba en el aposento de Nemone y se arrodillaba ante ella.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó la reina—. ¿Es tan urgente ese asunto que debo interrumpir mi aseo?

—Sí, majestad —respondió el consejero—, y te ruego que hagas salir a tus esclavas. Lo que tengo que decirte es sólo para tus oídos.

Había cuatro muchachas negras trabajando en las uñas de Nemone, una en cada pie y una en cada mano, y una muchacha blanca que le arreglaba el cabello. La reina dijo a la mujer blanca:

—Llévate a las esclavas, Maluma, y envíalas a sus aposentos; tú puedes esperarme en la habitación de al lado.

Se volvió entonces al consejero, que se había puesto de pie.

—Bueno, ¿de qué se trata?

—Majestad, tenías razón en sospechar de la lealtad de Thudos —le recordó Tomos—, y por el bienestar de su majestad y la seguridad del trono, vigilo constantemente las actividades de este poderoso enemigo. Movido por el amor y la lealtad, el noble Erot ha sido mi más fiel agente y aliado; y es a él, realmente, a quien debo la información que te traigo.

Nemone dio unos golpecitos impacientes en el suelo con el pie.

—Termina con ese preámbulo y dime lo que has venido a decirme —espetó, pues no le gustaba Tomos y no hacía ningún esfuerzo para ocultar sus sentimientos.

—Seré breve, pues; es esto: Gemnon conspira también con Thudos, esperando, sin duda, que su recompensa será la bella hija de su jefe.

—¿Aquella ramera con hoyuelos? —exclamó Nemone—. ¿Quién ha dicho que es bella?

—Erot me ha dicho que Gemnon y Thudos creen que es la mujer más hermosa del mundo —respondió Tomos.

—¡Imposible! ¿La vio Erot?

—Sí, majestad, la vio.

—¿Y qué dice Erot? —preguntó la reina.

—Que en verdad es hermosa —respondió el consejero—. También hay otros que lo piensan.

—¿Quiénes son?

—Uno que ha sido arrastrado a la conspiración con Gemnon y Thudos por la belleza de Doria, la hija de Thudos.

—¿A quién te refieres? ¡Habla! Sé que tienes algo desagradable en la mente y que te mueres de ganas de decírmelo, ya que me hará infeliz.

—¡Oh, majestad, te equivocas! —exclamó Tomos—. Mis únicos pensamientos son para la felicidad de mi amada reina.

—Tus palabras apestan a falsedad —espetó Nemone—. Pero ve al grano; tengo otros asuntos en que ocupar mi tiempo.

—Dudaba en nombrarte al otro por miedo a herir a su majestad —dijo

Tomos con hipocresía—, pero ya que insistes, te diré que se trata del extranjero llamado Tarzán.

Nemone se irguió.

—¿Qué serie de mentiras estáis inventando tú y M'duze? —preguntó.

—No es mentira, majestad. Tarzán y Gemnon fueron vistos saliendo de la casa de Thudos anoche a altas horas. Erot les había seguido allí y les vio entrar; estuvieron mucho rato. Escondiéndose en las sombras, al otro lado de la avenida, les vio salir. Dice que discutían sobre Doria y cree que fue Gemnon quien buscaba la vida de Tarzán por celos.

Nemone se irguió un poco más; tenía el rostro pálido y tenso por la ira.

—Alguien morirá por esto —dijo con voz baja—. ¡Vete!

Tomos retrocedió y salió de la habitación. Estaba eufórico y esperaba a tener tiempo para reflexionar sobre las palabras de la reina; luego, pensó que Nemone no había señalado explícitamente quién debía morir. Él había supuesto que se refería a Tarzán, porque él deseaba que muriera; pero después se le ocurrió que podía haberse referido a otro, y entonces se sintió menos eufórico.

Era casi mediodía cuando Tarzán y Gemnon regresaron a la ciudad, y era hora de que el último llevara a Tarzán a su audiencia con Nemone. Con una guardia de guerreros fueron al palacio, donde sólo el hombre mono fue admitido y llevado a presencia de la reina.

—¿Dónde has estado?

Tarzán la miró con sorpresa; luego, sonrió.

—He visitado la Mina del Sol Naciente.

—¿Dónde estuviste anoche?

—En casa de Gemnon —respondió.

—¡Estuviste con Doria! —acusó Nemone.

—No —dijo el hombre mono—. Eso sucedió anteanoche.

Le había sorprendido la acusación y lo que implicaba, pero no dejó que ella viera que estaba sorprendido. No pensaba en sí mismo, sino en Doria y en Gemnon, y buscaba un plan para protegerles. Era evidente que algún enemigo se había vuelto informador y que Nemone ya conocía la visita a la casa de Thudos; por lo tanto, le pareció que habría levantado las sospechas de la reina si lo hubiera negado. Admitirlo libremente, para demostrarle que no pensaba ocultar nada, las mitigaría. En realidad, la respuesta franca y rápida de Tarzán dejó a Nemone bastante deshinchada.

—¿Por qué fuiste a casa de Thudos? —preguntó, pero esta vez su tono

no era acusador.

—Verás, Gemnon no se atreve a dejarme solo por miedo a que escape o a que me ocurra algo, y por eso se ve obligado a llevarme adondequiera que va. Es bastante duro para él, Nemone, y he estado tratando de pedirte que hicieras a otro responsable de mí al menos durante una parte del tiempo.

—Hablaremos de eso más tarde —respondió la reina—. ¿Por qué fue Gemnon a casa de Thudos? —Los ojos de Nemone se entrecerraron en gesto de desconfianza.

El hombre mono sonrió.

—Qué pregunta tan tonta —exclamó—. Gemnon está enamorado de Doria, creía que todo Cathne lo sabía; sin duda se toma molestias para decírselo a sus conocidos.

—¿Estás seguro de que no eres tú el que está enamorado de ella? —preguntó Nemone.

Tarzán la miró con evidente disgusto.

—No seas tonta, Nemone —dijo—. No me gustan las mujeres necias.

La reina de Cathne se quedó boquiabierta. En toda su vida, nadie se había atrevido a dirigirse a ella en aquel tono o con aquellas palabras. Por un instante la dejaron sin habla, pero en ese momento comprendió de pronto que lo que la asombraba también aliviaba su mente de las sospechas y los celos: Tarzán no amaba a Doria. Además, se vio obligada a admitir que la indiferencia de Tarzán ante ella o su ira aumentaban el respeto que sentía por él y le hacían aún más deseable a sus ojos. Nunca había conocido a otro hombre igual; nadie la había dominado jamás. Allí había uno que lo haría si lo deseaba, pero a ella le preocupaba el miedo de que a él no le importara lo suficiente para desear dominarla.

Cuando volvió a hablar, había recuperado la calma.

—Me han dicho que la amas —explicó—, pero no lo he creído. ¿Es muy hermosa? He oído decir que está considerada la mujer más bella de Cathne.

—Quizá Gemnon lo cree —respondió Tarzán con una carcajada—, pero tú sabes lo que hace el amor a los ojos de la juventud.

—¿Qué opinas de ella? —preguntó la reina.

El hombre mono se encogió de hombros.

—No tiene mal aspecto —dijo.

—¿Es tan bella como yo, Nemone? —preguntó la reina.

—Como el brillo de una estrella lejana en comparación con el brillo del

sol.

Esta respuesta pareció agradar a Nemone, que se levantó y se acercó a Tarzán.

—¿Crees que yo soy bella? —preguntó en tono bajo e insinuante.

—Eres muy bella, Nemone —respondió él sin mentir.

Ella se apretó contra él y le acarició el hombro con una mano suave y cálida.

—Ámame, Tarzán —susurró con voz ronca de emoción.

Se oyó entonces un ruido de cadenas en el otro extremo de la sala, seguido por un terrorífico rugido cuando Belthar saltó a los pies de Tarzán. Nemone se apartó de pronto del hombre mono; un escalofrío le recorrió el cuerpo y una expresión de miedo y también de ira acudió a su rostro.

—Siempre lo mismo —dijo irritada, temblando un poco—. Belthar está celoso. Hay un extraño vínculo que une la vida de esa bestia a la mía.

No sé lo que es; ojalá lo supiera. —Un destello, casi de locura, brilló en sus ojos.— ¡Ojalá lo supiera! A veces creo que es el compañero que Thoos tiene para mí, a veces creo que soy yo misma con otra forma. Pero una cosa sé: ¡Cuando Belthar muera, yo moriré también!

Levantó la mirada con tristeza hacia Tarzán y su humor cambió de nuevo.

—Vamos, amigo mío —dijo—, iremos juntos al templo y quizá Thoos responda a las preguntas que están en el corazón de Nemone. —Tiró de un disco de bronce que pendía del techo, y cuando las notas metálicas resonaban en la sala se abrió una puerta y un noble se inclinó en el umbral.

—¡La guardia! —ordenó la reina—. Vamos a visitar a Thoos en su templo.

El recorrido hasta el templo se hizo en forma de desfile: guerreros marchando con estandartes que salían de la punta de las lanzas, nobles resplandecientes con elegantes atavíos, la reina en un carro de oro tirado por leones. Tomos iba a pie a un lado del reluciente vehículo y Tarzán iba al otro, en el lugar que antes ocupaba Erot.

El hombre mono estaba inquieto como un león de la jungla caminando entre las hileras de ciudadanos que contemplaban la procesión con la boca abierta. Las multitudes le molestaban e irritaban; las formalidades le fastidiaban; sus pensamientos estaban lejos, en la distante jungla que tanto amaba. Sabía que Gemnon estaba cerca, observándole; pero estuviera cerca o no, Tarzán no intentaría escapar mientras este amigo fuera responsable de

él. Ocupada su mente con estos pensamientos, habló a la reina.

—En el palacio —le recordó—, te he hablado de que relevaras a Gemnon de la fastidiosa tarea de vigilarme.

—Gemnon lo hace bien —replicó ella—. No veo razón para cambiarlo.

Alíviale ocasionalmente —sugirió Tarzán—. Deja que Erot ocupe su lugar.

Nemone le miró con asombro.

—¡Pero si Erot te odia! —exclamó.

—Razón de más para que me vigile con atención —argumentó Tarzán.

—Probablemente te mataría.

—No se atrevería a hacerlo si supiera que pagaría con su propia vida mi muerte o mi huida.

—Gemnon te cae bien, ¿no? —preguntó Nemone con inocencia.

—Sí, muy bien —la tranquilizó el hombre mono.

—Entonces, él es el hombre indicado para vigilarte, porque no pondrías su vida en peligro escapando mientras él es responsable.

Tarzán sonrió para sí y no dijo más; era evidente que Nemone no era tonta. Tendría que idear algún otro plan para escapar que no pusiera en peligro la seguridad de su amigo.

Se estaban acercando ya al templo y su atención se distrajo al ver que venían varios sacerdotes con una joven esclava encadenada. La llevaron al carro de Nemone y, mientras la procesión se detenía, los sacerdotes entonaban cantos en una extraña jerga que Tarzán no entendía. Más adelante se enteró de que nadie la entendía, ni siquiera los sacerdotes; pero cuando preguntó por qué recitaban algo que no comprendían, nadie le supo responder.

Gemnon creía que en otra época aquellas palabras habían significado algo, pero que llevaban tanto tiempo repitiéndose de forma mecánica que la pronunciación original se había perdido y el significado de las palabras se había olvidado por completo.

Cuando el cántico terminó, los sacerdotes encadenaron a la muchacha a la parte trasera del carro de la reina y se reanudó la marcha; los sacerdotes iban detrás de la muchacha.

Phobeg estaba de guardia en la entrada del templo cuando entró una chica. Al reconocer al guardián le saludó y se paró un momento a charlar, pues el grupo real aún no había entrado en la plaza del templo.

—Hace mucho tiempo que no te veo y hablamos, Phobeg —dijo ella—.

Me alegro de que vuelvas a ser guardia del templo.

—Gracias a ese extranjero llamado Tarzán estoy vivo y aquí —respondió Phobeg.

—Yo habría dicho que le odiabas —exclamó la muchacha.

—Yo no —dijo Phobeg—. Sé reconocer a un hombre que es mejor que yo. Le admiro. ¿Y no me concedió la vida cuando la multitud pedía a gritos mi muerte?

—Es cierto —admitió la muchacha—. Y ahora él necesita un amigo.

—¿Qué quieres decir, Maluma? —preguntó el guerrero.

—Me encontraba en la habitación de al lado esta mañana, cuando Tomos ha visitado a la reina —explicó la muchacha— y le he oído decir que Thudos, Gemnon y Tarzán estaban conspirando contra ella y que Tarzán amaba a Doria, la hija de Thudos.

—¿Cómo sabía Tomos estas cosas? —preguntó Phobeg—. ¿Le ha presentado alguna prueba?

—Ha dicho que Erot había vigilado y visto a Gemnon y a Tarzán visitar la casa de Thudos —explicó Maluma—. También le ha contado que Erot había visto a Doria y le había comentado que era muy hermosa.

Phobeg dejó escapar un silbido.

—La hija de Thudos está acabada —dijo.

—También el extranjero está acabado —profetizó Maluma—: y lo siento, porque me cae bien. No es como ese chacal, Erot, a quien todo el mundo odia.

—¡Ahí está la reina! —exclamó Phobeg cuando la cabeza de la procesión desembocó en la plaza del templo—. Corre a coger un buen sitio, porque hoy ocurrirá algo digno de verse; siempre es así cuando la reina viene a adorar al dios.

Ante el templo, Nemone se apeó del carro y subió la ancha escalinata que conducía a la adornada entrada. Detrás de ella iban los sacerdotes con la esclava, una muchacha de grandes ojos, asustada, con lágrimas en las mejillas. Les seguían los nobles de la corte, y los guerreros de la guardia permanecieron en la plaza del templo, ante la entrada.

El templo era un amplio edificio de tres plantas con una gran cúpula central a cuyo alrededor discurrían unas galerías interiores en el segundo y tercer piso. El interior de la cúpula era de oro, igual que las columnas que soportaban las galerías, mientras que las paredes del edificio estaban embellecidas con mosaicos de colores. Directamente enfrente de la entrada

principal, sobre una tarima elevada, había una gran jaula en forma de nicho y en ambos lados había un altar con un león tallado en oro macizo. Ante la tarima había una barandilla de piedra en cuyo interior se encontraba un trono y una hilera de bancos de piedra frente a la jaula.

Nemone avanzó y se sentó en el trono, mientras los nobles ocupaban sus sitios en los bancos. Nadie prestaba atención a Tarzán, así que éste se quedó fuera de la barandilla como espectador poco interesado.

Había observado un cambio en Nemone en el instante en que ésta entró en el templo. Había mostrado signos de extremo nerviosismo y la expresión de su cara se había puesto tensa e impaciente; había un destello de luz en sus ojos que era como el destello de locura que había visto en ocasiones anteriores, y sin embargo era diferente: era el destello del fanatismo religioso.

Tarzán vio que los sacerdotes acompañaban a la muchacha al estrado y luego que, más adelante, había algo en la jaula. Se trataba de un viejo y sarnoso león. El sumo sacerdote inició un cántico sin sentido al que los otros se unían de vez en cuando como si dieran respuestas. Nemone se inclinaba hacia delante con aire impaciente; tenía los ojos fijos en el viejo león. Sus senos subían y bajaban con su excitada respiración.

De repente el cántico cesó y la reina se puso de pie.

—¡Oh, Thoos! —exclamó, extendiendo las manos hacia el roñoso y viejo carnívoro—. Nemone te saluda y te hace una ofrenda. Recíbela de Nemone y bendice a ésta. Dale vida, salud y felicidad; sobre todo, Nemone ruega por ser feliz. Consérvale sus amigos y destruye a sus enemigos. Y, oh, Thoos, dale la única cosa que más desea: amor, el amor del único hombre al que Nemone jamás ha amado. —Y el león la miraba ferozmente a través de los barrotes.

Hablaba como si se hallara en trance, como si estuviera ajena a todo lo que la rodeaba salvo el dios al que oraba. Había patetismo y tragedia en su voz, y el pecho del hombre mono se inundó de una gran piedad por aquella pobre reina que jamás había conocido el amor y que tal vez nunca lo conociera debido al retorcido cerebro que confundía pasión con afecto y lujuria con amor.

Cuando ella se sentó débilmente en su trono de oro, los sacerdotes llevaron a la joven esclava a una puerta que había junto a la jaula, y cuando la cruzó, el león saltó sobre ella, golpeando pesadamente los barrotes que le impedían el paso. Sus rugidos resonaron en el templo, llenando la cámara

de un ruido retumbante que reverberaba en la cúpula de oro.

Nemone permanecía sentada, silenciosa y rígida, en el trono, mirando fijamente el león enjaulado; los sacerdotes y muchos de los nobles recitaban plegarias en tono monótono. Para Tarzán era evidente que estaban rezando al león, pues todos los ojos estaban fijos en la repulsiva bestia, y algunas de las preguntas que le habían intrigado al llegar a Cathne obtuvieron respuesta. Entendía ahora los extraños juramentos de Phobeg y su declaración de que había pisado la cola de un león.

De pronto, un rayo de luz iluminó directamente la jaula desde arriba. El león, que había estado paseando inquieto de un lado a otro, se paró y levantó la mirada, con las fauces abiertas, de las que le caía saliva. El público estalló al unísono en un monótono cántico. Tarzán, medio adivinando lo que estaba a punto de ocurrir, se levantó de la barandilla en la que había estado sentado y se adelantó.

Pero cualesquiera que fueran sus intenciones, no llegó a tiempo de impedir la tragedia que ocurrió en un instante. Cuando se puso de pie, el cuerpo de la joven esclava fue arrojado desde arriba a las garras del león. Un único grito penetrante se mezcló con los horribles rugidos del carnívoro y se extinguió cuando la joven murió.

Tarzán volvió la cara con repugnancia e ira y salió del templo al aire fresco y al sol; al hacerlo, un guerrero que estaba en la puerta le llamó por el nombre en un susurro. Había un tono de precaución en la voz, por lo que el hombre mono no dio muestras de haber oído nada cuando volvió sus ojos con indiferencia en la dirección de la que habían venido las palabras, ni dejó traslucir su interés cuando descubrió que era Phobeg quien se había dirigido a él.

Tarzán se volvió lentamente, para quedar de espaldas al guerrero, y miró hacia el templo como si esperara el regreso del grupo real; luego, retrocedió hasta el costado de la entrada, como haría alguien que esperara, y se quedó tan cerca de Phobeg que éste habría podido tocarle moviendo la lanza unos pocos centímetros; pero ninguno de los dos dio muestras de ser consciente de la identidad o la presencia del otro.

En un susurro bajo, sin mover apenas los labios, Phobeg dijo:

—¡Tengo que hablar contigo! Ve a la parte de atrás del templo dos horas después de que el sol se haya puesto. No respondas, pero si me oyes y tienes intención de ir, vuelve la cabeza a la derecha.

Cuando Tarzán dio la señal de asentimiento, el grupo real empezó a

salir del templo y él se puso detrás de Nemone. La reina estaba callada y taciturna, como siempre después que la tortura y la sangre en el templo despertaran su frenesí religioso; la reacción la dejaba débil e indiferente. En el palacio, despidió a su séquito, incluido a Tarzán, y se retiró a sus aposentos.

## XVII

### EL SECRETO DEL TEMPLO

DESPUÉS de que el grupo real abandonara el templo, Maluma salió y se detuvo a charlar con Phobeg. Durante un rato hablaron, antes de que ella se despidiera y se encaminara hacia el palacio. Hablaron de muchas cosas: del hombre que estaba en la prisión secreta detrás de una pesada puerta de oro bajo el templo, de Erot y Tomos, de Nemone y Tarzán, de Gemnon y Doria y, sobre todo, como eran humanos, hablaron de ellos. Era tarde cuando Maluma regresó al palacio; ya era la hora de la cena.

En la casa de su padre, Gemnon se paseaba por el patio mientras esperaba la llamada a cenar. Tarzán estaba sentado y un tanto reclinado en un banco de piedra. Vio que su amigo estaba preocupado y eso le inquietó, más quizá porque sabía que había graves motivos para tener miedo y no estaba seguro de poder impedir el desastre que le amenazaba.

Tratando de distraer a Gemnon de sus problemas, Tarzán habló de la ceremonia en el templo, pero principalmente del templo mismo, alabando su belleza y comentando su magnificencia.

—Es espléndido —observó—; demasiado para los crueles ritos que hoy he presenciado allí.

—La muchacha sólo era una esclava —replicó Gemnon—, y dios ha de comer. No es nada malo hacer ofrendas a Thoos; pero el templo oculta algo que realmente está mal. En su interior, en algún lugar, está oculto Alextar, el hermano de Nemone; y mientras él se pudre allí, el corrupto Tomos y la cruel M'duze gobiernan Cathne a través de la loca de Nemone.

»Muchos querrían un cambio y colocar a Alextar en el trono, pero temen la ira del terrible triunvirato. Así que seguimos igual y no se hace nada. Víctima tras víctima sucumben a los malignos celos y el miedo que animan constantemente el trono.

»Hoy tenemos pocas esperanzas; no tendremos ninguna si la reina lleva a cabo el plan que se cree está pensando y destruye a Alextar. Hay razones

por las que sería ventajoso para ella hacerlo, y la más importante es el derecho de Alextar de proclamarse rey si algún día lograra llegar al palacio.

»Si Nemone muriera, Alextar se convertiría en rey y el pueblo insistiría en que ocupara el lugar que por derecho le corresponde. Por esta razón Tomos y M'duze están ansiosos por destruirle. Hay que decir en favor de Nemone que, durante todos estos años, se ha apartado de ellos, negándose rotundamente a destruir a Alextar. Pero si alguna vez éste amenaza seriamente su poder, está perdido. Han llegado a sus oídos rumores de que se ha perfeccionado un plan para colocarle en el trono, lo que puede que ya haya sellado su destino.

Durante la cena, Tarzán pensó algunos planes para visitar a Phobeg en el templo. Deseaba ir solo, pero sabía que situaría a Gemnon en una posición dificil si sugería ese plan, mientras que permitir que el noble le acompañara podría no sólo sellar los labios de Phobeg, sino poner en peligro su seguridad también; por lo tanto, decidió ir en secreto.

Siguiendo la estratagema que había adoptado, se quedó conversando con Gemnon y sus padres hasta casi dos horas después de que el sol se hubiera puesto; luego, se excusó, diciendo que estaba cansado, y fue a la habitación que le habían asignado. Pero no se quedó en ella. Se limitó a cruzar la habitación, de la puerta a la ventana, y salió al patio. Allí, como en todos los jardines y avenidas de la parte de la ciudad ocupada por la nobleza, había grandes árboles; unos momentos más tarde, el señor de la jungla se dirigía a través de su espacio natural hacia el templo dorado de Thoos.

Se paró por fin en un árbol próximo a la parte trasera del templo, donde vio la corpulenta y familiar figura de Phobeg que le esperaba en las sombras. Sin hacer ruido, el hombre mono saltó al suelo frente al asombrado guerrero.

—Por los grandes colmillos de Thoos —exclamó Phobeg—, ¡qué susto me has dado!

—Me esperabas —fue el único comentario de Tarzán.

—Pero no desde los cielos —replicó Phobeg—. Sin embargo, estás aquí, y eso está bien. Tengo mucho más que contarte que cuando te he pedido que vinieras. Me he enterado de más cosas.

—Te escucho —dijo Tarzán.

—Una muchacha que está al servicio de la reina oyó sin querer una conversación entre Nemone y Tomos —empezó a decir Phobeg—. Tomos

os acusó a ti, a Gemnon y a Thudos de conspirar contra ella. Erot os espió y se enteró de vuestra larga visita a casa de Thudos unas noches atrás. También consiguió entrar en la casa con algún pretexto, a la noche siguiente, y vio a Doria, la hija de Thudos. Tomos le dijo a Nemone que Doria era muy bella y que tú estabas enamorado de ella.

»Nemone aún no está convencida de que amas a Doria, pero para estar a salvo ha ordenado a Tomos que secuestre a la chica y la lleve al templo, donde quedará prisionera hasta que Nemone decida su destino. Puede que la haga destruir o que se contente con desfigurar su belleza.

»Pero lo que debes saber es esto: Si das a Nemone el más mínimo motivo para creer que estás conspirando contra ella o de que Doria te gusta, te hará matar. Lo único que puedo hacer es avisarte.

—Ya me avisaste una vez, ¿verdad? —dijo Tarzán—, la noche en que Gemnon y yo fuimos a casa de Thudos.

—Sí, fui yo —respondió Phobeg.

—¿Por qué lo haces? —preguntó el hombre mono.

—Porque te debo la vida —respondió el guerrero—, y porque sé conocer a un hombre cuando lo veo. Si un hombre puede levantar a Phobeg y arrojarle como si fuera un niño pequeño, Phobeg está dispuesto a ser su esclavo.

—Sólo puedo agradecerte lo que me has dicho, Phobeg —dijo Tarzán —. Ahora, cuéntame más. Si traen a Doria al templo, ¿dónde la encerrarán?

—Es dificil decirlo. Alextar está en habitaciones subterráneas, bajo el templo, pero en el segundo y el tercer piso hay estancias donde podrían confinar a un prisionero, en especial a una mujer.

—¿Podrías avisarme si la arrestan?

—Podría intentarlo —respondió Phobeg.

—¡Bien! ¿Hay algo más?

—No.

—Entonces, regresaré con Gemnon y le avisaré. Quizás encontraremos la manera de calmar a Nemone o de ser más listos que ella.

—Las dos cosas son difíciles —comentó Phobeg—, pero adiós, ¡y buena suerte!

Tarzán se subió al árbol más cercano y desapareció entre las sombras de la noche, mientras Phobeg meneaba la cabeza, perplejo, y regresaba a sus aposentos del templo.

El hombre mono se dirigió hacia su habitación por la misma avenida y

fue de inmediato a la sala de estar común donde la familia solía congregarse por la noche. Allí encontró a los padres de Gemnon, pero éste no estaba.

—¿No podías dormir? —preguntó la madre.

—No —respondió el hombre mono—. ¿Dónde está Gemnon?

—Le han llamado al palacio poco después de que te fueras a tu habitación —explicó el padre.

Anunciando que esperaría a que su hijo regresara, Tarzán se quedó en la sala de estar conversando con los padres. Le extrañaba un poco que le hubieran convocado al palacio a aquellas horas, y las cosas que Phobeg le había contado le hicieron sentir un poco de aprensión, pero guardó para sí sus pensamientos para no asustar a sus anfitriones.

Había transcurrido apenas una hora cuando oyeron que llamaban a la puerta, y después entró un esclavo para anunciar que un guerrero deseaba hablar con Tarzán de un asunto urgente.

El hombre mono se puso de pie.

—Iré a verle —dijo.

—Ten cuidado —le previno el padre de Gemnon—. Tienes enemigos acérrimos que se alegrarían de verte destruido.

—Iré con cuidado —le aseguró Tarzán al salir de la habitación detrás del esclavo.

En la puerta, dos guerreros conectados con la casa estaban deteniendo a un hombre corpulento al que Tarzán reconoció incluso de lejos: era Phobeg.

—Tengo que hablar contigo enseguida y a solas —dijo éste.

—Está bien —dijo Tarzán a los guardias—. Dejadle entrar y hablaré con él en los jardines.

Cuando hubieron caminado una corta distancia, Tarzán se paró y miró a su visitante.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Me traes malas noticias?

—Muy malas —respondió Phobeg—. Gemnon, Thudos y muchos de sus amigos han sido arrestados y ahora están en las mazmorras del palacio. Han cogido a Doria y ahora está encerrada en el templo. No esperaba encontrarte libre, pero he pensado que el interés que tiene Nemone por ti podría haberte salvado de momento. Si puedes escapar de Cathne, hazlo enseguida; puede cambiar de humor en cualquier momento. Está loca como una cabra.

—Gracias, Phobeg —dijo el hombre mono—. Ahora regresa a tus aposentos antes de que te veas envuelto en este asunto.

—¿Escaparás? —preguntó el guerrero.

—Estoy en deuda con Gemnon —respondió Tarzán—, por su bondad y su amistad. O sea que no me iré hasta que haya hecho todo lo posible para ayudarle.

—Nadie puede ayudarle —declaró Phobeg con énfasis—. Lo único que harás será meterte en problemas.

—Tendré que arriesgarme, y ahora, adiós, amigo mío; pero antes de irte, dime dónde está encerrada Doria.

—En el tercer piso del templo, en la parte posterior del edificio, justo encima de la puerta donde esta noche te he esperado.

Tarzán acompañó a Phobeg a la puerta y salió a la avenida.

—¿Adónde vas? —preguntó este último.

—Al palacio.

—También tú estás loco —protestó Phobeg, pero el hombre mono ya le había dejado y se dirigía rápidamente en dirección al palacio por la avenida.

Era tarde, pero Tarzán ya era una figura conocida por los guardias del palacio, y cuando les dijo que Nemone le había llamado, le dejaron entrar y no le detuvieron hasta que hubo llegado a la antesala de los aposentos de la reina. Allí, un noble que estaba de guardia protestó porque era muy tarde y dijo que la reina se había retirado, pero Tarzán insistió en verla.

—Dile que soy Tarzán —le dijo.

—No me atrevo a molestarla —explicó el noble, nervioso, temiendo la ira de Nemone si lo hacía y temiendo lo mismo si se negaba a anunciar al nuevo favorito que había sustituido a Erot.

—Entraré —dijo Tarzán, y se dirigió hacia la puerta que daba a la sala de marfil donde Nemone solía recibirle. El noble intentó impedirlo, pero el hombre mono le apartó de un empujón e intentó abrir la puerta sólo para encontrar el cerrojo echado por el otro lado; entonces, con los puños, golpeó con fuerza su superficie tallada.

Al instante, desde detrás de la puerta, llegaron los salvajes rugidos de Belthar y, unos instantes después, la asustada voz de una mujer.

—¿Quién está ahí? —preguntó—. La reina duerme. ¿Quién se atreve a molestarla?

—Ve a despertarla —gritó Tarzán—. Dile que Tarzán está aquí y desea

verla enseguida.

—Me temo —replicó la muchacha— que la reina se enfadará. Vete y vuelve por la mañana.

Tarzán oyó otra voz tras la puerta que preguntaba:

—¿Quién llama a la puerta de Nemone a estas horas?

El hombre mono reconoció a la reina.

—Es el noble Tarzán —respondió la esclava.

—Descorre los cerrojos y déjale entrar —ordenó Nemone, y cuando la puerta se abrió, Tarzán entró en la sala de marfil que ahora tan bien conocía.

La reina estaba en el centro del aposento. Tenía el pelo alborotado, el rostro ligeramente sonrojado. Era evidente que acababa de levantarse de la cama, en la habitación contigua, y se había echado un chal fino sobre los hombros antes de salir a la sala de marfil. Estaba muy hermosa. Había un destello de impaciencia y curiosidad en sus ojos. Ordenó a la esclava que volviera a cerrar la puerta y saliera; luego, se volvió, fue hasta el diván e hizo señas a Tarzán de que se acercara. Cuando se hundió entre los blandos cojines, le indicó que se sentara a su lado.

—Me alegro de que hayas venido —dijo—. No podía dormir. He estado pensando en ti. Pero, dime, ¿por qué has venido? ¿Has estado pensando en mí?

—He estado pensando en ti, Nemone —respondió el hombre mono—, he estado pensando que quizá me ayudarías; que puedes ayudarme, lo sé.

—Sólo tienes que pedir —repuso la reina con voz suave—. No hay favor que no puedas conseguir de Nemone.

Un simple fanal arrojaba una luz suave y vacilante que apenas hacía desaparecer la oscuridad de la habitación, al fondo de la cual los ojos amarillo verdosos de Belthar relucían como dos lucecitas. Mezclada con el acre olor del carnívoro y los vapores de incienso se hallaba la seductora aura del cuerpo perfumado de la mujer. Su cálido aliento acarició la mejilla de Tarzán cuando le atrajo hacia ella.

—Al menos has venido a mí por voluntad propia —susurró—. ¡Ah, Thoos!, ¡cuánto he deseado este momento!

Sus suaves brazos desnudos se deslizaron rápidamente al cuello de Tarzán y le atrajo más hacia sí.

—¡Tarzán! ¡Mi Tarzán! —casi sollozó, y luego, la fatídica puerta del otro extremo del aposento se abrió y los golpes de un cayado de metal

sobre el suelo de piedra les hizo erguirse a los dos para ver el rostro contraído de M'duze.

—¡Tú, necia! —gritó la vieja arpía con voz estridente—. ¡Haz que ese hombre se vaya, a menos que quieras verle muerto aquí, ante tus ojos! ¡Hazle marchar enseguida!

Nemone se puso de pie de un salto y miró a la cara a la anciana, que ahora temblaba de ira.

—Has ido demasiado lejos, M'duze —dijo con voz fría y calmada—. Vete a tu habitación y recuerda que yo soy la reina.

—¡Reina! ¡Reina! —canturreó la espantosa criatura con voz aguda y sarcástica—. Haz marchar a tu amante o le diré quién y qué eres.

Nemone se dirigió rápidamente hacia ella y, al pasar junto a un pedestal bajo, se inclinó y cogió algo que estaba allí. De pronto, la mujer esclava lanzó un grito y se encogió, pero antes de poder volverse y alejarse, Nemone se precipitó sobre ella y la agarró del pelo. M'duze levantó su cayado y lo dejó caer sobre la reina, pero el golpe sólo despertó una mayor furia en la frenética mujer.

—Siempre me has arruinado la vida —exclamó Nemone—, tú y tu necio amante Tomos. Me has robado la felicidad y por eso, ¡toma! —y clavó la reluciente hoja de un cuchillo en el pecho marchito de la mujer, que no dejaba de gritar—, ¡y toma, toma, toma! —y cada vez hundía la hoja más profundamente para recalcar el veneno que había en las palabras y el corazón de Nemone, la reina.

Después, M'duze dejó de gritar y se desplomó en el suelo. Alguien llamaba a la puerta de la antesala y se oyeron las voces aterradas de nobles y guardias que querían entrar. En su rincón, Belthar tiraba de sus cadenas y rugía. Nemone se quedó quieta contemplando las convulsiones de la muerte de M'duze con ojos furiosos y labios contraídos.

—¡Maldita sea tu negra alma! —exclamó, y luego se volvió lentamente hacia la puerta en la que resonaban los golpes que daban los miembros de su séquito—. ¡Callaos! —gritó imperiosamente—. Yo, Nemone, la reina, estoy a salvo. Los gritos que oíais eran los de una esclava insolente a la que Nemone estaba corrigiendo.

Las voces tras la puerta se apagaron a medida que los guardias regresaron a sus puestos; luego, Nemone miró a Tarzán. De pronto parecía muy cansada.

—Ese favor —dijo— pídemelo en otro momento; Nemone está

agotada.

—Debo pedirlo ahora —replicó Tarzán—. Puede que mañana sea demasiado tarde.

—Bien —dijo—; te escucho. ¿De qué se trata?

—Hay un noble en tu corte que ha sido muy bueno conmigo desde que estoy en Cathne —empezó a decir Tarzán—. Ahora tiene problemas y he venido a pedirte que le salves.

La frente de Nemone se ensombreció.

—¿Quién es? —preguntó.

—Gemnon —respondió el hombre mono—. Ha sido arrestado con Thudos y la hija de Thudos y varios de sus amigos. Es un complot para destruirme a mí.

—¡Te atreves a venir a mí a interceder por traidores! —exclamó la reina, llena de repentina furia—. Pero sé la razón: ¡amas a Doria!

—No la amo; sólo la he visto una vez. Gemnon sí la ama. Déjales ser felices, Nemone.

—Yo no soy feliz —replicó ella—, ¿por qué han de serlo ellos? Dime que me amas, Tarzán, y seré feliz. —La voz le vibraba de emoción. Por un instante, se olvidó de que era reina.

—Una flor no florece en la semilla —dijo él—; crece poco a poco, y así es como crece el amor. Lo otro, lo que estalla espontáneamente por su propio calor, no es amor, es pasión. No te conozco bien ni desde hace mucho tiempo, Nemone; ésta es mi respuesta.

Ella se volvió y hundió el rostro en sus brazos mientras se sentaba en el diván; Tarzán vio que sus hombros se sacudían debido al llanto, y la piedad llenó su corazón. Se acercó a ella para consolarla, pero no tuvo ocasión de hablar porque ella se giró en redondo, echando fuego por los ojos a través de las lágrimas.

—¡Esa chica, Doria, morirá! —gritó—. ¡Xarator la tendrá mañana!

Tarzán meneó la cabeza con aire triste.

—Me has pedido que te ame —dijo—. ¿Esperas que ame a alguien que tan cruelmente destruye a mis amigos?

—¿Si les salvo me amarás? —preguntó Nemone.

—Eso es algo que no puedo responder. Lo máximo que puedo decir es que entonces quizá te respete y te admire; mientras que, si les matas sin razón, no habrá posibilidad alguna de que te ame jamás.

Ella le miró con ojos apagados.

—¿Qué importa? —dijo casi gruñendo—. Nadie me ama. Tomos quería ser rey, Erot deseaba riquezas y poder, M'duze deseaba ejercer la majestad que jamás podría poseer; si uno de ellos sentía algún afecto por mí era M'duze, y la he matado. — Se interrumpió y un destello le iluminó los ojos. — ¡Les odio! —gritó—. ¡Les odio a todos! ¡Les mataré a todos! ¡Te mataré a ti! —Entonces, con igual rapidez, su humor cambió.— Oh, ¿qué estoy diciendo? —exclamó. Se llevó las manos a las sienes—. ¡Mi cabeza!, me duele.

—Y a mis amigos, ¿no les harás daño? —preguntó Tarzán.

—Quizá no —respondió ella con indiferencia, y entonces, cambiando de nuevo de humor, añadió—: ¡Esa chica morirá! Si intercedes por ella otra vez, su sufrimiento será mayor; Xarator es misericordioso, más que Nemone.

—¿Cuándo morirá? —preguntó Tarzán.

—Esta noche será envuelta en pieles de animales y mañana la llevarán a Xarator. Tú nos acompañarás, ¿entiendes?

El hombre mono asintió.

—¿Y mis otros amigos? —preguntó—, ¿les salvarás?

—Ven a mí mañana por la noche —respondió Nemone—. Veremos entonces cómo has decidido tratar a Nemone; y entonces ella sabrá cómo tratar a tus amigos.

## XVIII

### LLAMEANTE XARATOR

CON LAS muñecas y los tobillos atados, Doria, la hija de Thudos, yacía sobre un montón de pieles en una habitación del tercer piso del templo de Thoos. La luz difusa de la luna entraba por la única ventana, aliviando la oscuridad del interior de su prisión. Había visto que su padre era capturado y llevado a rastras; se hallaba en poder de alguien tan despiadado que sabía que no podía esperar clemencia y que le aguardaba la muerte o la cruel desfiguración; sin embargo, no lloraba. Por encima de la pesadumbre se elevaba el orgullo de la sangre noble de la casa de Thudos, el valor de un linaje de guerreros que se remontaba a épocas olvidadas, y ella era valiente.

Pensó en Gemnon, y entonces las lágrimas por poco no acudieron, no por sí misma sino por él, por la pena que sufriría cuando se enterara del destino de ella. No sabía que también él había caído en las garras de los enemigos de su padre.

Entonces oyó ruido de pasos que se aproximaban por el corredor y que se detenían ante la puerta tras la que estaba encerrada. La puerta se abrió y la habitación se iluminó con la luz de una antorcha portada por un hombre que entró y cerró la puerta tras de sí.

La muchacha que yacía sobre el montón de pieles reconoció a Erot. Le vio colocar la antorcha encendida en un soporte de pared destinado a tal fin y se volvió a ella.

—¡Ah, la encantadora Doria! —exclamó—. ¿Qué triste destino te ha traído aquí?

—Sin duda el noble Erot podría responder mejor a esa pregunta —replicó.

—Sí, creo que podría; en realidad, lo sé. Fui yo quien hice que te trajeran aquí; fui yo quien hizo que encarcelaran a tu padre, y fui yo quien envió a Gemnon a la misma celda que el noble Thudos.

—¡Gemnon está encarcelado! —exclamó la muchacha.

—Sí, con otros muchos que conspiran contra el trono. A sus espaldas se reían de Erot porque no era leonero; ya no se reirán más. Erot les ha respondido; ahora saben que Erot es más poderoso que ellos.

—¿Y qué harán conmigo? —preguntó ella.

—Nemone ha decretado que te arrojen a Xarator —respondió Erot—. Ahora estás tumbada sobre las pieles en las que te envolverán. Por eso estoy aquí. Mi buen amigo Tomos, el consejero, me ha enviado a envolverte en ellas y coserlas; pero antes disfrutemos juntos de tu última noche en la tierra. Sé generosa y quizá pueda desviar el sino que Nemone sin duda decretará para tu padre y tu amante. Les permite vivir al menos hasta mañana, para que presencien tu destrucción, pues así funciona la bondadosa mente de la dulce Nemone. —Se rió con aspereza.— ¡La muy arpía! ¡Que el diablo al final se la lleve!

—Ni siquiera tienes la decencia de tener gratitud —observó Doria con desprecio—. La reina te ha colmado de favores, te ha dado poder y riquezas; es inconcebible que alguien pueda ser tan vil e ingrato como tú.

Erot se echó a reír.

—Mañana estarás muerta —dijo—, ¿qué importa, pues, lo que pienses de mí? Esta noche me darás amor, aunque tu amor esté lleno de odio. No hay nada en el mundo más que amor y odio, las dos emociones más agradables que el gran Thoos nos ha dado; ¡disfrutémoslas plenamente! —Se acercó a ella, se arrodilló a su lado y la cogió en sus brazos, cubriéndole la cara y los labios de besos. Ella forcejeó para apartarle, pero como estaba atada no pudo hacer nada para protegerse.

Él jadeaba de pasión mientras le desataba los tobillos.

—Eres mucho más bella que Nemone —dijo con voz ronca.

Sonó un rugido bajo procedente de la ventana. Erot alzó el rostro y miró. Palideció y se levantó de un salto para huir hacia la puerta del otro lado de la habitación, aterrorizado, con el corazón latiéndole con fuerza.

Era primera hora de la mañana cuando se formó el *cortège* que tenía que acompañar a la condenada Doria a Xarator, que se encontraba a veinticinco kilómetros de la ciudad de Cathne, en las montañas del extremo alejado del valle de Onthar; y la procesión no podía ir más deprisa del paso de los leones que arrastraban el carro de la reina, que no era rápido. Criados durante generaciones con este fin, los leones de Cathne tenían mayor resistencia que los leones criados en la jungla; sin embargo sería bien entrada la noche cuando hubieran efectuado el largo viaje hasta Xarator y

regresado; por lo tanto, centenares de esclavos llevaban antorchas para alumbrar el viaje de vuelta cuando hubiera caído la noche.

Nemone subió a su carro. Iba envuelta en túnicas de lana y pieles de animales, pues el aire de la mañana aún era fresco. A su lado iba Tomos, a pie, nervioso e incómodo. Sabía que M'duze había muerto y se preguntaba si él sería el siguiente. La actitud de la reina era brusca, lo que le llenaba de temor, pues ya no estaba M'duze para protegerle de la pronta ira de Nemone.

—¿Dónde está Tarzán? —preguntó.

—No lo sé, majestad —respondió Tomos—. No le he visto.

Ella le miró severamente.

—¡No me mientas! —espetó—. Sabes dónde está; y si le han hecho algún daño, irás al foso de los leones.

—Pero, majestad —protestó Tomos—, no sé nada de él. No le he visto desde ayer, cuando salimos del templo.

—Búscale —ordenó Nemone con hosquedad—. Se hace tarde, y Nemone no está acostumbrada a esperar a nadie.

—Pero, majestad… —insistió Tomos.

—¡Búscale! —le interrumpió Nemone.

—Pero…

—¡Ahí viene! —exclamó Nemone mientras Tarzán avanzaba hacia ella con grandes pasos por la avenida.

Tomos exhaló un suspiro de alivio y se secó el sudor de la frente. No le gustaba Tarzán, pero en toda su vida jamás se había alegrado tanto de ver a alguien con vida y sano y salvo.

—Llegas tarde —dijo Nemone cuando Tarzán se paró junto a su carro.

El señor de la jungla no respondió.

—No estamos acostumbrados a que nos retrasen —prosiguió ella con aspereza.

—Quizá si me pusieras bajo la custodia de Erot, como sugerí, llegaría a tiempo en el futuro.

Nemone hizo caso omiso y se volvió a Tomos.

—Estamos listos —dijo.

A una palabra del consejero, un trompetista que estaba a su lado se llevó el instrumento a los labios y lo hizo sonar. Poco a poco la procesión empezó a moverse y, como una enorme serpiente, se arrastró hacia el Puente del Dios. Los ciudadanos que se alineaban en la avenida se

movieron con ella, hombres, mujeres y niños. Las mujeres y los niños llevaban paquetes de comida y los hombres, armas. Un viaje a Xarator era un acontecimiento; recorrieron toda la longitud de Onthar, por donde merodeaban leones salvajes y donde podrían ser atacados por athneos en cualquier momento del día o de la noche, especialmente de la noche, de modo que la marcha adoptó algunos aspectos de una procesión y aun de una excursión militar.

Detrás del carro de oro de la reina iba un segundo carro, en cuyo suelo yacía un fardo hecho con pieles de animales cosidas. Encadenados a este carro iban Thudos y Gemnon. Seguían un centenar de carros conducidos por nobles ataviados con oro y marfil, mientras otros nobles iban a pie rodeando por entero el carro de la reina.

Había columnas de guerreros que marchaban a la cabeza, y en la retaguardia iban los leones de guerra de Cathne y los de pelea reales. Los guardianes los sujetaban con cadenas de oro y orgullosos nobles de antiguas familias marchaban a su lado: eran los leoneros de Cathne.

El bárbaro esplendor de la escena impresionó incluso al hombre mono, al que le importaba poco la ostentación, aunque no dio muestras de interés mientras caminaba junto a la rueda del carro de Nemone, que iba tirado por ocho grandes leones sujetados con correas por veinticuatro fornidos negros vestidos con túnicas de color rojo y dorado.

Los comentarios de la multitud llegaban a oídos de Tarzán mientras cruzaban la ciudad y el Puente de Oro hasta la carretera que discurre al norte por el Campo de los Leones. «Ése es el extranjero que derrotó a Phobeg». «Sí, le ha quitado el sitio a Erot en el consejo». «Ahora es el favorito de la reina». «¿Dónde está Erot?». «Espero que esté muerto; éste es mejor». «Pronto será igual de malo; todos son iguales cuando se hacen ricos y poderosos». «¿Has oído el rumor de que M'duze ha muerto?». «Está muerta; el marido de mi prima es guardia del palacio. Se lo contó a mi prima». «¿Qué dices? ¡M'duze ha muerto!». «¡Alabado sea Thoos!». «¿Has oído? ¡M'duze ha muerto!», y así eran los susurros de las dos corrientes de ciudadanos que bordeaban el desfile real, y siempre por encima de otros comentarios se elevaba el grito medio exultante de: «¡M'duze ha muerto!».

Nemone parecía preocupada; iba sentada mirando fijamente al frente. Si oía los comentarios de la gente, no daba muestras de ello. ¿Qué pasaba tras aquella hermosa máscara que era su rostro? Encadenados al carro de atrás iban dos enemigos; otros estaban en sus cárceles. Una muchacha que se

atrevía a desafiarla con su belleza yacía insensible en un saco de pieles, traqueteando por la tosca carretera entre el polvo que levantaba el carro de la reina. Su Némesis estaba muerta. El hombre al que amaba caminaba a su lado. Nemone debería estar contenta, pero no lo estaba.

El sol, que ascendía en el cielo, daba calor. Los esclavos que llevaban un paraguas para proteger a la reina ajustaron su postura para que los ardientes rayos no le dieran; otros agitaban la cola de los leones en la punta de largos palos para ahuyentar a los insectos; una suave brisa traía el polvo de la larga columna que se dirigía perezosamente hacia el oeste.

Nemone suspiró y se volvió a Tarzán.

—¿Por qué has llegado tarde? —le preguntó.

—¿Sería extraño que me hubiera dormido? —preguntó él a su vez—. Era tarde cuando salí del palacio, y no había ningún guardián para despertarme, ya que te llevaste a Gemnon.

—Si hubieras deseado verme de nuevo tanto como yo deseaba verte a ti, no habrías llegado tarde.

—Tenía tantas ganas como tú de estar aquí —replicó él.

—¿Nunca has visto Xarator? —preguntó ella.

—No.

—Es una montaña sagrada, creada por Thoos para los enemigos de los reyes y las reinas de Cathne; en todo el mundo no hay nada igual.

—Voy a disfrutar viéndola —lijo el hombre mono con seriedad.

Se acercaban a una encrucijada.

—Esa carretera que va a la derecha atraviesa el Paso de los Guerreros y va al valle de Thenar —explicó ella—. Algún día te enviaré a atacar Thenar y me traerás la cabeza de uno de los mayores guerreros de Athne.

Tarzán pensó en Valthor y se preguntó si habría llegado a Athne sano y salvo. Miró atrás a Thudos y a Gemnon. No había hablado con ellos, pero estaba allí por ellos. Fácilmente habría podido escapar de no haber decidido quedarse hasta estar seguro de que no podía ayudar a estos amigos. Su caso parecía desesperado; sin embargo, el hombre mono no había perdido la esperanza.

A mediodía, la procesión se detuvo para almorzar. El pueblo se diseminó en busca de la sombra de los árboles que puntuaban la llanura y que aún no habían sido elegidos por la reina y los nobles. Los leones fueron conducidos a la sombra, donde se tumbaron a descansar. Los guerreros, siempre en alerta al peligro, montaban guardia en el campamento

provisional.

Siempre acechaba el peligro en el Campo de los Leones.

La parada fue breve; al cabo de media hora la cabalgata se puso en marcha de nuevo. Se hablaba menos; el silencio y el gran calor se cernían sobre la polvorienta columna. Las colinas que rodeaban el valle al norte se hallaban cerca y pronto entraron en ellas, siguiendo un cañón que ascendía hasta un sinuoso camino de montaña que conducía a las colinas de arriba.

Después, el olor de vapores de sulfuro llegó claramente al olfato del hombre mono y, un poco más tarde, la columna dobló una gran masa de roca volcánica y llegó al borde de un enorme cráter. Muy abajo, la roca fundida burbujeaba, enviando chispas, chorros de vapor y columnas de humo amarillo. La escena era impresionante y sobrecogedora. Antes que Cathne, antes que Roma, antes que Atenas, antes que Babilonia, antes que Egipto, Xarator había elevado su solitaria majestad por encima de los picos inferiores. Al lado de ese poderoso caldero la reina y los nobles se veían reducidos a una lastimosa insignificancia, aunque en aquella multitud quizá no había ni uno que se diera cuenta. Tarzán se quedó parado con los brazos cruzados y la cabeza baja contemplando el burbujeante infierno, hasta que la reina le tocó el hombro.

—¿Qué te parece Xarator? —preguntó.

Él meneó la cabeza.

—Hay algunas emociones —respondió lentamente— para las que aún no se han acuñado palabras.

—Fue creado por Thoos para los reyes de Cathne —explicó ella con orgullo.

Tarzán no respondió; quizás estaba pensando que allí los lexicógrafos no habían logrado proporcionar palabras adecuadas para la ocasión.

A ambos lados del grupo real la gente se agolpaba cerca del borde del cráter para no perderse nada de lo que estaba a punto de suceder. Los niños reían y jugaban, o pedían con insistencia a sus madres la comida destinada a la cena que tomarían en el viaje de vuelta a Cathne.

Tarzán vio a Thudos y a Gemnon de pie junto al carro en el que yacía la víctima, inmóvil. Las emociones que pasaban por su mente no se traslucían en la máscara de seriedad y orgullo que mostraban sus semblantes; sin embargo, Tarzán conocía bien el sufrimiento de su corazón desgarrado. No había hablado con ellos aquel día, pues no había tenido oportunidad de hacerlo salvo en presencia de otros, y lo que tuviera que decirles debía ser

sólo para sus oídos. No había perdido la esperanza de ayudarles, pero no podía concebir que la franca e innecesaria familiaridad con ellos en ese momento pudiera conseguir nada más que levantar aún más las sospechas de Nemone y aumentar la vigilancia por parte de todos sus enemigos.

Si Gemnon y Thudos observaron la desatención de su antiguo amigo e invitado mientras caminaba junto al carro de la reina, unos pasos más adelante de ellos, no dieron muestras de ello, pues ninguno de los dos le prestó mayor atención que a los leones que tiraban del carro al que iban atados. Sus pensamientos estaban en la pobre cosita inerte que se bamboleaba sobre el duro suelo de madera del carro que la conducía a su destino. Ni una sola vez habían visto moverse a la chica, ni ella había emitido un sonido; ellos esperaban que estuviera insensible o muerta, pues así se ahorraría la angustia de los últimos momentos y robarían de esa manera a Nemone la esencia de su triunfo.

La ceremonia de Xarator, aunque ostentaba la autoridad de la llamada justicia, era de una naturaleza semirreligiosa que requería la presencia y la participación activa de sacerdotes, dos de los cuales sacaron del carro el saco que contenía a la víctima y lo colocaron en el borde del cráter, a los pies de la reina.

A su alrededor se congregaron entonces una docena de sacerdotes, algunos llevaban instrumentos musicales; y mientras cantaban al unísono, el redoble de sus tambores se elevaba y disminuía, y las notas de sus instrumentos de viento flotaban en el infierno del pozo en ebullición como el lamento de un alma perdida.

Habían acercado a Thudos y a Gemnon para que Nemone pudiera disfrutar con su agonía, pues esto no era sólo parte de su castigo sino una considerable parte del placer de la reina. Pero observó que no daban muestras de pesar, reduciendo así en gran medida la satisfacción que esperaba obtener de la destrucción de la hija de uno y el objeto amado del otro, y se sentía ofendida. Pero no se desanimó del todo; se le ocurrió un nuevo plan para probar más la fortaleza de los dos hombres.

Cuando dos de los sacerdotes levantaron el cuerpo del suelo y estaban a punto de arrojarlo al cráter, les detuvo mediante una escueta orden.

—¡Esperad! —gritó—. Nos gustaría contemplar la gran belleza de Doria, la hija de Thudos, el traidor; permitiremos que su padre y su amante la vean una vez más para que puedan visualizar su angustia y apreciar la propia, y para que todos recuerden por mucho tiempo que no está bien

conspirar contra Nemone. ¡Cortad la bolsa y exponed el cuerpo del sacrificio!

Todos los ojos se posaron en el sacerdote que sacó su daga y desgarró la bolsa de pieles por una costura. Los ojos de Thudos y Gemnon estaban fijos en la figura inmóvil delineada bajo las pieles de león. Tenían la frente perlada de sudor y la mandíbula y los puños apretados. Los ojos de Tarzán se desviaron de las actividades del sacerdote y miraron a la reina; la observó con los párpados entrecerrados.

Los sacerdotes cogieron la bolsa por un lado, la levantaron y dejaron que el cuerpo rodara al suelo donde todo el mundo pudiera verlo. Se oyó entonces un grito ahogado de asombro. Nemone gritó en un súbito ataque de ira. El cuerpo era el de Erot y estaba muerto.



**…Erot alzó el rostro y miró.**

## XIX

LA PRESA DE LA REINA

TRAS LOS los primeros gritos involuntarios de sorpresa y de rabia, se hizo un siniestro silencio en la bárbara escena. Todos los ojos estaban fijos en la reina, cuyo semblante normalmente bello era casi espantoso por la ira, una ira que, tras su único grito furioso, impedía cualquier otra expresión. Pero al final la reina encontró la voz y se volvió, furiosa, a Tomos.

—¿Qué significa esto? —preguntó con voz ahora controlada y fría como el acero.

Tomos, que estaba tan perplejo como ella, balbuceó, tembloroso.

—¡Hay traidores incluso en el templo de Thoos! —exclamó—. Elegí a Erot para que preparara a la muchacha para el abrazo de Xarator porque sabía que su lealtad a su reina aseguraría que el trabajo se haría bien. No he sabido, oh graciosa Nemone, que se había cometido este vil crimen y que el cuerpo de Erot había sustituido al de la hija de Thudos hasta este mismo instante.

Con expresión de disgusto la reina ordenó a los sacerdotes que arrojaran el cuerpo de Erot en el cráter, y cuando fue tragado por el fiero pozo, ordenó que se emprendiera el regreso inmediato a Cathne.

En hosco y lúgubre silencio descendió por el sinuoso sendero de la montaña y salió al Campo de los Leones, y a menudo sus ojos se posaban en el bronceado gigante que caminaba con grandes pasos al lado de su carro.

Por fin rompió su silencio.

—Dos de tus enemigos han desaparecido —dijo—. Yo destruí uno; ¿quién crees que ha destruido al otro?

—Quizá lo he hecho yo —sugirió Tarzán con una sonrisa.

—He pensado en esa posibilidad —respondió Nemone sin sonreír.

—Quien lo haya hecho, ha realizado un servicio a Cathne.

—Tal vez —coincidió ella—, pero lo que me molesta no es que hayan

matado a Erot sino la afrenta del que se ha atrevido a interferir en los planes de Nemone. Quien lo haya hecho me ha estropeado lo que, de otro modo, habría sido un día feliz para mí; tampoco ha logrado nada en interés de Thudos, de su hija o de Gemnon. Encontraré a la muchacha y su final será mucho más amargo que el que hoy se ha ahorrado; no puede escapar de mí. Thudos y Gemnon también lo pagarán mucho más caro porque alguien ha osado mofarse de la reina.

Tarzán se encogió de hombros, pero no dijo nada.

—¿Por qué no hablas? —preguntó la reina.

—No hay nada que decir —respondió él—. Sólo puedo estar en desacuerdo contigo sin convencerte; sólo conseguiría enojarte más. No me produce placer provocar el enojo o la infelicidad de la gente si no es por algún buen propósito.

—¿Quieres decir que yo sí? —preguntó ella.

—Evidentemente.

La reina meneó la cabeza, furiosa.

—¡No sé por qué te aguanto! —exclamó.

—Posiblemente para aliviarte de otras irritaciones —sugirió él.

—Algún día perderé la paciencia y te haré arrojar a los leones —espetó con aspereza—. ¿Qué harás entonces?

—Matar al león —respondió el hombre mono.

—No al león al que te arrojaré —le aseguró ella.

El tedioso viaje de regreso a Cathne por fin terminó y, alumbrando el camino con las antorchas, el *cortège* de la reina cruzó el Puente de Oro y entró en la ciudad. Allí, la reina ordenó enseguida que se buscara a Doria.

Thudos y Gemnon, felices pero desconcertados, fueron devueltos a su celda para aguardar el nuevo sino que Nemone fijaría para ellos cuando volviera a tener ganas de distraerse. Tarzán recibió la orden de acompañar a Nemone al palacio y cenar con ella. Tomos había sido despedido con una escueta instrucción de encontrar a Doria o de prepararse para lo peor.

Tarzán y la reina comieron solos en un pequeño comedor, asistidos por dos únicos esclavos, y cuando la comida terminó, Nemone le condujo a la sala de marfil que ahora le resultaba tan familiar, donde fue saludado por los enojados rugidos de Belthar.

—Erot y M'duze están muertos —dijo la reina—, y Tomos está lejos; esta noche nadie nos molestará. —De nuevo su voz era dulce y su actitud, amable.

El hombre mono estaba sentado con los ojos fijos en ella, examinándola. Parecía increíble que aquella mujer dulce y adorable pudiera ser la cruel tirana que era Nemone, la reina. Cada suave línea y curvado contorno hablaba de feminidad, bondad y amor; y en aquellos gloriosos ojos lucía una luz soñadora que ejercía una extraña influencia hipnótica en él, empujando al olvido los recuerdos de su crueldad.

Ella se inclinó hacia él.

—Tócame, Tarzán —susurró quedamente.

Impulsado por un poder mayor que la voluntad del hombre, Tarzán puso una mano sobre la suya. Ella exhaló un profundo suspiro de satisfacción y apoyó la mejilla contra su pecho; su cálido aliento acariciaba la desnuda piel del hombre mono, a cuyo olfato llegaba el perfume de su pelo. La mujer habló tan bajo que él no captó sus palabras.

—¿Qué has dicho? —le preguntó.

—Tómame en tus brazos —dijo ella débilmente.

Él se pasó la palma de la mano por los ojos como para disipar una neblina, y en ese instante de vacilación ella le echó los brazos al cuello y le cubrió la cara y los labios de ardientes besos.

—¡Ámame, Tarzán! —exclamó con pasión—. ¡Ámame! ¡Ámame! ¡Ámame!

Se deslizó al suelo hasta quedar de rodillas a los pies del hombre mono.

—¡Oh, Thoos, dios de dioses! —murmuró—, ¡cuánto te amo!

El señor de la jungla bajó la mirada hacia ella, una reina que se arrastraba a sus pies, y el hechizo que le había cautivado se desvaneció; bajo el hermoso exterior vio la mente enloquecida de una mujer demente, vio la criatura que arrojaba hombres indefensos a bestias salvajes, que desfiguraba o destruía a mujeres que podían ser más hermosas que ella, y todo ello le repugnaba.

Profiriendo un medio gruñido se puso de pie, y al hacerlo Nemone resbaló al suelo y allí se quedó, callada y rígida. Él se encaminó hacia la puerta y luego se volvió, regresó junto al diván, levantó a Nemone y la sentó en el diván. Belthar tiraba de las cadenas y la cámara se estremecía con sus rugidos.

Nemone abrió los ojos y, por un instante, miró interrogadoramente al fornido hombre que estaba junto a ella; entonces pareció comprender lo que había ocurrido y el destello de locura y crueldad asomó a sus ojos. Se puso de pie de un salto y se quedó temblando ante él.

—¡Rechazas mi amor! —gritó—. ¿Me repudias? ¿Te atreves a rechazar el amor de una reina? ¡Por Thoos! ¡Y yo me he arrodillado a tus pies! —Se dirigió a un lado de la habitación donde había un gong de metal colgado del techo, lo cogió y lo hizo sonar tres veces. Las notas metálicas resonaron en la cámara mezcladas con los rugidos del enfurecido león.

Tarzán se quedó mirándola; parecía completamente irresponsable de sus actos, completamente loca. Sería inútil intentar razonar con ella. Se encaminó despacio hacia la puerta, pero antes de llegar ésta se abrió y una veintena de guerreros acompañados por dos nobles se precipitaron en la estancia.

—¡Prended a este hombre! —ordenó Nemone—. ¡Arrojadle a la celda con los otros enemigos de la reina!

Tarzán iba desarmado. Sólo llevaba una espada cuando había entrado en la sala de marfil, y la había dejado en un pedestal cerca de la puerta. Veinte lanzas le apuntaban, veinte lanzas que le rodeaban por entero. Encogiéndose de hombros, se rindió. O eso, o la muerte. En prisión podría encontrar la manera de escapar; al menos volvería a ver a Gemnon, y había algo que deseaba contarle a él y a Thudos.

Cuando los soldados le sacaron de la habitación y la puerta se cerró tras ellos, Nemone se arrojó a los cojines de su diván, presa de convulsiones debidas al llanto. El gran león rugía en el oscuro rincón de la estancia. De pronto, Nemone se irguió y miró con furia los ojos resplandecientes de la bestia. Por un momento se quedó quieta tal como estaba, y luego se levantó y una carcajada maníaca escapó de sus labios. Sin dejar de reír, cruzó la habitación y el umbral de la puerta que daba a su dormitorio.

Thudos y Gemnon, sentados en su celda, oyeron los pasos de hombres que se acercaban a la prisión en la que estaban encerrados.

—Es evidente que Nemone no puede esperar a mañana —dijo Thudos.

—¿Crees que nos ha mandado a buscar ahora? —preguntó Gemnon.

—¿Qué puede ser si no? —dijo el anciano—. El foso de los leones se puede iluminar.

Mientras esperaban y escuchaban los pasos detenerse fuera de su celda, la puerta se abrió y entró un hombre. Los guerreros no llevaban antorchas y ni Thudos ni Gemnon distinguían las facciones del recién llegado, aunque a la luz difusa que se filtraba por el ventanuco y la abertura de la puerta observaron que era un hombre corpulento.

Ninguno de ellos habló hasta que la guardia se encontraba fuera del

alcance dei oído.

—¡Saludos, Thudos y Gemnon! —saludó el nuevo prisionero alegremente.

—¡Tarzán! —exclamó Gemnon.

—Ni más ni menos —admitió el hombre mono.

—¿Cómo es que estás aquí? —preguntó Thudos.

—Por el capricho de una mujer, una mujer demente —respondió Tarzán.

—¡O sea que has perdido su favor! —dijo Gemnon—. Lo siento.

—Era inevitable —dijo Tarzán.

—¿Y cuál será tu castigo?

—No lo sé, pero sospecho que será suficiente. Sin embargo, es algo que no tiene que preocuparnos hasta que ocurra; a lo mejor no ocurre.

—No hay espacio en la mazmorra de Nemone para el optimismo —observó Thudos riendo con aire triste.

—Tal vez no —coincidió el hombre mono—, pero seguiré teniéndolo. Sin duda, anoche Doria se sintió totalmente indefensa en la prisión del templo; sin embargo, escapó a Xarator.

—Eso es un milagro que no puedo imaginar —dijo Gemnon.

—Es bastante sencillo —dijo Tarzán—. Un amigo fiel, cuya identidad podéis adivinar, fue a verme y me dijo que estaba prisionera en el templo. Fui enseguida a buscarla. Por fortuna, los árboles de Cathne son viejos, grandes y numerosos; uno de ellos crece cerca de la parte posterior del templo y sus ramas casi rozan la ventana de la habitación en la que Doria estaba recluida. Cuando llegué allí, encontré a Erot molestando a Doria; también encontré el saco en el que tenía intención de meterla para el viaje a Xarator. ¿Qué había más sencillo? Hice que Erot ocupara el lugar de Doria.

—¡La salvaste! ¿Dónde está? —exclamó Thudos con la voz quebrada por la primera emoción que exhibía desde que se había enterado del destino de su hija.

—Acercaos —previno Tarzán—, no sea que las paredes mismas sean enemigas. —Los dos hombres se acercaron a Tarzán, quien siguió hablando en un susurro bajo.— ¿Recuerdas, Gemnon, que cuando estuvimos en la mina de oro hablé aparte con uno de los esclavos?

—Creo que no me fijé —respondió Gemnon—. Creía que hacías preguntas sobre el funcionamiento de la mina.

—No, le estaba entregando un mensaje de su hermano, y el hombre

estaba tan agradecido que me rogó que le permitiera servirme si se presentaba la oportunidad. Iba a presentarse mucho antes de lo que ninguno de los dos habría esperado. Y así, cuando fue necesario encontrar un escondite para Doria, pensé de inmediato en la choza aislada de Niaka, el capataz de los esclavos negros en la mina de oro.

»Ahora está allí, y ese hombre la protegerá todo el tiempo que sea necesario. Me ha prometido que, si no tiene noticias mías durante media luna, ha de entender que ninguno de nosotros tres puede ir en su ayuda, y entonces él llevará el recado a los leales esclavos de la casa de Thudos. Dice que será dificil, pero no imposible.

—¡Doria está a salvo! —susurró Gemnon—. Thudos y yo ahora podemos morir felices.

Thudos puso una mano en el hombro de Tarzán.

—No hay forma de poder demostrar mi gratitud —elijo—, pues no hay palabras para expresarla.

Durante un rato los tres hombres permanecieron sentados en silencio, que fue roto al fin por Gemnon.

—¿Cómo conociste tan bien al hermano de un esclavo para llevarle un mensaje? —preguntó, con un poco de asombro en la voz.

—¿Recuerdas la gran cacería de Xerstle? —dijo Tarzán con una carcajada.

—Claro, pero ¿qué tiene que ver eso? —preguntó Gemnon.

—¿Recuerdas la presa, el hombre al que vimos en el bloque de los esclavos en el mercado? —Sí.

—Es el hermano de Niaka —explicó Tarzán.

—Pero no tuviste oportunidad de hablar con él —objetó el joven noble.

—Ah, sí. Fui yo quien le ayudó a escapar. Por eso su hermano me estaba tan agradecido.

—Sigo sin entender —dijo Gemnon.

—Probablemente hay muchas cosas relacionadas con la gran cacería de Xerstle que no entiendes —sugirió Tarzán—. En primer lugar, el propósito de la cacería era, principalmente, destruirme a mí y no a la presa nominal; el plan probablemente lo urdieron entre Xerstle y Erot. En segundo lugar, yo no aprobaba la ética de los cazadores; el pobre diablo al que cazaban no tenía ninguna oportunidad. Me adelanté, pues, por los árboles hasta que alcancé al negro; luego, le llevé más de un kilómetro lejos para que los leones perdieran el rastro. Sabes muy bien que el plan salió bien.

»Cuando volví e hicimos la apuesta, Xerstle y Pindes tuvieron la ocasión que deseaban, pero la habrían encontrado por algún otro medio antes de que finalizara el día; por eso Pindes me llevó con él y, cuando estuvimos lo bastante lejos de ti, sugirió que nos separáramos, tras lo cual me habría soltado su león.

—¿Y fuiste tú quien mató al león?

—Habría preferido matar a Pindes y a Xerstle, pero me pareció que aún no era el momento. Ahora, quizá, jamás tenga oportunidad de hacerlo —añadió con pesar.

—Ahora lamento el doble tener que morir —dijo Gemnon.

—¿Por qué ahora más que antes? —preguntó Thudos.

—Jamás tendré ocasión de contar la historia de la gran cacería de Xerstle explicó, ¡Vaya historia!

La mañana amaneció brillante y hermosa, como si no existiera desdicha ni tristeza ni crueldad en el mundo; pero eso no cambiaba las cosas, aparte de hacer que la celda en la que estaban confinados los tres hombres se fuera calentando incómodamente a medida que avanzaba el día.

Poco después de mediodía llegó una guardia y se llevó a Tarzán. Los tres prisioneros conocían al oficial que la mandaba, un tipo decente que les habló con simpatía.

—¿Regresará? —preguntó Thudos, señalando a Tarzán con la cabeza.

El oficial meneó la cabeza.

—No; la reina hoy va de caza.

Thudos y Gemnon dieron un apretón en el hombro de Tarzán. No pronunciaron ni una palabra, pero aquella silenciosa despedida fue más elocuente que todas las palabras. Le vieron salir, vieron la puerta cerrarse tras él, pero ninguno de los dos dijo nada, y se quedaron sentados en silencio durante una hora.

En la sala de la guardia, a la que había sido conducido desde su celda, Tarzán fue encadenado; le colocaron un collar de oro al cuello y un guerrero sujetaba una cadena que salía de cada lado.

—¿Por qué tantas precauciones? —preguntó el hombre mono.

—No es más que una costumbre —explicó el oficial—. La presa de la reina siempre se lleva así al Campo de los Leones.

Una vez más, Tarzán de los Monos caminó cerca del carro de la reina de Cathne, pero esta vez iba detrás; era un prisionero encadenado entre dos fornidos guerreros, rodeado por una veintena más. Una vez más cruzó el

Puente de Oro para salir al Campo de las Leones, en el valle de Onthar.

La procesión no fue lejos, apenas más de un kilómetro y medio. Un gran concurso de gente la acompañaba, pues Nemone había invitado a la ciudad entera a presenciar la degradación y muerte del hombre que había rechazado su amor. Estaba a punto de ser vengada, pero no era feliz. Iba sentada en su carro, con aire reflexivo y el entrecejo fruncido, cuando por fin se detuvieron en el punto que ella había elegido para el inicio de la cacería. Ni una sola vez se había vuelto para mirar al hombre encadenado que iba detrás. Quizás estaba segura de que sería recompensada con la falta de muestras de terror en él, o quizá no se atrevía a mirar al hombre al que había amado por miedo a que su determinación se debilitara.

Había llegado el momento, pero apartó de sí su indecisión, si es que ésta la había estado atormentando, y ordenó a la guardia que le trajeran al prisionero. Cuando el hombre mono se paró junto a la rueda del carro, ella miraba al frente.

—Haced que se marchen todos excepto los dos guerreros que le sujetan —ordenó Nemone.

—Puedes hacerles marchar también a ellos, si lo deseas —dijo Tarzán—. Te doy mi palabra de que no te haré daño ni trataré de escapar.

Nemone, que seguía mirando al frente, permaneció callada unos instantes. Luego, dijo:

—Podéis iros todos; hablaré con el prisionero a solas.

Cuando la guardia se hubo alejado unos pasos, la reina volvió sus ojos hacia Tarzán y vio que éste sonreía y le devolvía la mirada.

—Vas a ser muy feliz, Nemone —dijo con voz amigable.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella—. ¿Cómo voy a ser feliz?

—Me verás morir; es decir, si el león me atrapa. —Se rió.— Y a ti te gusta ver morir a la gente.

—¿Crees que eso me producirá placer? Bueno, eso creía yo, pero ahora me pregunto si será así. Nunca obtengo de la muerte el placer que anticipo; nada en esta vida es jamás lo que espero.

—Posiblemente no esperas lo que deberías esperar —sugirió él—. ¿Alguna vez has intentado esperar algo que dé placer y alegría a alguien que no seas tú?

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó ella—. Espero mi propia felicidad; deja que los demás hagan lo mismo. Hago esfuerzos para alcanzar mi felicidad…

—Y nunca la consigues —interrumpió el hombre mono en tono amistoso.

—Probablemente obtendría menos si me esforzara sólo en conseguir la felicidad de los demás —insistió ella.

—Hay personas así —dijo él—, quizá tú eres una de ellas, o sea que da lo mismo que sigas buscando tu propia felicidad. Claro que no la obtendrás, pero al menos disfrutarás de los placeres de la anticipación, y eso ya es algo.

—Creo que me conozco lo suficiente para determinar por mí misma cómo llevar mi vida —replicó ella con cierta aspereza en la voz.

Tarzán se encogió de hombros.

—No tenía intención de interferir —dijo él—. Si estás decidida a matarme y estás segura de que ello te producirá placer, bueno, yo seré el último en el mundo que te sugiera que abandones la idea.

—No me diviertes —dijo Nemone con arrogancia—. No me importa la ironía con que me hablas. —Se volvió fieramente a él—. ¡Muchos hombres han muerto por menos! —exclamó, y el señor de la jungla se rió en su cara.

—¿Cuántas veces? —preguntó.

—Hace un momento —dijo Nemone—, empezaba a lamentar lo que está a punto de suceder. Si hubieras sido diferente, si hubieras querido reconciliarte conmigo, tal vez me habría aplacado y te habría devuelto mi favor. Pero haces todo lo posible por oponerte a mí. Me plantas cara, me insultas, te ríes de mí. —Iba alzando la voz, indicación barométrica, según había aprendido Tarzán, de su estado mental.

—Y sin embargo, Nemone, te atraigo —admitió el hombre mono—. No lo entiendo. Te atraigo a pesar de tu orgullo herido y dignidad lacerada; y tú me atraes a pesar de que desprecio tus principios, tus ideales y tus métodos. Es extraño, ¿no?

La mujer asintió.

—Es extraño —repitió en tono reflexivo—. Nunca había amado a nadie como a ti, y sin embargo voy a matarte pese a que aún te amo.

—Y seguirás matando gente y siendo infeliz hasta que te maten —dijo él con tristeza.

Nemone se estremeció.

—¡Hasta que me maten! —repitió ella—. Sí, a todos los reyes y reinas de Cathne los han matado; pero aún no me toca. Mientras Belthar viva, Nemone vivirá. —Se quedó callada unos instantes.— Puede que tú también

vivas, Tarzán; hay algo que me gustaría verte hacer en lugar de morir. —Se interrumpió, como si esperara que él le preguntara de qué se trataba, pero él no manifestó interés alguno y ella prosiguió.— Anoche me arrodillé a tus pies y te rogué que me amaras. Arrodíllate aquí, ante mi pueblo, arrodíllate a mis pies y suplica mi misericordia, y puede que vivas.

—Trae tu león —dijo Tarzán—, su clemencia sería mejor que la de Nemone.

—¿Lo rechazas? —preguntó ella enojada.

—Después me matarías igualmente —repuso él—. Existe una posibilidad de que el león no pueda hacerlo.

—¡Ni una! —exclamó ella—. ¿Has visto al león?

—No.

Nemone se volvió y llamó a un noble.

—¡Di que traigan al león para que huela a la presa!

Detrás de ellos las tropas y los nobles se apartaron para formar un camino para el león de caza y sus guardianes; Tarzán vio avanzar delante de él a un gran león que tiraba de las cadenas de oro sujetadas por ocho hombres. La bestia rugía y daba saltos de un lado a otro en un esfuerzo por alcanzar a un guardián o a uno de los guerreros o nobles que se alineaban a los lados del camino. Los cuatro fornidos hombres que iban a cada lado de la bestia hacían todo lo que podían para impedir que cumpliera sus deseos.

Era un diablo de ojos fulgurantes; se dirigía hacia el carro de Nemone, pero aún estaba lejos cuando Tarzán vio el copete de cabello blanco en el centro de su cabellera entre las orejas. ¡Era Belthar!

Nemone miraba al hombre que estaba a su lado como un gato mira a un ratón, pero aunque el león ya estaba cerca no vio ningún cambio en la expresión de Tarzán.

—¿Lo reconoces? —preguntó.

—Claro que sí —respondió él.

—¿Y no tienes miedo?

—¿De qué? —preguntó él, mirándola con extrañeza.

Ella pateó el suelo con furia, pensando que él trataba de arrebatarle la satisfacción de presenciar su terror; porque ¿cómo podía saber ella que Tarzán de los Monos no comprendía el significado de la palabra ‘miedo’?

—¡Preparaos para la gran cacería! —ordenó, volviéndose a un noble que esperaba con la guardia, fuera del alcance del oído de su conversación con la presa.

Los guerreros que antes sujetaban a Tarzán con las cadenas avanzaron corriendo y recogieron las cadenas de oro que estaban unidas al collar también de oro que le rodeaba el cuello; la guardia ocupó sus puestos alrededor del carro de la reina y Tarzán fue conducido unos metros más adelante. Entonces, los guardianes le acercaron el animal, sujetándole para que quedara fuera de su alcance, aunque les costaba mucho, pues cuando la irascible bestia reconoció al hombre mono fue presa de un frenesí de rabia que exigía un gran esfuerzo de los ocho hombres.

Los guerreros se estaban desplegando a ambos lados de un ancho sendero que conducía hacia el norte desde el carro de Nemone. Formaron sólidas filas a ambos lados de esta avenida, en dirección al centro, con las puntas de las espadas bajadas para formar un muro de acero contra el león, por si éste abandonaba la cacería y huía por la derecha o la izquierda. Detrás de ellos, el pueblo estiraba el cuello para ver por encima de los hombros de los luchadores y empujaba para obtener lugares ventajosos desde donde presenciar el espectáculo.

Un noble se acercó a Tarzán. Era Phordos, el padre de Gemnon, capitán de cacería hereditario de los gobernantes de Cathne. Se acercó mucho a Tarzán y le habló en un susurro.

—Lamento tener que formar parte de esto —dijo—, pero mi puesto me lo exige. —Y en voz alta dijo:— ¡En nombre de la reina, silencio! Éstas son las reglas de la gran cacería de Nemone, reina de Cathne: la presa irá hacia el norte por el centro del camino de los guerreros; cuando haya recorrido un centenar de pasos, los guardianes soltarán al león de caza, Belthar; que ningún hombre distraiga al león o ayude a la presa, bajo pena de muerte. Cuando el león haya matado y mientras se esté alimentando, dejad que los guardianes, protegidos por los guerreros, lo recuperen.

Entonces se volvió a Tarzán.

—Correrás hacia el norte hasta que Belthar te alcance —dijo.

—¿Y si lo esquivo y escapo? —preguntó el hombre mono—. ¿Obtendré entonces mi libertad?

Phordos meneó la cabeza con aire triste.

—No escaparás de él —dijo. Luego, se volvió hacia la reina y se hincó de rodillas—. Todo está dispuesto, majestad. ¿Empieza la cacería?

Nemone miró rápidamente alrededor. Vio que los guardias estaban dispuestos de tal manera que la protegerían en caso de que el león diera media vuelta; los esclavos de sus establos llevaban grandes redes con las

que capturarían a Belthar después de la cacería. Ella y todos los demás sabían que no todos regresarían vivos a Cathne, pero eso añadía interés y emoción al asunto. Nemone hizo un gesto de afirmación a Phordos.

—Que el león huela a la presa una vez más; luego, la cacería puede empezar —ordenó.

Los guardianes dejaron que Belthar se acercara un poco más al hombre mono, pero no antes de haber solicitado la ayuda de una docena de hombres más para impedir que arrastrara a los ocho primeros.

Nemone se inclinó hacia delante con impaciencia, los ojos se fijaron en la bestia salvaje, que era el orgullo de su establo; el destello de locura relucía en ellos.

—¡Basta! —gritó—. Belthar ya le conoce y no abandonará jamás su rastro hasta que le haya encontrado y matado, hasta que haya obtenido su recompensa y se haya llenado el estómago con su carne, pues no hay mejor león de caza en todo Cathne que Belthar.

A lo largo de la vía por la que la presa y el león tenían que correr habían clavado lanzas en el suelo con estandartes de diferentes colores en la punta. El pueblo, los nobles y la reina habían hecho apuestas al color del estandarte más próximo al lugar donde creían que se produciría la matanza, y aún estaban apostando cuando Phordos sacó el collar del cuello de Tarzán.

En una depresión cerca del río que pasa por Cathne un león yacía dormido en los densos matorrales, una bestia poderosa con el pelaje amarillo y una gran cabellera negra. Extraños sonidos que le llegaban desde la llanura le perturbaron y el animal gruñó, quejumbroso; pero parecía estar medio despierto. Tenía los ojos cerrados, pero su estado de semialerta sólo era aparente. Numa estaba despierto, pero quería dormir y estaba enojado con los hombres cosa que le molestaban. No estaban demasiado cerca aún, pero sabía que si se acercaban más tendría que levantarse e ir a investigar, y no tenía ganas de hacerlo; se sentía muy perezoso.

En el campo, Tarzán avanzaba con grandes pasos por el sendero flanqueado de lanzas. Contaba sus pasos, sabiendo que cuando llegara al centenar soltarían a Belthar. El hombre mono tenía un plan. Al otro lado del río, al este, estaba la jungla en la que había cazado con Xerstle, Pindes y Gemnon; si podía llegar allí, estaría a salvo. Ningún león ni hombre podía esperar jamás superar al señor de la jungla una vez subiera a las ramas de aquellos árboles.

¿Podría llegar al bosque antes de que Belthar le alcanzara? Tarzán era veloz, pero hay pocas criaturas tan veloces como Numa cuando está en el máximo de su ataque. Con una ventaja de un centenar de pasos, el hombre mono tenía la sensación de que podría distanciarse de un león corriente; pero Belthar no era un león corriente. Era el resultado de generaciones que habían desembocado en el poder de poseer una gran velocidad durante mucho más tiempo del que habría sido posible para un león salvaje, y de todos los leones de caza de Cathne, Belthar era el mejor.

Cuando hubo dado los cien pasos, Tarzán echó a correr a toda velocidad. Detrás de él oyó el frenético rugido del león de caza cuando lo soltaron y, mezclado con él, el rugido de la multitud.

Belthar, el león de caza, corría con regularidad, cubriendo velozmente la distancia que lo separaba de la presa. No miraba ni a la derecha ni a la izquierda; sus fieros ojos resplandecientes estaban fijos en el hombre que huía delante de él.

Detrás iba el carro de la reina, cuyos conductores arreaban a los leones para que corrieran más y Nemone pudiera presenciar la matanza; sin embargo, Belthar les adelantó tanto que parecía que ellos estuvieran clavados en el suelo. La reina, presa de la excitación, iba de pie, erguida, y lanzaba gritos de aliento a Belthar. Sus ojos relucían apenas menos fieros que los del salvaje carnívoro al que animaba; el pecho le subía y bajaba con su excitada respiración; el corazón le latía con violencia con la muerte que se acercaba. La reina de Cathne estaba consumida por la pasión del amor convertida en odio.

Los nobles, los guerreros y las multitudes se agolpaban tras el carro de la reina. Belthar iba dando alcance a la presa cuando, de pronto, Tarzán giró al este hacia el río, después de haber llegado al final de la vía que le había hecho seguir un curso recto al principio de su huida.

Un grito de rabia brotó de los labios de Nemone cuando lo vio y comprendió el propósito de la presa. Un hosco rugido surgió de la multitud que le seguía. No se les había ocurrido que el hombre perseguido tuviera una oportunidad, pero ahora comprendían que podía llegar al río y a la jungla. Esto, desde luego, no significaba para ellos que iba a escapar, pues sabían muy bien que Belthar le perseguiría hasta el otro lado del río; lo que temían era que les despojaran de la emoción de presenciar la matanza.

Después su ira se convirtió en alivio cuando vieron que Belthar se estaba acercando al hombre tan rápidamente que no había posibilidad

alguna de que éste pudiera llegar al río antes de ser alcanzado por la bestia.

También Tarzán, al mirar por encima de su bronceado hombro, comprendió que el fin estaba cerca. El río aún se encontraba a doscientos metros de distancia y el león apenas a cincuenta.

Entonces, el hombre mono se volvió y esperó. Se quedó parado tranquilamente, con los brazos a los lados; pero estaba alerta y preparado. Sabía exactamente lo que Belthar haría, y sabía lo que haría él. Por mucho que hubiera sido entrenado el león, el método de ataque instintivo del animal no habría cambiado; se abalanzaría sobre Tarzán, alzándose sobre las patas traseras cuando estuviera cerca, le cogería con las garras y le clavaría los grandes colmillos en la cabeza, el cuello o el hombro; luego, le arrastraría y lo devoraría.

Tarzán había hecho frente al ataque de un león en anteriores ocasiones. No sería tan fácil para Belthar como éste y la vociferante multitud creían; sin embargo, el hombre mono esperaba que, sin cuchillo, no podría hacer más que retrasar lo inevitable. Pero moriría peleando. Y cuando Belthar se precipitó sobre él, rugiendo, se agachó un poco y respondió al reto del carnívoro con un rugido tan salvaje como el del león.

De pronto, detectó una nueva nota en la voz de la multitud, una nota de sorpresa y consternación. Belthar estaba a punto de precipitarse sobre él cuando un cuerpo castaño pasó por su lado rozándole la pierna al salirle por detrás, y cuando Belthar se puso sobre las patas traseras, una furia de garras y relucientes colmillos, un gran león con el pelaje dorado y cabellera negra se abatió sobre él, un poderoso motor de rabia y destrucción.

Rugiendo y gruñendo, las dos grandes bestias rodaron por el suelo desgarrándose la una a la otra con dientes y garras mientras el asombrado hombre mono contemplaba la escena y el carro de la reina se acercaba, seguido por la multitud que se agolpaba detrás conteniendo la respiración.

El extraño león era más grande que Belthar y más fuerte, un gigante león en la cima de su fuerza y ferocidad, y peleaba como inspirado por todos los demonios del Infierno. Después, Belthar le dio una oportunidad y sus grandes fauces se cerraron en la garganta del león de caza de Nemone, fauces que hundieron unos poderosos colmillos en la espesa cabellera de su adversario, atravesando pellejo y carne hasta la yugular de Belthar; luego, afianzó las patas y sacudió a Belthar como un gato sacudiría a un ratón, rompiéndole el cuello.

El vencedor dejó caer el cuerpo inerte al suelo y contempló a los

asombrados cathneos rugiendo; luego, poco a poco retrocedió a donde se encontraba el hombre mono y se paró a su lado, y Tarzán puso una mano en la negra cabellera de Jad-bal-ja, el león dorado.

Por un largo momento hubo un silencio sepulcral cuando los dos miraron a los enemigos del señor de la jungla, y los sobrecogidos cathneos se limitaron a quedarse quietos mirando fijamente; luego, se alzó la voz de una mujer en un grito horripilante. Era Nemone. Lentamente descendió de su carro de oro y, entre un silencio absoluto, avanzó hacia el cuerpo de Belthar mientras su pueblo la observaba, inmóvil y asombrado.

Nemone se detuvo y tocó con el pie calzado con sandalia la ensangrentada cabellera del león de caza, contemplando al carnívoro muerto. Parecía que oraba en silencio durante el minuto que permaneció allí; luego, de pronto, levantó la cabeza y miró alrededor. Tenía un destello salvaje en sus ojos y estaba muy pálida, como el ornamento de marfil que llevaba en el hueco de su garganta.

—¡Belthar está muerto! —gritó; y entonces desenvainó su daga y se clavó su reluciente punta en el corazón. Sin emitir un solo sonido se desplomó de rodillas y cayó de bruces sobre el cuerpo de Belthar.

Cuando la luna se levantaba, Tarzán puso una última roca sobre un montón de tierra junto al río que pasa por Cathne y el valle de Onthar.

Los guerreros, los nobles y el pueblo habían seguido a Phordos a la ciudad para vaciar las mazmorras de Nemone y proclamar rey a Alextar, dejando a su reina muerta yaciendo en el lindero del Campo de los Leones con Belthar, muerto también.

El servicio humano que habían descuidado lo había realizado el hombre mono, quien, bajo la suave luz de una luna africana, permaneció de pie con la cabeza gacha junto a la tumba de una mujer que, al fin, había hallado la felicidad.




EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 — Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de

éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir

de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918, etc. Edgar Rice Burroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.

Mar. 12 Tarzan and the Lion People!

ARGOSY

10¢

ISSUED WEEKLY

*Camel Corps and South Seas Novelettes*

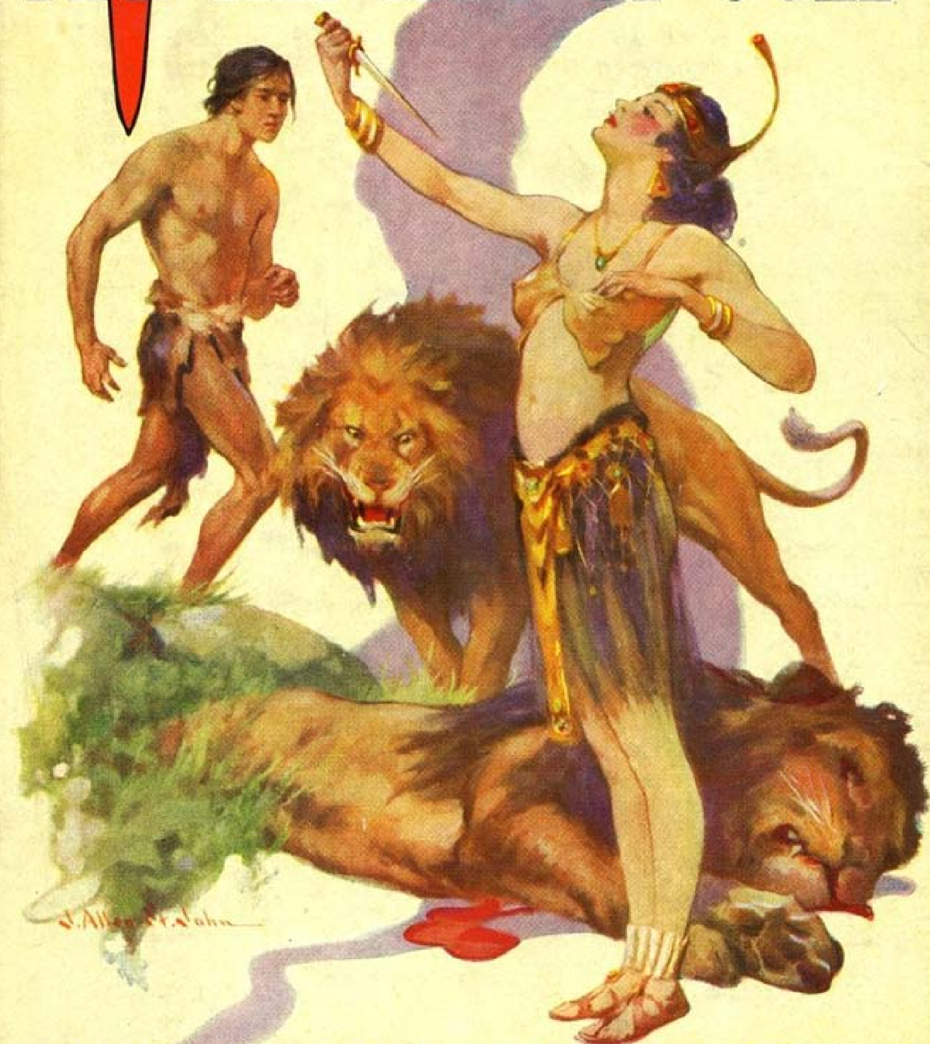
TARZAN and the City of Gold

*by* Edgar Rice Burroughs



Cubierta original edición *pulp* EE.UU., 1932, Paul Stahr.

# TARZAN AND THE CITY OF GOLD



EDGAR RICE BURROUGHS

Cubierta original 1ª. edición EE.UU., 1933, J. Allen St. John


J. Allen St. John

Ilustración original de J. Allen St. John